

W
K
B

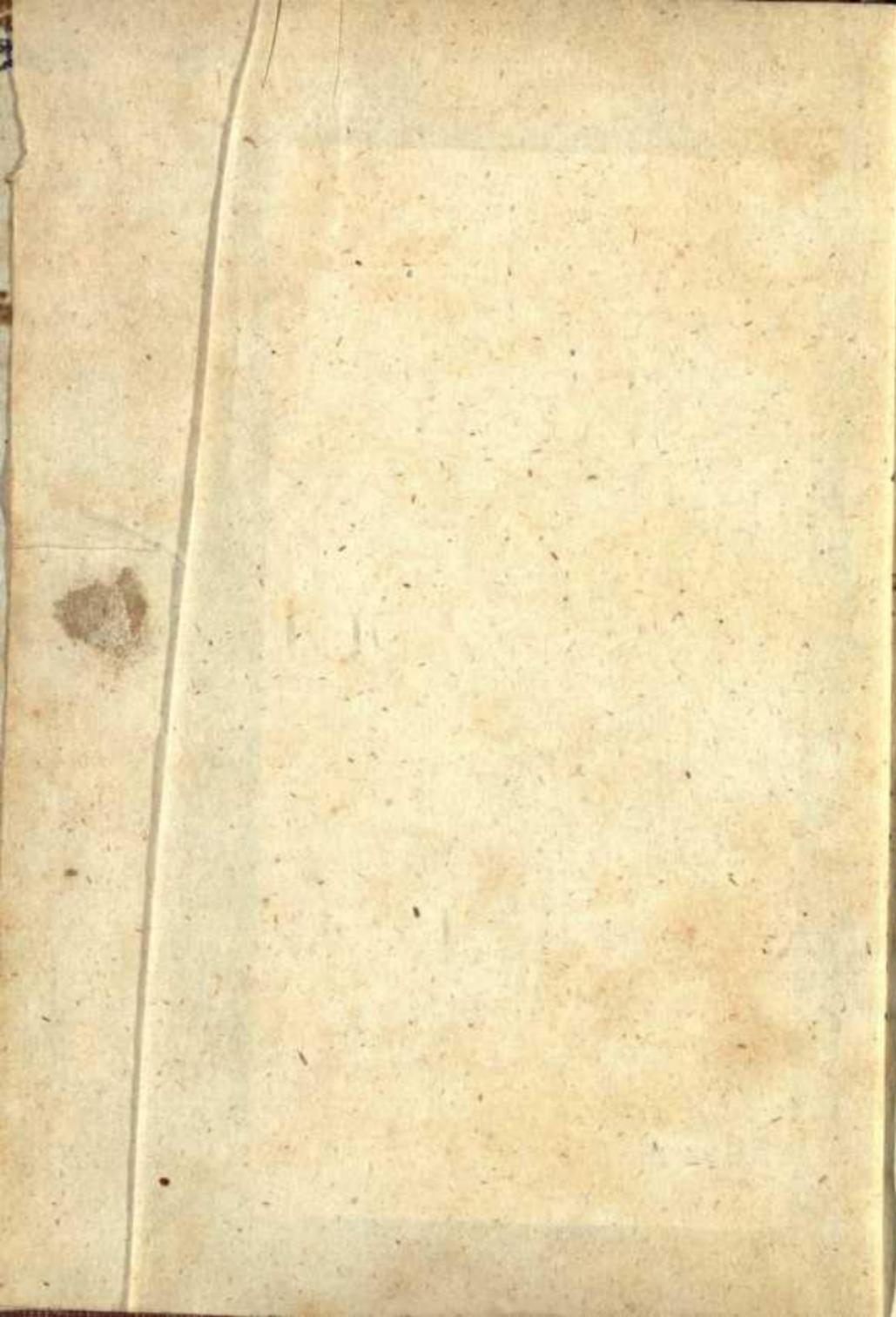
378.2

~~378.2~~ - 11

FRA
COZ

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura







RABIETA

C. M. W. 1850

200 -

EL CORAZON

DE

UN BANDIDO.

LEYENDA

TOMADA

Del aplaudido drama del mismo título,

Y ESCRITA EN VERSO

POR D. RAMON FRANQUELO.

PARTE PRIMERA

R. 17.430



MADRID. — 1853.

UNIVERSIDAD DE LA HABANA
FACULTAD DE CIENCIAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
POR D. RAFAEL MARQUELLO



IMPRESA DE D. M. R. Y FONSECA,
calle del Ave Maria, núm. 17.



PROLOGO.

EL DESCONOCIDO.

A una legua de Montilla,
y entre mil matos estraños,
se via, allá por los años
ochocientos treinta y tres,
Una casucha sombría,
mugrienta y casi arruinada,
por su dueño abandonada
al marciélagos y cien pies.

Nadie penetrar osaba
en su silvestre sendero,
porque era el riesgo certero
según pública opinión;

Y en la comarca corrian
por el vulgo sostenidos,
absurdos que eran creídos
con razón ó sin razón.

Quién á la lumbre sentado
junto á las jentes sencillas,
contaba mil maravillas
de la casa con afán;

Y decia que habia visto
él mismo, con una tea
salir por la chimenea
despavorido á Satan.

Quién contaba que una noche
al despuntar la mañana,
vió asomar á una ventana
un diablo y luego una luz;

Y meciéndose en los aires
un ángel que sonreía,
y huir hácia atrás le hacia
con la señal de la Cruz.

Quién que otra noche des lejos
vió en par abrirse la puerta,
y por la senda desierta
en tropel y confusion,

Lanzarse bulto trás bulto
entre ahullidos infinitos,
y poniendo con sus gritos
espanto en el corazón.

Quién refería temblando
que al pasar un día cerca,
persiguióle negra y terca
una vision infernal,

Y que al hincar la rodilla
pidiendo socorro á voces,
le habia dado un par de coces
con barbarie sin igual.

Y quién, en fin, relataba
que á través de las rendijas
se vian mil luces fijas
y negras fantasmas mil,

Que iban locas y venian
en su espantoso recreo,
y bailaban el jaleo
cada cual con su candil...

Tales eran los rumores
y las candidas patrañas
y las noticias estrañas
que circulaban do quier;

Y los cuentos temerosos
y las secretas hablillas
que entre las gentes sencillas
se contaban á placer:

Y así corriendo por todos,
á pesar de que en la esencia
cada cual distinta creencia
les daba en su corazon;

Nadie penetrar osaba
en el silvestre sendero,
porque era el riesgo certero
según pública opinion...

Y á la verdad que no era
 todo cuentos y visiones,
 fantásticas ilusiones
 ni mentirosa ansiedad;

Pues trás el májico velo
 que tales sueños creaba,
 ciertamente se ocultaba,
 cual siempre, la realidad.

Un puñado de bandidos,
 terror de aquella comarca,
 despreciando del monarca
 el saludable perdon,

Del triste azar en los brazos,
 y dados á la rapiña,
 cual reyes de la campiña
 ostentaban su pendon.

Nunca, aunque siempre acosados,
 vieron su poder vencido,
 que siempre salió rendido
 de la justicia el poder.

Y ejercitando sin freno
 sus instintos malhechores,
 se paseaban señores
 con faz altiva do quier...

Y era lástima por cierto,
 que á haber ellos empleado
 su valor nunca menguado
 y su poderoso afan,

En causa mejor, sin duda
 alguna que hubieran sido
 un héroe cada bandido,
 un bizarro capitan...

Pero plugo á la fortuna en senda tal colocarlos, y caprichosa guiarlos del mal á la perdicion;

Y por eso malhechores lanzados á la rapiña, cual reyes de la campiña levantaron su pendon.

Y en vida tan azarosa, lo mismo el monte que el llano, el pueblo grande ó villano, que la cabaña ruin,

Daban albergue seguro siempre con manos amigas á sus continuas fatigas, á su afanoso trajin.

Así para dar descanso á su cotidiana lucha, elijieron la casucha, aceptando la ocasion,

En que de sus paredones la multitud se alejaba, y temblando la enseñaba como de trasgos mansion.

Allí, pues, todas las noches á platicas se reunian, y alegres se repartian su siempre rico botin,

O junto al hogar sentados con altivez imprudente se contaban mutuamente su valor y hechos sin fin.

Mas por si trás la sospecha
 se enjendaba la malicia
 y mas audaz la justicia
 ó con mas curiosidad,

Alguna vez intentaba
 atropellar la creencia
 vulgar y en pos de la esencia
 iba á buscar la verdad,

En la puerta colocado
 un valeroso vijia
 sus pláticas protejia
 y sus tertulias así;

Y así pasaban los meses
 y cundian las patrañas,
 y ellos siempre con sus mañas,
 siempre reuniéndose allí.....

Una noche en que afanosos,
 al amor de viva lumbre,
 estaban segun costumbre
 hablando junto al hogar,

Sin que antes se hubiese oido
 nada en la senda desierta,
 de pronto la vieja puerta
 abrióse de par en par:

Y embozado hasta los ojos
 un hombre quizá insultante,
 misterioso y arrogante
 se presentó en el dintel:

Y al levantarse la turba
 gritando—*traicion ha sido*—
 tan solamente un bandido
 dijo por lo bajo:—*es él.*—

Ya amenazaban su pecho
 diez afilados puñales,
 cuando sin dar él señales
 del mas pequeño temor,

Bajó el embozo diciendo:
 —Cabayeros, no hay cuidao,
 soy amigo y hombre honrao
 y no hay pa qué tar furor...—

El que así se presentára
 en medio de los bandidos,
 con los ojos abatidos,
 si bien con fiera altivez,

De unos veinticuatro años
 su semblante aparecía,
 y ya arrugada tenía
 la fina y morena tez:

Grandes ojeras cercaban
 el óvalo de sus ojos,
 en que brotaban enojos
 manantial de la afliccion;

Y á través de sus miradas
 y movimientos estraños,
 se vian los desengaños
 morando en su corazon...

—Quietos, cabayeros, quietos!—
 prosiguió con faz serena—
 ¿á qué tomarse la pena
 de arterarse toos por mí?

El hombre que está en la puerta
 sabe ya á lo que he venio,
 y por eso sin ruio
 me ha dejao entrar aqui.—

Absortos los bandoleros
mirando tanta osadía,
de su cólera y porfia
desistieron á la vez;

Y uno de ellos decidido
empezó en aquella junta,
pregunta sobre pregunta
á hacerle con allivez.

—¿Y á qué vienes á estas horas?

¿qué te trae aquí? ¿quién eres?—

—Un hombre solo!—¿Y qué quieres?—

—Traigo en er pecho un afan.

—Habla!—Me han dicho ayer tarde
que sin mieo, en er camino,
bajo el cuchillo asesino
murió vuestro capitan.

—Es sierto.—Pues bien, yo vengo
con er corazon valiente
y arrojao, buenamente
su mismo puesto á peír.

—Tú?—Yol y que lo dicho baste,
no hagais que mas os lo ruege,
pues con el que me lo niegue
estoy dispuesto á reñir.—

Una grande carcajada
que llegó fierá á su oido,
mereció el desconocido
por toda contestacion.

Y entre la loca algazara
y entre el mofador murmullo,
él con arrogante orgullo
no demostró irritacion.

—¿Y quién eres tú perdido?
¿donde estás ejercitao,
ni en qué el valor has mostrao
pa venirnos á mandar?

¿Cuáles, di, son tus hasañas,
ni en dónde tuerto ó derecho,
qué es lo que en tu via has jecho
pa tanto solisitar?—

Tales fueron las preguntas
que le dirijieron todos
con amenazantes modos
y despreciador desden:

Mientras él en su arrogancia
sin abatirse en su empeño,
se preparaba risueño
á responderles tambien.

—Soy un hombre de sentio,
y ar meterme en esta groma,
no tengo por sierto roma
la punta de mi puñal.

Si soy ó no soy valiente
lo mostraré en er camino:
si tengo ó no tengo tino,
eso lo verá caa cual.

¿Acaso se nesesita
pa ser ladron tanta censia?
con un poco de pruensia
y argo mas de corazon,

Soy yo capás de robarle
las medias al Padre Eterno,
y hajar luego al Infierno
á cambiarlas por carbon.

Con que así lo dicho dicho!
 si acomoda voy delante;
 y si soy ó no bastante,
 pronto lo habemos de ver:

Desde Málaga hasta Cádiz,
 y de Córdoba á Almería,
 entera la Andalucía,
 toos me tienen que temer...

Aquí calló el pretendiente,
 y la turba de bandidos
 al ver fieros tan cumplidos
 y tan fuerte corazón,

Mirábanse unos á otros
 queriendo aceptar el reto,
 y adivinar el secreto
 de tan rara petición.

Pero nadie se atrevía,
 ajitándose en la duda,
 cuestion tan estraña y ruda
 el primero á decidir;

Hasta que detrás de todos
 una voz salió que dijo:
 —Por mí, capitán lo elijo....
 ahora ostés podrán desir....—

Todos volvieron los ojos
 adonde estaba el teniente,
 que era el que bien claramente
 daba su dictámen fiel;

Y el mismo también que antes
 al ver al valiente mozo
 había, bajo el embozo,
 dicho entre dientes—*es él.*—

Absortos le contemplaron
 los bandidos un momento,
 juzgándolo fijamiento,
 bromas y burlas al par;

Peró al notar la firmeza
 que en su rostro aparecia,
 se les oyó, en tal porfia,
 al mismo tiempo esclamar:

—Es de veras? tú lo elijes?
 qué! lo conoses acaso,
 ó te has puesto ya en er caso
 que no femos de tí...?—

Colérico en demasia
 púsose de pie el teniente,
 y de rãbia balbuciente
 contestó á todos así:

Er que hayándose á mi lao
 no ponga su lengua á raya,
 ya lo sabe, ó que se vaya
 ó lo mato, como hay Dios.

Si he dicho que por mi elijo
 de capitan á este hombre,
 yo no tengo mas que un nombre...
 fartan los de ostedes toos...

Caa cuar diga su dictámen:
 cabar! y er que no lo quiera
 que lo diga y cuerpo fuera,
 que á presisarlo no irán:

Ese moso por mi gusto
 se quea en la compañia,
 y siendo de mi partia
 yo lo nombro capitan.—

Contestacion tan resuelta
 en cuidado á todos puso,
 y así con aire confuso
 no supieron qué decir.

Hasta que uno mas osado,
 quizá mas franco ó valiente,
 dirigiéndose al teniente
 atrevióse á argüir;

—Bien!—le dijo—si lo quieres,
 en pas y tu gusto sea,
 susea lo que susea
 tiempo hay de veslo dispues.

Pero ya que no otra cosa,
 y cuando llamamos buenos,
 que este moso diga ar menos
 qué es lo que ha jecho y quién es.

—Pa yo tenerlo á mi lao—
 dijo el teniente—me basta
 saber que viene de casta
 de hombres de puño y valor.

Y er modo de presentase
 que en esta casa ha tenio
 es un mérito cumplio
 pa quereslo sin temor.

Yo no lo conosco mucho;
 pero de veslo ahí elante,
 en la cara é su semblante
 llena de sereniá,

Pa mis adentros, de sobra
 que convensio me queo,
 que no tiene ese hombre mieo
 ni aun der sielo selestiá.

Ya he dicho por qué lo armitó ;
 en lo emás sierró mi boca, *si no me
 que otra cosa no me toca* *si no me
 desir á ostedes aqui.*

Si quereis saber su nombre *Y
 es mu justo que lo iga,* *si no me
 y si no, naide le obliga* *si no me
 estando delante é mi. —*

El empeño misterioso *de
 con que el osado teniente* *de
 defendia tenazmente* *de
 al callado pretensor,*

Convenció á los salteadores, *de
 de que aquel le conocia,* *de
 y que de cierto sabia* *de
 era un hombre de valor.*

Por eso al fin decididos, *de
 en tan estraño certámen,* *de
 abrazaron el dictámen* *de
 de un jete siempre leal.*

Y aunque menos insolentes, *de
 en curiosidad siguieron,* *de
 y el nombre saber quisieron* *de
 de aquel mozo tan cabal.*

En silencio breve rato *de
 quedó el concurso sumido,* *de
 hasta que el desconocido* *de
 respondió: — ¡Bien! lo diré.*

Soy un probe sin amparo, *de
 mi nombre es Pedro Beserra,* *de
 la Andalusia es mi tierra,* *de
 y mi Dios... yo me lo sév. —*

Al asomar á sus labios
y á su pesar, esta frase,
hizo que se le escapase
un suspiro de afliccion.

Y se oyeron ajitados
de su pecho los latidos,
como recuerdos queridos
que vagan en confusion.

Entonces los malhechores
unos trás otros hermanos
llegaron dando las manos
á su bravo capitán.

Y cada cual á su antojo
como á novel compañero,
queria darle el primero
de sus campañas un plan.

Pero imponiendo el teniente
silencio á la compañía,
la confusa algaravía
en un momento acalló.

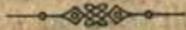
Y sentados en desorden
alrededor de la lumbre,
segun su vieja costumbre
de vino un vaso llenó.

Y soplándole la espuma
dijo: —A la salud serrana,
der moso que esde mañana
va á mandarnos con áfan...

Y llevándolo á los labios
mientras que el gefe bebia,
dió alegre la compañía
un viva á su capitán.



EL CORAZON
DE
UN BANDIDO.



I.

LA VENTA.

EN el camino de Córdoba
y en mil ochocientos treinta
y ocho, los machos de Cabra,
y de Montilla las recuas,
y de Aguilar los cosarios,
y la jente de Antequera,
paraban á dar descanso
de noche en la venta-nueva,
siempre alegre y concurrida
y de caminantes llena.

Er señó Paco , el ventero ,
 hombre de entrañas perversas ,
 viejo gruñon y maldito
 y robador sin conciencia ,
 jamás hubiera atraído
 una persona á la venta
 á no tener á su lado ,
 cual bello iman de su hacienda ,
 una preciosa sobrina
 coloradita y risueña ,
 que servia diligente
 y dulce , amorosa y tierna ,
 á todo el que allí paraba
 tan solamente por ella.
 Su corazon compasivo
 y su juventud y prendas ,
 sin dar pábulo á ninguno
 á permitirse indiscretas
 libertades , de su tio
 aumentaban la clientela
 de modo que nunca estaba
 desocupada la venta :
 pero corrieron rumores
 que aseveró la esperiencia,
 de que el ventero tenia
 inteligencias secretas
 con la banda de ladrones
 que en aquella misma época
 por todo el reino de Córdoba
 paseaba su insolencia ,
 y comenzó desde entonces
 la venta á quedar desierta ,

y los que antes se decidían
á pasar la noche en ella
luego cruzaban de largo,
ó deteniéndose apenas,
se iban, temiendo sin duda
alguna emboscada adversa.

Con efecto, *er señó Paco*
con sijilosa cautela
recibía alegremente
de vez en cuando en la venta
á alguno de los bandidos,
con las benditas ideas
de desplumar á los prójimos
que se hospedasen en ella.

Así fueron poco á poco,
y todos por conveniencia,
faltando los pasajeros
del camino y de la venta,
y los ladrones reuniéndose
con inaudita insolencia
bajo su techo, apropiándose
el poder de estar en ella.

Allí pasaban las noches
en alegres cantinelas,
sin recelos, ni temores
de sufrir una sorpresa;
y cuando se les decía
que la justicia severa
iba en pós de ellos siguiéndoles,
doblaban risas y fiestas,
seguros de la victoria
en llegando la pelea.

De este modo fue aumentándose
de los malos la clientela
hasta formarse una tropa
valiente siempre y dispuesta,
que al lanzarse en la rapiña
en el tiempo que se cuenta,
ni cuidaban de soldados,
ni evitaban la contienda,
ni respetaban el número,
ni se hospedaban en cuevas:
era su reino el camino
y su trono era la venta.
Así pasando los meses
con tal poder y tal fuerza,
adquirieron un renombre
digno de mejores prendas.
Entre todos distinguióse
su jefe Pedro Becerra,
por su mucha bizarría,
humanidad y braveza,
hasta el caso que borraríase
su nombre con sus proezas,
al cabo llegó á olvidarse
aun entre su jente mesma,
y *el Bravo de Andalucía*
le llamaban por do quiera.
Sin embargo, algun misterio
envolvía su existencia,
porque ni alegre reía
con los suyos en sus grescas,
ni en ellas tomaba parte,
ni entonaba cantinelas,

ni á sus labios asomaba
una exclamacion siquiera :
cabizbajo y pensativo ,
siempre absorto en sus ideas ,
si una lucha se ofrecia ,
si algun riesgo en sus empresas ,
capitan duro y valiente ,
se le via á la cabeza
de los bandidos , luchando
con valor é intelijencia ;
ó si en el robo ocupados ,
dando de clemente pruebas :
despues volvia á encerrarse
como antes en su reserva ,
y se apartaba de todos
evitando su presencia ,
hasta montar á caballo
muchas veces con cautela
y meterse apresurado
por desconocidas sendas ,
sitios áridos é incultos
de la ennegrecida sierra...
¿Qué misterios, pues, guardaba?
¿cuáles sus intentos eran?
¿á dónde se dirijia
con la faz triste y severa
y dando al aire suspiros
y murmurando *clemencia* ?
¿Quizá el arrepentimiento
de sus acciones protervas
habia sembrado en su alma
melancólicas ideas ,

ó algun recuerdo escondido
en su memoria revuelta ,
su corazon ajitaba
con inaudita violencia?...
Conducta tan misteriosa
infundió graves sospechas
mas de una vez , á los suyos
que en pláticas indiscretas
murmuraron sin rebozo
haciendo ver su estrañeza.
Una noche , pues , reunidos
todos ellos en la venta ,
menos el jefe , que estaba
como de costumbre , fuera ,
y sentados á la lumbre
junto á la gran chimenea ,
un bandido al fin resuelto
á penetrar en aquella
cuestion , á Juan el teniente
que de éi estaba muy cerca ,
se atrevió á hacerle preguntas
tales y de tal manera ,
que se entabló entre los dos
la siguiente controversia:
—Mi tiniente , estoy cargao
con las güertas y regüertas
que anda dando er capitan
sin estar nunca á la vera
de nosotros... va una cosa...!
siempre juyendo... esto quema...!
la verdá... paese un perdio...!
er demonio que lo entienda...

callao como un cartujo
 y metio por las vereas...
 miste que es grande... ¿Qué diablos
 le pasa...? ¿por qué no truena?
 y si la suseio argo
 ¿por qué no llama, candela,
 y mos lo dise y se jarma
 una que tiemble la tierra?...
 —Mala-facha (1), sierra er pico
 y jecha un nuo á tu lengua.
 Sinco años jase cabales
 que er bravo Pedro Beserra
 es capitan de nosotros,
 portándose á la manera
 como hombre de muchos bríos,
 y de muchisimas prendas.
 ¿Cuándo hemos tenio acaso
 mas valor ni mas moneas?
 ¿Cuándo han temblao como ahora
 los hombres, de nuestra fuersa,
 ni cuándo al salir al campo,
 se han visto cosas mas güenas
 que ahora? ¿ni qué capitan
 hemos tenio á la vera,
 moso mas jechao pa lante
 ni de mas recomendensia?
 —Es la verdá—dijo uno.
 —Pero eso naide lo niega—
 aseveró Mala-facha.

(1) Apodo del ladron que tomó la palabra.

—Pus entonses ¿qué te quejas?
 —siguió diciendo el teniente...—
 que se porte con finesa,
 y nunca mos esampare
 en los casos é pelea,
 y derija nuestras cosas
 como hasta aquí con pruencia,
 y sea legar con toiticos
 y que nos quiera y proteja,
 es lo que poemos peirle;
 en lo mas naide se meta...
 si ér sale solo ó no sale,
 si nos deja ó no nos deja
 cuando no nos jase farta,
 eso no es de tu incunvensia...
 —Ya lo sé... pero... los pasos
 que dá...—No son de tu cuenta...
 —Ya se vé... entró en la partía,
 la verdá... de una manera...
 —Mala-facha, ya te he dicho
 lo menos treinta ó cuarenta
 veces, que er *Bravo* una noche
 al salir yo de Lusena,
 se me presentó de pronto
 en la mitá de una senda
 reseloso y embosao
 jasta la punta é las sejas...
 jeché mano á mi trabuco,
 po si aquello iba de veras,
 cuando quitando el emboso
 me dijo: «Juan, ten pasensia
 y no te enrites... yo soy...

¿me conoses...?» Fl, y la jeta
 le miré....—No, le contesto...
 «¿Y á mi padre Juan Beserra?»
 —replicó entonses—¡De sobra!
 le respondi.... cosa es jecha.
 Sigióme disiendo el moso.
 —«Pus oye lo que me aprieta?
 por sierta cosa del mundo
 que es naa lo que te interesa,
 quiero entrar en tu partia;
 pero no como cuarquiera,
 sino é capitán.... ¿qué dises?
 Asperando mi rispuesta
 estuvo un grande rato,
 jasta que ar fin de la fiesta
 tuvimos unas palabras
 que fueron... sétera... sétera...
 no ma cuerdo.... el resultao
 fué que aquella noche mesma
 se presentó en la casucha
 por consejo de mi lengua....
 lo nombramos capitán,
 y esde entonses ¿quien se queja....?
 mos quiere como á su via;
 donde hay peligro se encuentra;
 al malo siempre perdona,
 y á los que son güenos premia:
 y ya lo veis, si á la borsa
 ocasiones se presentan,
 si no le damos, no pie,
 si le damos, toma apenas;
 too su afan semos nosotros,

y no quiere en sus empresas... sino que queemos contentos, y er corason se le alegra. — ¡Es la pura! — dijo uno — yo jasta mi sangre diera por ér. — Y yo mis entrañas — replicó otro. — Y yo, ¡canelal... ar que la mano le ponga lo aplasto como una oblea! — Pus si tanto le quereis... ¡já qué jarmar esta gresca... observó el teniente: — viva por siempre y *requiem eternam* — ¡Que viva! exclamaron todos... empero aun no satisfecha el alma de Mala-facha, prosiguió con su tarea de murmurar, replicando: — Con mu poco se contentan ostés... ¡vaya! que estos hombres tienen unas tragaeras... yo, ¡recabá...! no me fio... ¡já dónde va tan depriosa? casi toas las noches...? eso...? y á luego viene y se ensierra en ese cuarto, y se pone á charlá con la ventera y esa chiquiya que tiene á su lao... ¡já quién no quemara...? y si mos está vendiendo...? y si er mejó dia cuarquiera mos jechan á toos er guante

por su culpa...? ¡Santa Tecla...!
El teniente enfurecido
con tan bastardas ideas ,
se puso de pie , y ya iba
á castigar su insolencia
con un fuerte culatazo ,
cuando se oyó un tiro fuera ,
que alarmando á la partida
se lanzó toda á la puerta
de la venta , temerosa
de que , siendo una sorpresa ,
se hubiesen verificado
del bandido las sospechas.



II.

LOS VIAJEROS.

SIEMPRE que la compañía,
cuando acababa su ronda
por la sierra y el camino
en busca de ajenas bolsas,
iba á parar á la venta
á dar descanso á sus obras,
se colocaban de acecho
centinelas valerosas,
que en caso de una sorpresa
estuviesen siempre prontas
y con suficientes bríos
á defender por sí solas
lo cocina de la venta,
centro de la fuerza toda.
La noche, pues, de que hablamos,
fuera y á la misma hora
en que sonó el tiro, estaban
tres mozos de brava estofa
en sus respectivos puestos
cumpliendo esta *obligatoria*.
Eran, uno Paco Alpiste,
muchacho duro de sobra,

y segun sus espresiones ,
capaz de mover camorra
*jasta con el pico izquierd
der marco una cornicopia....*

Otro, mas entrado en años,
y llamado Lino Rojas,
tambien de puños atroces
y de corazon de roca :

y el último un mozalvete
apodado *Boca-é-sorra* ,
de entrañas empedernidas ,
la mirada fija y torva ,
temerario cual ninguno ,
y de ideas tan animosas ,
que, segun él, le pegaba
dies puñalás á su sombra.

Tales eran los bandidos
que velaban á la hora
en que sonó el tiro fuera ,
el cual puso en gran zozobra
á los que en la venta estaban
cumpliendo la ceremonia
de disputar ó reirse

viendo el fondo á alguna bota:
á la esplosion , cuidadosos
cual desordenada tropa ,
se lanzaron á la puerta
á informarse de la historia ,
cuando á empellones de *Alpiste* ,
que con faz aterradora
esclamaba:—Andosté listo,
que vasté á pagarlas toas,—

entró en ella un caballero
 que revelaba persona
 de calidad en su traje,
 y de altivez en sus obras:
 tendria cincuenta años,
 con la barba cana y corta,
 la mirada de insolencia,
 arrogante y desdenosa.

—¿Qué es eso?—dijo el teniente,
 mientras él con ánsia loca
 aun defenderse queria
 de aquella agresion traidora.

—Ahora poco—dijo Alpiste—
 mirando desde la loma
 estaba yo too er camino,
 cuando ví que jiso sombra
 un coche; llamé á la jente,
 se dió la vos, y las tordas
 pararon las patas; flimos,
 se rodeó la carroza,
 se abrió la puérta, y adrento
 encontramos dos presonas;
 este seño cu is-tivis
 y una jembra á lo señora:
 los pcimos los conquibus,
 los anillos y la ropa;
 salieron los dos á tierra,
 y sacando una pistola
 este moso, sin rodeos
 ni encomendase á la groria,
 ha puesto patas arriba
 de un tiro á Boca-é-sorra,

ar muchacho mas valiente que tenia nuestra tropa : por lo tanto , lya está dicho ! ha de morir en la jorca corgao de un árbo; y la jembra, manque er demonio se oponga , será der que toque en suerte... — Bramando el viejo de cólera al oír tales razones , dijo con voz fuerte y ronca , y adelantán!ose á todos : — Antes que pierda la honra entre vosotros canalla... — Casi apenas de su boca habia salido esta frase , cuando terribles y prontas un puñado de escopetas á la vez se alzaron todas para castigar la injuria , si el teniente en tal discordia no hubiese dicho arrogante : — Tengaste mas precautoria y sierroste el mirlo presto : — pero ni aun asi la cólera se bajó del caballero ; antes con vista mas torva siguió diciendo alterado : — Esa señora es mi esposa y el que toque á su vestido... — Será er que toque á su ropa... — esclamo gozoso Alpiste , soltando por su victoria

una recia carcajada ,
brutal , terrible y sonora.
En esto se oyó cercana
la voz del bandido Rojas
que decia:—¡Vamos con ella!
ya tenemos quien nos cosa.—
Y al mismo tiempo en la venta
con algazara y chacota
él y otro ladron entraron
en brazos á una señora
ricamente ataviada ,
y presa de atroz congoja :
sentáronla en una silla ,
y al mirarla tan hermosa ,
empezaron los requiebros
á brotar de aquellas bocas ,
y aun iban á echar ya suerte
funesta siempre á su honra ,
cuando el teniente , que estaba
algo retirado , vióla ,
y murmurando:—¡Dios mio!
¿no es ella? ¡pus esta es otra...!—
gritó en alta voz:—¡Jeh! ¡quietos!
¿no sirve é naa mi presona
pa vusotros , si caa uno
jase lo que se le antoja....?
A ver , cargar con su cuerpo
y yvarlo á aqueya arcoba... —
Sin replicar los bandidos
cumplieron órden tan pronta ,
y el teniente presuroso
porque no estoviese sola ,

hizo que la acompañase
la sobrina cuidadosa
del ventero ; y ordenando
encerrar en cualquiera otra
habitacion al viajero ,
bajo la inspeccion de Rojas .
echó la partida fuera .
y solo con su zozobra
esclamó:—Er sielo seleste
mos tenga misericordia...!—
¿Quién , pues , era aquella dama
que ajitando la memoria
de un bandido , le arrancaba
esclamacion tan piadosa?
Sin duda él la conocia ;
pero ¿cuál era su historia
y por qué oculto misterio
salió con alma tan próvida
á su defensa....? Un silbido
penetrante á aquellas horas
resonó en las cercanias ,
señal de que la persona
del Bravo Pedro Becerra
se hallaba á distancia corta ,
por lo cual Juan el teniente
llegó á la puerta y abrióla ,
entre dientes murmurando :
—Pues señó! siga la groma!
ya está aquí el hombre; esta noche
vamos á tener camorra.

III.

EL SECRETO.

APENAS llegóse Juan, presintiendo una querrela, y franqueó la puerta, en ella presentóse el capitán.

No era ya el imberbe mozo que años antes, en su lucha se presentó en la casucha cubierto con el embozo.

De una capa miserable, y con un pobre vestido manchado y descolorido y de vejez indudable;

No, que si cual un tesoro hubiese hallado en su afán, llevaba un rico dormán con mil cabetes de oro:

Faja de seda escarlata, y relucien lo en conjunto, en los calzones de punto limpios botones de plata:

Borlas de bellos colores y en ellas doradas motas,

y en las magnificas botas
bordados de mil primores....

Un lujo tan deslumbrante,
en vida tal, parecia
que haberle dado debia
animacion al semblante :

Pero no, que macilento
aun se alumbraban sus ojos,
turbios y llenos de enojos,
con la luz del sentimiento.

Aun en sus pálidas sienas,
nubladas por la tristura,
las marcas de la amargura
se mantenian perennes.

Y aun en su esmero prolijo
al par se le conocia
que en su memoria vivia
siempre un pensamiento lijo....

Entró callado y severo,
y saludando al teniente,
quitóse pausadamente
trabuco, manta y sombrero:

Llegó y sentóse en la silla
mas cercana, y reflexivo,
quedó un rato pensativo
con la mano en la mejilla.

Absorto en su frenesi
Juan le contempló, y al cabo
cara á cara con el Bravo,
osó preguntarle asi:

—Por vía er Papa de Roma!
¿qué ta pasao? ¿qué tienes

que tan silencioso vienes....?

—No tengo er gusto de groma...

—Mi capitan la verdá....!

tu silencio y tu conduta

han jarmao una disputa

jace un rato aquí... Quisá....!

—Lo que oyes.... ha habio porfia....

—Y quién es er que se átrieve

á faltar en lo que debe

ar Bravo de Andalusia....?

—No te amosques... sacabó....

yo por tu bien te lo digo....

te he dao mir pruebas de amigo,

y pa efenderte estoy yo....

Por mí no te lo pregunto,

pus te quiero mu de veras,

y te ejo haser lo que quieras

y concluio el asunto.

Acuérdate de aquer dia

que ambos á Córdoba fimos,

y en sus plasas mos metimos

con arrojo y valentía.

Y al pasá por una caye

en que asomá á una ventana

una mosa mu galana

estaba y con un güen taye,

Me dijiste, «mira aqueya

con despacio y precautoria

y conserva en la memoria

siempre su cara de estreya.»

Yo la miré y tú en seguia

me dijiste.—«Juan! cuidiao!

si esa jembra po argun lao
te se presenta argun dia ,

Te lo advierto en este instante,
respétala como á Dios,
y has que la respeten toos
cuar si tú fueses su amante....—

Y bien! di, ¿te pregunté
por qué ese encargo me hasias?
no; que tú me lo desias,
y me bastaba y cayé.

Despues te he visto mu sério,
pesaroso y afl jio ,
y aunque é sobra he conosio
que guardabas un misterio.

En jamás te he preguntao;
he dicho siempre pa mí :
«no me lo querrá desi;»
y se acabó y me he aguantao....

Pero se amosca la jente
y jarman conversaciones,
chismes y murmuraciones,
y quien te astima, lo siente....

Si á mí naa me quies contá,
porque no me crees tu amigo,
es corriente.... no te obligo....
mas á la fin, la verdá....

Pa evitá una tontería
inventa cuarquiera cuento
que tenga rasonamiento,
y chárlalo á la partia.

Con esa satisfasion
toa se queará tan campante,

y se acabará, y.... adelante,
la mala conversacion....—

Calló el teniente, y el Bravo
al oír tales razones,
por fin de sus reflexiones
así contestó al cabo:

—Bien! Juanico, me has venisio!
tú me dirás lo que invente,
y lo contaré á la jente,
y negocio concluio....

Pero á mi pena sujeto
y pues te ascucho quejarte,
Juanico, voy á contarte
mi afision y mi secreto.

Y mira, pues te lo digo
cuando siempre reservao
en mi pecho lo he enserrao,
si te tendré por amigo,

Ascúchame con anhelo
y dame por Dios la carma,
que en las borrascas del arma
un amigo es un consuelo....—

Calló y en líneas distintas,
dibujadas de repente,
se pintaron en su frente
de la palidez las tintas.

Y sin duda con enojos
sus recuerdos se ajitaron,
porque turbias se agolparon
las lágrimas á sus ojos.

Alarmado entonces Juan
le preguntó?—¿Qué te pasa?—

—Un tormento que me abrasa
con mas fuego que un volcan...

—Y aun me lo callas asi?

—Es verdá! tú no lo sabes....

Juanico.... son penas graves....

Ay! que me á voy morí..

—Tú morí....?—La pena negra
me vá consumiéndolo arma ;
desde que perdí mi carma
nunca el pecho se ma legra.

¡Probé de mí! ¿qué me importa
ser amo de una partia ,
si con el arma aflijta
nunca el pesar se ma corta.

¿De qué me sirve la plata
con que adorno mi vestio ,
si tengo er pecho jerio
por la mano de una ingrata?

¿De qué me sirve el tené,
rey der campo , un gran cabayo ,
si soy el probe vasayo
de una tunanta mujé....?

—De una mujé....?—Ascucha, Juan ,
mis desgrasiasos amores ,
y verás que mas dolores
no pasó naide en su afan.

La jembra que te enseñé
aquer dia , es la criatura
que ma llenao de amargura
con tanto y tanto paesé....

Serca jase de ocho años
que la endina me engañó ,

y ensima ademas me dió
tristesas y desengaños.

Muchacho sin esperiencia
en el garlito cai;
y mi goluntá le di
y mi via y mi consensia.

Veleta me engatusó,
y cuando mas la adoraba
y en ella mas confiaba,
en la caye me plantó....

Juanico....! cuanto he pasao!

Ay! tú no sabes la pena
que ar corazon encaena
cuando uno está esamparao....!

Soliyo me ví en er mundo
sin pas ni dicha ni gloria;
solo, Juan, con su memoria
y mi cariño profundo....

No sabia que jasé
por orviar tanta ofensa,
Juan, y para mas vergüensa
como un muchacho lloré.

Y en medio de mi agonía
con apuros sobre apuros,
pasé los ratos mas duros
que se pasan en la via.

Aturdio y medio loco
ar fin salí de mi tierra,
y ni hallé pas en la guerra
ni en la soleá tampoco.

Si por mi suerte horrorosa
iba ar campo, de la ingrata

via er cuerpo en caa mala,
y su cariya en caa rosa.

Y teniendo su beyesa
siempre delante de mí,
¿cómo era posible así
que curase mi tristesa?

Cansao de tanto afan
y no pudiendo vensermé,
formé la idea de jaserme
de ladrones capitan;

A ver si en buya metio
y siendo yo el soberano,
de su corason viyano
tomaba vengansa er mio.

O á ver si en algun trajin
de nuestras luchas estrañas,
un balaso en mis entrañas,
daba á mis pesares fin.

Pero la perra fortuna
que conmigo se divierte,
no ha querio darme la muerte,
ni tampoco heria ninguna...

Y aquí me tienes pasando
mas penas que ningun hombre,
siempre pensando en su nombre
y siempre en ella pensando.

Cuando me aparto de aquí
y por esos campos doy,
¿no sabes á dónde voy...?
á Córdoba... siempre allí...

No jago mas dilijensia
que buscarla, es mi deseo!

quiero vesla y... no la veo... cómo ha é sé...! bien... y pasensia...!

Calló y en su agitacion aparecieron fatales en sus ojos las señales de la desesperacion.

Ceñuda y mustia la frente mantuvo breves momentos, y reuniendo sus alientos dijo repentinamente:

—Pero ¿cuál será mi vida si mientras mas tiempo pasa mas el pecho se me abrasa y la quiero mas caa dia?

Ni un minuto, ni en jamás la orvio y naa me consuela; tengo aquí tanta candela que no pueo sufrir mas.

Ya sin ella no respiro ni tengo en mi confiansa, y perdía la esperansa me voy á pegar un tiro. —

Mas veloz que el pensamiento con furia inaudita y sola, echó mano á una pistola para consumir su intento.

Pero sujetando Juan tan desesperados brios, por calmar sus desvaríos dijo así con afan:

—Suerta la pistola y pronto:

¿quien eso, Pedro, imagina?
el hombre que se asesina
por una mujé, es un tonto.

Es tonto y loco de atar;
pero el hombre que se mata
por una mujer ingrata,
sobre tonto, es animar...—

Silencioso y pensativo
y con los ojos en tierra,
escuchó Pedro Becerra
consejo tan persuasivo.

Y Juan mirándole en tanto
en la faz triste y sombría,
mostraba que le tenia
compasion por su quebranto.

Y en este mudo embeleso
sin duda hubieran seguido
á no salir el bandido
que estaba guardando al preso,

Diciéndole:—Capitan...!
te quie jablar er señó,—
lo cual á Pedro sacó
de su reflexivo atan,

Y en graves apuros puso
al teniente, cuando el Bravo
encarándosele al cabo
preguntó estraño y confuso:

—¿Qué preso, Juanico?—Ya!
—respondió— se me ha orviao
esirte lo que ha pasao,
y te lo voy á contá...—

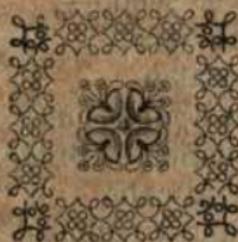
Y con su ruido y camorra

le refirió todo el lance ,
no olvidando en el percance
la muerte de *Boca é-sorra*;

Pero al decir la porfia ,
malicioso y retrechero ,
no contó que el caballero
con una mujer venia...

Oyó Pedro el pormenor
de la nocturna ocurrencia ,
y en el punto á su presencia
mandó salir al señor.

Y despidiendo al teniente
y al centinela altanero ,
se quedó con el viajero
cara á cara y frente á frente.



IV.

LOS DOS RIVALES.

POR qué cuando el alma adora
á una mujer con delirio,
con ese loco deseo
con que rinde en sacrificio
satisfecha y placentera
ante el ara de su ídolo,
la dulce paz de la vida,
la ambicion, el egoismo,
la virtud, la fama, todo,
tiene ese fatal instinto
de conocer al que intenta
quizá robarla el cariño
de aquel ser á cuyo lado
se sienten brotar altivos
en la enamorada mente
mil pensamientos divinos?...
¿Y por qué se le aborrece
desde aquel instante mismo
en que una mirada sola
al corazon dolorido
regala un jérmén de celos
con insufribles martirios?...

¡Tristes secretos humanos
incomprensibles y lijos!...

Así el desgraciado Pedro,
hombre siempre compasivo
y que jamás odiar supo
sino á su cruel destino,
al ver al duro viajero
ante sus ojos, allivo,
por un efecto antipático,
ó mas bien por el instinto,
sintió ajitarse su pecho
con mil violentos latidos,
presagio de que aquel hombre
le estorbaba en su camino.

En silencio breve rato
ambos pasaron sumidos,
hasta que el osado Bravo,
hablando el primero, dijo:

—Vamos, charla tus deseos
y dime toos tus caprichos.

—Sé—respondió el caballero—
que está mi vida en peligro
porque en mi defensa propia
he hecho morir á un bandido.

—No es por eso, ten la lengua;
sino por ser asesino.

—No me pongas á mi el nombre
que es peculiar de tu oficio.—

Encendido cual la grana
con ojos de basilisco,
se levantó Pedro, oyendo
tales palabras, y dijo:

—Abaja la altanería
y ata la lengua; repito...
aquí se roba á toa el mundo,
pero sin causar perjuicios
en la via; á naide se mata...
á no que argun atrevió
como tú, nos acometa,
que entonses... lo dicho, dicho...
vamos, gomita tus cosas,
y pronto, porque me enrito...
Con mas insolencia el preso
y temeridad y bríos:
—Oye mis proposiciones
y contéstame—le dijo:—
veinte mil reales te doy
por mi vida; á mas te afirmo
que jestionaré tu indulto,
marchando yo, si es preciso
para obtenerlo, á la córte,
y luego en tu beneficio
te daré colocacion,
para que vivas tranquilo:
mi nombre me garantiza,
soy el marqués del Espino;
con que piénsalo y verás
que soy capaz de cumplirlo.—
Quedóse Pedro mirándole
un rato á la cara fijo,
por ver si abatir podía
al orgulloso cautivo
que hacia proposiciones,
en vez de aceptar sumiso.

las que se dignáran darle
 por compasion ó capricho.
 —Pues señor—dijole al cabo,—
 es asunto concluido!
 prevente á haser er vi-je
 hásia los sielos divinos;
 no hay remedio...—¿No lo aceptas?
 —Señó marqués; á lo dicho.—
 Este quedó otro momento
 silencioso y pensativo,
 y replicóle:—¿Pues bien!
 no mas á tus pies me humillo;
 estoy á morir dispuesto,
 pero al menos te suplico
 que un instante me permitas,
 y aun si quieres, aquí mismo
 hablar con esa señora...—
 Pedro, que cual ya se ha visto,
 ignoraba que otro alguno
 con él hubiese venido,
 lleno de estrañeza y duda
 le preguntó:—¿Qué! contigo
 ha venio una señora?
 —¿Sin duda!—¿Y no me lo han dicho!
 —¿Desmayada la encerraron
 en aquel cuarto!—¿Por Cristo!
 —esclamó encolerizado,—
 caa cual obra aquí á su arbitrio,
 y no respetan mis órdenes,
 y voy á jarmar un sisco...
 —¿Con que hablo con Margarita?
 el marqués de nuevo dijo...

Volvióse , al oír este nombre
 el capitan de bandidos ,
 con rapidez increíble
 y palpitante , sin tino ,
 cual si le hubiese asaltado
 penoso y fatal delirio ,
 y acercándose al viajero
 tembloroso y convulsivo ,
 le preguntó:—¿Margarita....?
 ¿Margarita es lo que has dicho?
 ¿y de dónde es esa jembra....?
 ¿dónde vive? su apellio
 ¿cuál es? responde ó te mato...—
 Atónito y sorprendido
 contestó el marqués:—¿Qué es eso?
 —Responde , pronto , por Cristo....
 ¿cómo se llama?—Cortés....
 —¿Vive en Córdoba?—Allí mismo.
 —¿En la calle de la Feria?
 —¡Justamente! mas me admira....
 —¿Y á adonde vais?—A Antequera.
 —¿A qué?—¡A casarnos!—¿Contigo?
 —¡Conmigo!—¿Y está en la venta?
 —¿Ahi dentro!—¡Sielo bendito!
 ¡resa , que llegó tu hora....!—
 Mil pensamientos distintos
 se agitaron en la mente
 del marqués , que enfurecido
 con aquel requerimiento ,
 no solamente prolijo ,
 sino oscuro y misterioso
 y á su parecer indigno.

de su cuna, sacó airado
 un puñal agudo y fino,
 y quizás le hubiera muerto,
 si el capitan, prevenido,
 no evitára el golpe rudo
 dando con destreza un trinco
 y montando una pistola
 y gritando:—¡Aquí los míos!—
 Abrióse la puerta al punto—
 y entraron los dos bandidos
 Juan y Rojas, que escuchaban
 para en un caso imprevisto,
 dar, como siempre, amorosos,
 á su capitan auxilio.
 —¡Resá!—dijo este de nuevo:—
 Resa por Cristo divino,
 que no te quea más amparo
 que morir hoy aquí mismo.—
 Rojas llevóse al marqués
 con sus fieros vengativos,
 y tembloroso Becerra
 así á su teniente dijo:
 —¿Con que está aquí Margarita?
 y tú la habrás conosio,
 y te has callao por la buena,
 y te has ido y naa me has dicho!
 ¿Con que hase poco, mil penas
 aquí pasando me has visto,
 y tus labios has serrao,
 y dises que eres mi amigo...?
 ¡Oh! que sarga, dí que sarga,
 que sarga pronto por Cristo,

que quiero haserle que pase
 tantos iguales martirios
 como en ocho años cabales
 por ella misma he sufrido!!!

—¡Carma!—respondió el teniente,
 ¡la verdá! no te lo he dicho
 porque me pensé lo que era,
 y pa evitarte un conflicto,
 tuve idea de espacharla,
 y se acabó... sin ruio....

—¡Sin vesla yo, cuando he dao
 á los vientos mas suspiros
 que arenas tienen los mares
 y gotas de agua los rios,
 por vesla una vez tan solo,
 y contarla mis delirios...?
 Que sarga, Juan, al momento
 y se cumpla su destino ...

—¡Bien! si lo quieres, andando....—
 Y á darla al punto el aviso
 marchó, dejando ajitado
 á su capitan y amigo.
 Entre el temor y el deseo,
 entre celos y cariño,
 aguardando á Margarita
 quedó Pedro convulsivo....

—¡Oh!—esclamó con loca saña—
 ¡ya la tengo en mi dominio!
 ¡alma! calcula tus planes,
 que tras de tantos martirios
 vas á tenerla hoy enfrente
 y á contarla tu suplisio....—



Y así diciendo , sentóse
 para ostentarse tranquilo ,
 cuando apareció en la puerta
 con los ojos abatidos ,
 la mujer por quien su pecho ,
 de un amor ciego cautivo ,
 había pasado ocho años
 de tormentos inauditos.



V.

MARGARITA.

POBRE corazon humano,
 en pos siempre de ilusiones
 con aturdimiento insano,
 y respirando liviano
 el aura de las visiones!

¡Siempre tras la limpia estrella
 que adora en su sentimiento:
 siempre corriendo tras ella,
 fija la vista en su huella,
 y en su luz el pensamiento!

¡Febril corazon ingrato,
 que arrojando su bonanza,
 va siempre audaz é insensato
 tras del humo dulce y grato
 de una florida esperanza...!

¡Y siempre...! y cuanto más lejos
 ve su ilusion esplendente,
 mas le ciegan sus reflejos,
 mas desoye los consejos
 de la razonada mente!

Y ¡qué importa en sus enojos
 maldiga sus desvarios,

si al realizar sus antojos
basta la luz de unos ojos
para domeñar sus brios....?

Así al ver á Margarita,
Pedro tras de tantos años,
con emocion infinita,
en vez de llamar maldita
á la causa de sus daños :

En vez de airarse despues,
y de su pesar prolijo
reclamar justo interés,
al verla tan bella, dijo :
—¡Jesú! ¡qué jermosa es...!

Y era verdad, que sus ojos
lucientes y seductores
disipaban los enojos,
brolando en sus labios rojos
el ámbar de los amores....

Los dos al par se miraron
con un dolor infinito,
y al mismo tiempo temblaron,
y al par los dos exhalaron
él un suspiro, ella un grito.

—¿Tú, Pedro—dijo—tú aquí?
¡Ay! ¡ya perdí la esperanza!
¡no hay salvacion para mí...!
¿Tú entre bandidos...? venganza
es lo que espero de tí...!

De pronto se levantó
Pedro, y cuando vengativo
Margarita le creyó,
dulce, afable y espresivo

y en calma la contestó :

— ¡Señora! jase ocho años
que estoy cayando y sufriendo
el rigor de sus engaños,
infames daños tras daños
por su memoria paesiendo....

Y si me jeché á esta via....
si entre ladrones me ves,
¿acaso es la curpa mia?
¿pues pa quién, desagraesia,
robé la primera ves....?—

Con alarmante estrañeza
alzó, de duda exaltada,
Margarita la cabeza,
y preguntóle agitada
reclamando su franqueza :

— ¡Cómo....! ¿qué dices....?

— Lo digo;

para ese cuerpo arrastrao :
¡qué presto que se ha orviao
de lo que jiso conmigo
en aquer tiempo marvao!—

Ella los ojos bajó
diciendo:— Olvidarme yo
de tu jenerosidad!
¿pues mi pecho no te dió
grandes pruebas de lealtad?

¡Qué por tí no desprecié!
grande y bueno te miré,
y por santa gratitud
á tu amor sacrificué
mi aerisolada virtud....

¡Pedro! no lo he olvidado;
pero si hubiera sabido
que en lugar de ser ganado
era tu auxilio robado,
nunca lo hubiera admitido.

—Señora! yo no ganaba
mas que cuatro ó cinco riales,
cuando mucho trabajaba,
y sabia que osté estaba
criá en mu güenos pañales.

Rica otras veces, sabia
su probesa y su escasés,
que su padre se moria,
y aunque él no lo meresia,
¿cómo dejaba yo á osté....?

Pa ampararles, de contao
á los amigos lijero
peí metar emprestao,
y gorrí desesperao
pus naide me dió dinero....

Toos me dijeron que no,
y sin saber qué jasé,
no teniendo un cuarto yo
el demonio me tentó
y mi amor, y lo robé....

Despues por mi perra suerte
oste me plantó, veleta,
y yo con cariño fuerte
vine aquí á buscar la muerte,
porque perdí la chaveta....

—Y no pudiste encontrar,
mas honroso, otro destino,

que no venirte á asociar
con ladrones y á parar
cual ellos en asesino....?

Al oír tal acusacion,
de su amor propio al arrullo,
palpitante de emocion
y con fiereza y razon
la contestó con orgullo....,

—¿Qué acabaste de desf?
¡por los sielos soberanos!
¿dónde se vé sangre aqui?
tengo mas limpias mis manos
que el oro der Potosí....

Yo no he matao en jamás!
y á mi me llama ¡canija!
asesino á mas y mas
la mujer que fué capás
de asesinar á su hija....?—

Al oír tal acusacion,
Margarita ora á su vez,
palpitante de emocion,
y con maternal razon
respondió con altivez:

—Mentira! yo asesinarla....!
mentira sin duda alguna!
¿quién atrevióse á dañarla?
mi padre la echó en la cuna
y yo no pude salvarla....!

¿Por qué haces que asi me afija?
no tuve la culpa yo....!

—Y si osté no la dejé,
¿dónde se encuentra mi hija?

—Sin duda Dios la amparó...
 Harto tiempo la he llorado
 de mis brazos desprendida,
 y por ella he preguntado,
 y sin cesar la he llamado
 prenda siempre de mi vida.

Mi padre por interés
 del honor, única excusa
 que mas razonada es,
 segun me dijo despues
 la depositó en la inclusa.

—Pus no hay dua que el tal moso
 —dijo Pedro con dolor—
 era un cabayero honroso,
 tuno, embustero, tramposo
 mala sangre y jugaor....

—Todo en el maldito juego
 dejó perdido en su muerte,
 sin que bastase mi ruego,
 y sola en el mundo luego
 me vi en desgraciada suerte.

Y en medio de esta agonía
 y desesperado afan,
 ningun amigo tenia,
 y hasta llegó el caso un dia,
 Pedro, de faltarme el pan!—

Con palabras tan fatales
 sintió morir su furor
 el Bravo, y en penas tales
 abrirse los manantiales
 de su volcánico amor

Fuego corrió por sus venas

de angustia y dolores llenas,
y con la mente turbada,
olvidó sus negras penas
por las penas de su amada.

Y apartando los enojos
de su tormento prolijo,
rindióla el alma en despejos,
y dulce y tierno la dijo
con lágrimas en los ojos:

—No digas por Dios tal cosa,
que me rajas las entrañas!
¿tú sin pan, cariya é rosa,
y la mas jacarandosa
de las veinte y cinco Españas?

Tú con pena y esconsuelo
siendo yo con tu memoria,
mu capás pa tu consuelo
de habé robao un cacho é sielo
para que comieras gloria....?

Er sentío se me quita!
yo con onsas y con brio,
y tú con suerte mardita
sin que comé, Margarita....?
¿qué es lo que dises, Dios mio...?

Con un rostro tan prefeto
¿y toítico te fartaba...?
pero.... mardito mi aprieto....!
señora.... ya me orviaba
de hablarla á osté con respeto....—

Margarita enternecida
con tan sincero lenguaje,
le respondió conmovida....

—No.... sigue.... sigue.... descuidate, no me haces en ello ultraje.

Habla , Pedro , como quieras: de esa etiqueta te eximo, tus palabras lisonjeras me agradan... hablo de veras... pues.... todavia.... te estimo....

¿Por qué al escuchar querida la palabra *estimacion* , sintió Pedro conmovida reanimársele la vida y alentar su corazon?

Porque veía tras ella principios de una bonanza! porque en su amarga querella vió relucir una estrella de consuelo y de esperanza.

Así amoroso y rendido con halagador empeño, formando un Eden florido de ilusiones , encendido dijola dulce y risueño....

—Ay! si eso fuera verdad y no me mintiera osté ¡que cosiya ¡puñalá! de rechupete , y ya está , me veria osté jasé....

Si tuvieras otavia en ese pecho candela , me vieras de noche y dia mas durse que ia arropia ,

y mejor que la canela.

No mas que con que me echases
una mirá con tus ojos,
sin que nautica charlases
en antes que lo pensases
cumpliria tus antojos,

Si á media noche, salero,
me pedias por favor
que er sor saliera, lijero
jaria en er sielo un bujero
para que saliera er sor.

¡A naide en er mundo temol
si allegáras á anhelar
pasar á pié por el mar,
sin barco, vela, ni remo,
ni abujas é marear;

¡Vaya un trabajo desentel
en dos minutos sin treguas,
me veria dilijente
jaser sobre er mar un puente
de dies miyones de leguas.

Si era tu gusto, remona,
reinar en Ingalaterra,
vieras á Pedro Beserra,
dándose remucho tono,
dirse erecho á aquella tierra,

Y disirle á la que está
en el trono, sin historia:
déjeme osté ese lugá:
¡vivito, señá Vitoria,
que vá mi niña á reiná!

Tu gusto seria mi gusto,

tus contentos mi alegría,
 tus fatigas mi disgusto,
 y tus temores mi susto,
 y tu existencia mi vía.

Y para que no tuvieras
 náutica que echate en cara
 por habeme amao é veras,
 ni en jamás te arrepintieras,
 ni tu corason yorára;

Con grande satisfasion
 yo peiria mu contrito
 á un confesó mi perdon,
 y si mi solo elito
 era haber sio ladrón,

Siempre, de noche y de día
 con afan trabajaria
 en cuarquiera positura,
 con er arma y con la vía
 hasta jechar la asaura.

Y perdería los sueños,
 y pondria mi cuidiao
 en ganar con mis empeños,
 pa degorver á sus dueños
 toitico lo que he robaon.

Dime, jembra, que me quieres,
 verás si er mundo conquisto
 pa tu gusto y tus plaseres;
 acaba ya mis paeseres!
 dime que sí por... san Cristó!

¡Pobre corazon humano
 en pos siempre de ilusiones!

con aturdimiento insano,
siempre aspirando liviano
el aura de las visiones....!

¡Pobre Pedro jeneroso,
que al brindar con alma pura
su porvenir y reposo,
diéronle á beber penoso
el cáliz de la amargura....!

¡Infeliz que no sabía
que tras el mundo ideal
que formó su fantasía,
otro mundo real había
de necio orgullo social....!

Por eso aquella mujer
ídolo fiel de su alma,
doblando su padecer,
de su porvenir la calma
se atrevió á desvanecer....

—No insistas, Pedro, por Dios!
abandona esa quimera
aunque vá del bien en pos!
tú has puesto ya entre los dos
una terrible barrera....

—¿Cuál es, que no te comprendo?

—El ejercicio en que estás.

—¿Y qué importa si me enmiendo?

—Yo á la sociedad atiendo,
y es imposible.... además....

—Acaba!!—Con otro hombre...
si decírtelo no sé!...
tengo empeñada mi fe...
me da su mano y su nombre....

y con el.... me casaré....—
 Confundido y aterrado
 quedó Pedro en sus enojos ;
 y en frio sudor bañado
 al ver el faro apagado
 que antes alumbró sus ojos....

Todo el caudal de su amor
 se convirtió en frenesí ,
 y apelando á su valor
 con sentimiento y furor
 dijo á Margarita asi....

—Anda allá... mardita seas!
 que er pecho me has traspasao... ¡
 premita Dios que te veas....
 sí.... con palabras tan feas....
 tú mesma te has sentensiao....

—Y qué he de hacer en verdad?
 mi vida le pertenece :
 con gran jenerosidad ,
 siendo yo pobre , me ofrece
 ampararme en mi horfandad....

—Lo mesmo que yo te ofresco,
 y quisás con mas rason :
 ¿es poco lo que paesco?
 acaso ¿yo no meresco
 que me tengas compasion?

¿Es posible que me dejes
 soliyo y desamparao....?
 no hay remedio , lo he jurao ;
 aluego á naide te quejes
 cuando le mires matao....

Y volviéndose altanero ,

aunque con penoso afán ,
llegó á la puerta lijero ,
y con un silbido fiero
llamó á su teniente Juan.

Y él que estaba vijilante ,
por temor de una porfía ,
entró en la pieza al instante ,
mientras ella suplicante
y dulce , á Pedro decia :

—¿Qué vas á hacer, Pedro mio?
ten piedad de una mujer ,
que pende de tu alvedrio.

—La mesma que osté ha tenio
de mi terrible paeser:—

Contestó el Bravo , y mandando
que pronto en su cuarto entrára ,
ella se fué sollozando ,
y él se quedó meditando
en su suerte negra y rara.

Abatido y macilento
mantuvo escena tan muda ,
dando vuelta al pensamiento ,
hasta que tras un momento
de reflexiones, sin duda ,

Que allá en su turbada mente
formó una resolucion ,
porque le dijo al teniente:
¡Juanico! reúne la jente ,
y tráela sin dilasion.—

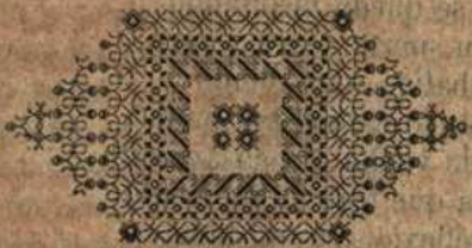
Tambien pálido y sombrío ,
y con pesadumbre harta ,
respondió Juan:—Al avio!

pero antes toma esta carta
que hase poco te han traído.—

Tomóla enojoso Pedro,
y euando solo quedó,
entre dientes murmuró:

—¡Andando! de naa me arredro,
ya estoy consentio á too....—

Y un ¡ay! soltando del alma,
quizá por tan triste idea,
rompió á la carta la oblea,
y con aparente calma
se sentó á la chimenea.



VI.

LA CARTA.

Un rato estuvo Becerra
 mirando el papel abierto,
 y sin duda pensativo,
 pues le miraba sin verlo:
 ¡cuántas y cuántas ideas,
 revueltas en su cerebro,
 ajitarían su espíritu,
 en tan penosos momentos!
 ¡Ay! los que hayan padecido
 iguales dolores fieros,
 podrán saber solamente,
 los angustiosos proyectos,
 los devastadores planes
 que surjen al pensamiento,
 cuando se mira apagado
 de una esperanza el reflejo
 que iluminaba la vida,
 y del corazón los sueños....!

Al fin volvió de su éstasis,
 y con ojos mas serenos,
 aunque lánguidos y mustios,
 rompió el silencio leyendo:

—»Perico: me alegraré,
 »que al resibo der Camueso
 (el conductor de la carta,
 uno de los bandoleros);
 »te hayes con cabar salú,
 »que yo para mí deseo,
 »en compañía è la jente,
 »de Juliana y der ventero:
 »la mia es güena á Dios gracias,
 »pa lo que buste tu cuerpo
 »mandame, que haré con gusto
 »y satisfasion y afeuto,
 »como es de mi obligasion
 »y á ello estoy endispuesto.
 »Perico, esta se dirije
 »á desirte, que er gobierno
 »ha mandao en un mandao
 »y en un bando, que si dentro
 »de un mes justo y cabalito,
 »con grande arrepentimiento
 »se presentasen á indurto,
 »al Arcarde de algun pueblo,
 »Pedro Beserra el ladron,
 »que eres sin dua tú mesmo,
 »y toitica la partía,
 »sereis perdonaos aluego,
 »sin mas averiguasiones,
 »ni entremeses, ni rodeos;
 »pero que si se resisten,
 »presiguios ar momento
 »sereis por dosientas tropas,
 »y metios en ensierro,

»morireis en una jorca
 »orgaos por er piscueso.
 »Como se me defigura
 »que no te bustará esto,
 »te lo aviso por si quieres
 »librate de este jaleo.
 »Resibe memorias mias,
 »de mi mujé que está en cueros
 »al escrebí esta carta,
 »resando dies pae nuestros,
 »y tú dáselas á Juan,
 »si es que quisás no se há muerto
 »y resibe los cariños
 »de tu amigo verdaero,
 »que te quiere con la via
 »Juan Pichichi y Soplafuego.»

—Al concluir la lectura
 de tan raro documento,
 quedó un rato pensativo,
 calculando en sus adentros : —
 —¿Y de qué me sirve ahora
 que me perdone el gobierno,
 si no me resta en mi via
 ni esperanza ni consuelo....?
 ¿lo tomaré....? ¿querrá entonses
 piadosa escuchar mis ruegos....?
 ¡Ay! no, que ya no me ama,
 pues la mujé que ve siertos
 los duros yantos de un hombre
 y no les pone un remedio,
 ó le aborrese de muerte,
 ó no le quiere á lo menos....!

Sigan, pues, mis sinsabores,
y mi corason sufriendo,
hasta que er sielo se aplaque,
y ar fin me quite de en medio!—

La entrada de la partida
distrajo sus pensamientos,
y levantándose entonces,
salió cual siempre á su encuentro,
y les saludó diciéndoles:

—Buenas noches, cabayeros...
vamos á vé, aquí se trata
de dos asuntos mu serios;
ascucharme con cautela,
que conviene: lo primero
es sabé cuar de vosotros
quiere indurtarse....

—¿Qué es eso?—
esclamó el teniente.—Toma!
¿qué ha é sé?—prosiguió diciendo
el capitan:—esta carta
me lo anunsia, y yo lo avierto....

—¿Lo vas tú á peir?—Yo, nones.
—Pus entonses, toós lo mesmo;—

Juan, mirando á los bandidos
respondió firme y resuelto:

—¿No es verdá?—Estamos conformes,
á su vez dijeron ellos.

—Pues bien!—continuó Becerra—
está dicho y yo me alegro.

Ahora hablemos de otra cosa,
en que mucho me intereso...—
Al oír la compañía

tales palabras, creyendo
que iba quizás á contarla
los tenebrosos secretos
de su vida, porque algunos
ya reyertas sostuvieron,
en curiosidad melida
se acercó con gran silencio,
hasta rodear al Bravo
que quedóse de pie en medio:
este miró uno por uno
con rostro grave y severo,
y por último sus labios
se desplegaron resueltos.



VII.

EL CONSEJO DE GUERRA.

HABIA Pedro Becerra, aun en su ejercicio, recto, y por evitar disgustos entre los suyos dispuesto, que siempre que un caminante cometiera algun esceso tal que mereciese pena de represalia por ello, que solo sus aprensores fuesen de imponerla dueños, ó si mejor les placia ser de clemencia modelo, que de la misma manera se cumpliesen sus deseos, sin que nadie les tomase cuenta ó razon de sus hechos. Asi, pues, en ese caso partiendo de igual concepto, empezó á hablar á los suyos con este razonamiento :
—Pues señor! es toa la cosa, que esta noche trasionero

ha matao á Boca-é-sorta, ¿de le que d'isq-
 er moso que está aquí preso: ¿quién es
 el que asesina á otro hombre, ¿quién es el
 ¿qué merese?—Sin remedio!—habló Mala-facha,
 la muerte!—habló Mala-facha,
 para hablar siempre el primero.
 Consultando á los bandidos
 quedó con la vista Pedro,
 y—¿es la verdá?—preguntóles
 —La muerte, sí,—respondieron.
 Tenia en cuestiones tales
 voto y palabra el ventero,
 quizá porque era su cómplice,
 ó tan ladron como ellos;
 así es que el jefe encarándose
 tambien al par con el viejo,
 le dijo:—Y osté qué charla...?
 —Que soy der mesmo conceuto...
 contestó con su sonrisa
 de alma y corazon perverso...
 —Pues bien! manos á la obra:
 que muera al fin, y *Laus Deo!*
 pero me ha dao er capricho
 de asesinarlo yo mesmo,
 y si su amo me lo vende
 en la mano está mi inero,—
 Paco Alpiste, que era el amo,
 segun leyes y convenios,
 queriendo á su caro jefe
 dar una prueba de aprecio,
 sin retribucion alguna
 quiso cederle el viajero;

pero aquel rehusó la oferta
 é imponiéndole silencio,
 le hizo aceptar el bolsillo
 que contenia su precio:
 entonces dijo animoso:
 —Ahora, pues, que soy el dueño
 de su via, haser me toca
 lo que me sarga de adentro...—
 Y despidiendo á la jente,
 que obedeció con respeto,
 desenvainó su puñal
 y mandó á Juan:—Saca al preso,
 que voy de un golpe á enviarlo
 con su arrogancia al infierno...!—
 Parado quedó el teniente
 estrañando aquellos fieros
 en un hombre que pecára
 siempre de clemente y bueno,
 y le preguntó:—¿Es de veras?
 ¿lo matarás...?—Con los deos!
 vamos! menos requilorios
 que se está perdiendo tiempo...—

A poco el marqués y el jefe
 de bandidos, altaneros
 se cambiaban cara á cara,
 las palabras que diremos.

VIII.

EL PERDON.

CUANDO el marqués del Espino creyó que ya era imposible que se salvase su vida, bien por cumplir el desquite de la muerte del bandido, bien quizá por otros fines que adivinar pretendia en el secreto terrible que le anunciaron las frases penosas, duras y tristes que le habia dicho Becerra con misterio incomprensible, se alzaron sus sentimientos de orgullo con alas triples, y se propuso arrostrar los riesgos sin abatirse, apelando á los recursos que creia darle su estirpe.

Así, pues, al ser llamado de nuevo, resuelto y firme presentóse ante Becerra, y entre los dos, al oírse,

mediaron en fiera plática
 estas razones que siguen:
 —Acaso, ¿te has figurado
 que soy tu igual? ¡por la Virgen!
 para llevarme y traerme,
 ó piensas que he de sufrirte
 mucho tiempo tus preguntas
 sin vengarme?

—Sonsoniche!

que vasté á mori en seguida.

—No me sorprende...! lo dije!
 no esperaba yo otra cosa
 de un bandido, de un caribe;
 pero puesto que es preciso,
 te mando que antes me esplices
 las palabras misteriosas
 que no hace mucho dijiste
 acerca de Margarita.

¿En dónde está? pronto! vive...?
 déjame no mas hablarla
 dos minutos, uno: pide
 por concederme esta gracia
 lo que quieras, lo que estimes...

—Con que tanto osté la quiere...?—
 preguntóle Pedro triste
 y de dolor traspasado.

—Con pasion que no se estingue:
 mas que nadie.—

Oir el Bravo

estas palabras y ergüirse
 altanero en su cariño
 y mas celoso que un tigre

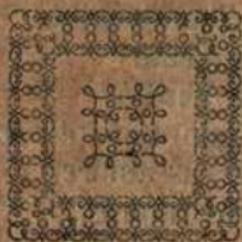
esclamar rápido:—¡Miente!
 mentira es eso que dise,
 que estoy yo aquí pa queresla
 con fatiguiyas á miles:—
 fué cosa de un solo instante,
 y qué sorpresa sin límites
 causó al marqués, que vió al punto—
 claro el secreto terrible:
 así encendido en coraje
 gritó colérico y firme:
 —Tú, bandido?

—¡Yo, marqués!
 la adoro como á la Virgen,
 y tengo el alma mas negra
 de queresla, que la tisne...
 la quiero, sí; su cariya
 el corason me derrite;
 mas pues que eya no me ama
 y á osté sí... ya está osté libre...!
 no quiero que por mi causa
 ni una lágrima esperdisie...
 vayasté con Dios con eya...
 y sean ostés mu felises...—
 Un perdon tan repentino
 cuando el marqués en sus fines
 no lo aguardaba, movióle
 sus sentimientos humildes.
 —¿Cómo te llamas? le dijo:
 toma este bolsillo.—Quitel
 —No lo aceptas?—Dale, bola!
 —Si ya tanto te resistes,
 te doy gracias solamente,

y pues que no me lo impides, avisaré á la señora... — Mas al verle dirijirse al cuarto, Pedro ajitado otra vez por su amor triste, exclamó allí deteniéndole: —No es menesté que la avise; osté se marcha primero, y cuando yo lo etermine detrás irá la señora... —Con que, jeneroso finjes nuestra libertad, y luego quieres que yo me retire y ella se quede? la causa bien se comprende...

—No enrite mi corason ni mi sangre, y así seasté mas humirdel váyase osté á Ferna-Nuñes, y antes que la noche espire ya la tendrá en su poer. —No me voy: sino me sigue, no me irá.—¡Bien! á la fuersa naa en er mundo se resiste... — Dijo Becerra, y llamando á Juan, le mandó:—Que ensiyen mi cabayo pa el marques, y que le acompañe Alpiste un trecho largo, y lo deje en libertad, sin desirle ni una palabra.—¿Y mi coche—clamó el viajero.—¿ha de irse

à pie la señora?—Eya
 le yevará...—¿Me lo dices
 con formalidad? ¡Lo ofresco!
 —¿Sin abusar...?—Dios me libre...!
 vayasosté descuidao,
 y sa cabó, y no me quite
 la pasensia.—¡Pues adios!
 —¡Señó marqués! ¡que él le ausilie...—
 Y saliendo de la venta
 éste, Juan y Paco Alpiste,
 quedó Pedro silencioso
 un rato, y con alma firme
 al fin llamó á Margarita,
 mientras murmuraba triste:
 —¡Dios me dé valor bastante
 pa vesla, sereno, irse!



IX.

LA DESPEDIDA.

CUAL el corazón se ajita
en miedo y desconfianza,
y se angustia y precipita
cuando ve rodar marchita
su mas hermosa esperanza...!

Pedro aguardó á que saliera
Margarita, decidido
á hacer su fatal despido
quizá por la vez postrera.

Mas cuando salir la vió
tan pálida y lentamente,
ajitado fuertemente
todo su valor perdió.

Porque comprendió en conjunto
que la luz de sus amores
iba, con fieros rigores,
á morir en aquel punto.

Al par los dos se miraron
con amargura cumplida,
y en su horrible despedida
esta plática entablaron:

—¿Me llamas para morir,
ó para que sea testigo
de la muerte de mi amigo....?

—Déjesoste de sufrir....

¡Osté por él me ha pedio....!
¿pues bien! ya está en libertad....

—¿No me engañas, es verdá?

—Y tambien de aquí ha salio....

—¡Cómo! ¿se ha ido el marqués
sin llevarme?—Le he mandao
que se fuera descuidao,
que osté marcharia despues...—

Tales frases al oir,
una idea que en la mente
brotó insana de repente,
la hizo con miedo decir:

—¡Oh! semejante osadía
en tí no pensé jamás!

con que á la fuerza.... ¿y harás
conmigo una villanía?—

Cuando esta reconvencion
á otro le hubiera exaltado,
Pedro, de angustia postrado,
la dijo con emocion:

—¿Por qué, bella Margarita,
no me quieres...? ¡yo te adoro!

¿no ves, mi durse tesoro,
que mi via se marchita?

¿Lo mucho que estoy sufriendo
amarrao á esta caena,
y que voy de pena en pena
por tus peasos muriendo?

¿De qué me sirve el valor
y tener la nombrada
del Bravo de Andalucía,
si tú no me das tu amor....?

Carma por Dios mi tormento
con tu amor... soy un chiquiyo...
dame manque sea un poquiyo,
pus con eso me contento....

—Yo te aprecio, Pedro....—¡Ya!
pero ¿te veré tambien....!
—Tal vez no pueda....—¡Pus bien!
á la fuersa no quieo naa...—

Así la dijo y calló,
empero tras un momento
con profundo sentimiento
y lloroso, prosiguió:

—Vayasosté con su amante
á casarse en donde quiera:
¿qué le importa que yo muera
de pesar á cada instante?

Vayasosté con ér, si;
¡mi via será mu breve!
jasta que el diablo me yeve
soliyo me estaré aquí....

Y mientras el arma mia
se jase peasos toa,
ostés en su rica bea
tendrán gusto y alegría....

¿Qué le importarán mis daños,
ni mirarán en jamás,
que sufra dies años mas
quien ha sufrio tantos años.

Vaya osté con Dios , señora ,
Dios le ayúe y le proteja ,
tanto como á mí me deja
de su mano bienjechora...—

Y el pobre en su desventura ,
no ya por furor ni enojos ,
lanzó de los turbios ojos
dos lágrimas de amargura.

Y Margarita , en lugar
de tenerle compasion
y abrirle su corazon ,
se apresuró á contestar :

—Gracias , Pedro , pediré
al cielo siempre por tí ,
para que libre de mí
la tranquilidad te dé....

Así quedaré contenta....
adios....—Y al seguir su viaje
se fué á preparar el traje
para salir de la venta.

Pedro con fiera emocion
la vió alejarse ; y confuso
alzó y la mano se puso
sobre el triste corazon....

Porque al romperse los lazos
que anudaban sus amores ,
creyó el pobre en sus dolores
que se le hacia pedazos....

X.

LA DESESPERACION.

Muy seductora y florida,
y hermosa y de encantos llena,
debe deslizar la vida
del que con alma serena
maldice al pobre suicida....

¡Oh! sin duda no comprende
el horroroso martirio
en que el corazon se enciende
cuando adora con delirio
y ruega y no se le atiende....!

¿Para qué vivir ansia
el que sin placer ni gloria
sustenta dia tras dia
un infierno en la memoria
y en el alma una agonía...?

¿Qué mundanales favores
ó futuras bienandanzas
aguarda el que en sus dolores
ve desgajadas las flores
de todas sus esperanzas....?

.....
Pedro midió en un momento

la espantosa inmensidad
de su insufrible tormento,
y convulso y macilento
tembló ante la realidad.

Y no creyendo poder
luchar toda una existencia
con tan rudo padecer,
cedió al fin la violencia
de su entrañable querer.

Y en el delirio inhumano
que ora secaba sus ojos,
montó una pistola, insano,
y cayó ¡pobre! de binojos
con la pistola en la mano,

Diciendo:—¡Dios mio, perdon!
¡no me quea otro consuelo
que morir con mi pasion!
¡échame tu bendision
y dame un sitio en tu sielo....!

¡En tu clemensia confio!
¡mirame aquí arrepentio
de toitico lo que he jecho....!
¡no pueo ya sufrir, Dios mio,
las angustias de mi pecho....!

¿Qué he de haser sino morir?
reventando de aflision
¿cómo es posible el vivi....?
â traision ¡probe de mí!
¡me han matao er corason....!

¿Para qué quiero la via
si ya naide la desea....?
¡pie por mí, Mare mia....,

tus brazos en mi agonía
es solo er bien que me quea...!—

Y ciego en su loco olvido
iba á consumir su intento,
cuando un recuerdo querido
brotó veloz y encendido
en su débil pensamiento:

Y tirando la pistola
con sus terribles antojos,
esclamó, ya sin enojos.

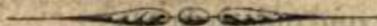
—¡Ay, nol que se va á quear sola
la hermosa lus de mis ojos....—

Lijero se levantó
menospreciando sus daños,
y una puerta en par abrió,
y entrando, en brazos sacó
una niña de seis años.

Y para olvidar sus penas
gustando de otras delicias
no á su corazon ajenas,
empezó á hacerle serenas,
blandas y dulces caricias.

Y odiando en aquel momento
su insensato desvarío,
menos convulso y violento,
murmuró con sentimiento:

—¿Qué iba yo á jaser, Dios mio....?



XI.

EL RECONOCIMIENTO.

Con emoción infinita
estaba Pedro besando
y á la niña acariciando,
cuando salió Margarita,
Pensativa y macilenta
y sin esquivar jaectancia,
atravesando la estancia
para salir de la venta...

Llegaba á la puerta ya
cuando oyó hablar á la niña
y decir:—¿Has tenido riña?
¿qué es lo que tienes, papá...?—

Fué tal el májico efecto
que la hizo aquella voz,
que á Pedro corrió veloz
llena de entrañable afecto.

Y este que la vió correr,
creyéndola incompasiva,
y que á arrebatarse iba

su último dulce placer,
 Alzándose la encubrió
 con entrambas manos juntas,
 y á sus ansiosas preguntas
 severo la contestó.

—¡Pronto! esta niña ¿quién es?

—le dijo ella.—Y acaso
 ¿á osté qué le importa el caso?

—¡Dímelo, por Dios!—Después
 Que su pecho lo colija.

—¡Lo comprendo y no te entiendo!

—¡Pus yo bien que lo comprendo!

—Dímelo. Pedro.—¡Tu hija!

Y desatando los lazos
 con que la cubria ansioso,
 la echó tierno y cariñoso
 de Margarita en los brazos.

—¡Mi hija...!!—Y loca y delirante;
 la estrechó contra su pecho;
 mientras Pedro satisfecho
 siguió diciendo anhelante:

—Mi hija, sí, yo la saqué
 miserable de la cuna,
 y conmigo y mi fortuna
 me la truje y la crié...

Cuando tu pare la echó
 lo ví por casualiá,
 y con el alma rajá
 me fui á ampararla yo.

Con mil afanes prolijos
 la he crio; mas no quita:
 que un buen pare, Margarita,

nunca abandona á sus hijos...!

—¡Hija mia de mi alma!
¡cuánto tiempo te he llorado,
y cuánto por tí he pasado
falta de bien y de calma!—

Dijo Margarita; y luego
acercándose á su amante,
de conmocion palpitante
le ordenó con dulce fuego:

—Pedro, sin falta mañana
vas al gobierno á pedir
tu indulto.—No hay que desir;
ya estoy perdonao, serrana!—

La contestó balbuciente,
viendo en aquella medida
relucir para su vida
una esperanza esplendente.

Y ella que lo conoció,
su pensamiento animando,
se fué mas tierna acercando,
y resuelta prosiguió:

—¿Y te será indiferente
vivir, con bien ó con mal,
en Francia ó en Portugal,
en cualquier parte...?—¡Corriente!

En donde tu gusto elija.
—Pues bien, Pedro, ya me allano;
yo no debo dar la mano
sino al padre de mi hija...—

Delirante, convulsivo,
al oír palabras tales,
olvidó Pedro sus males,

y amoroso y espresivo,
 Haciendo locos escesos
 y rebotando alborozo,
 clamó en su entusiasmo y gozo
 dándola un millon de besos...

—¿Es de veras...? ¿es verdá...?
 ¡jay...! ¡jay...! ¡bendita! ¡bendita!
 ¡bendita, sí, Margarita,
 por tanta felisiá...!

Yo me voy á gorré loco...!
 ¡José! ¡qué gloria y que gusto!
 ¿Por qué, pa no dame un susto,
 no lo has dicho poco á poco...?

Siempre lo ayegué á pensá,
 y me figuré este caso,
 que esta habia de ser el laso
 que mos habia de juntá...

En tí, serrana, tambien
 miré yo mi salvacion;
 por tí me jise ladron,
 por tí seré hombre de bien!

Y pues pa bien de los dos
 ya la reina me ha absorvío,
 yo viviré arrepentio
 pa que me perdone Dios...—

Y así diciendo, en sus brazos
 cayó loco y palpitante,
 dándola, cual nunca, amante
 del corazon los pedazos...

.....
 ¡Pobre Pedro! en su alegría
 y accesos de gozo estraños,

olvidó sus ocho años
de amargura y de agonía...!

Mas ¡qué importa el padecer
si en pos de tanto tormento
se pasan en un momento
veinte vidas de placer...?

CONCLUSION



CONCLUSION.

A la mañana siguiente
Pedro reunió la partida,
que ya estaba prevenida
de su mandato por Juan,

Y la hizo saber su intento
hasta aquel instante oculto,
de presentarse al indulto,
por convenir á su plan.

Escucharon los bandidos
del capitan los proyectos,
y al mostrarle sus afectos
y su consideracion,

A la par dijeron todos:
—Pus tambien nos indurtamos,
y adonde tú vayas, vamos,
y se acabó la cuestion...!—

Y fué así, que presentóse
en Córdoba el mismo día,
entera la compañía
el perdón á reclamar;

Y Margarita y Becerra
su bien no dando al olvido,
se entregaron, sin descuido,
sus planes á ejecutar...

Pero... ¿creerán los lectores
que en tranquilidad el alma
gozaron de grata calma
sin probar mas padecer...?

¡No...! que en la misera vida
y en aventuras de amores,
hay mas llantos y dolores
que delicias y placer...!

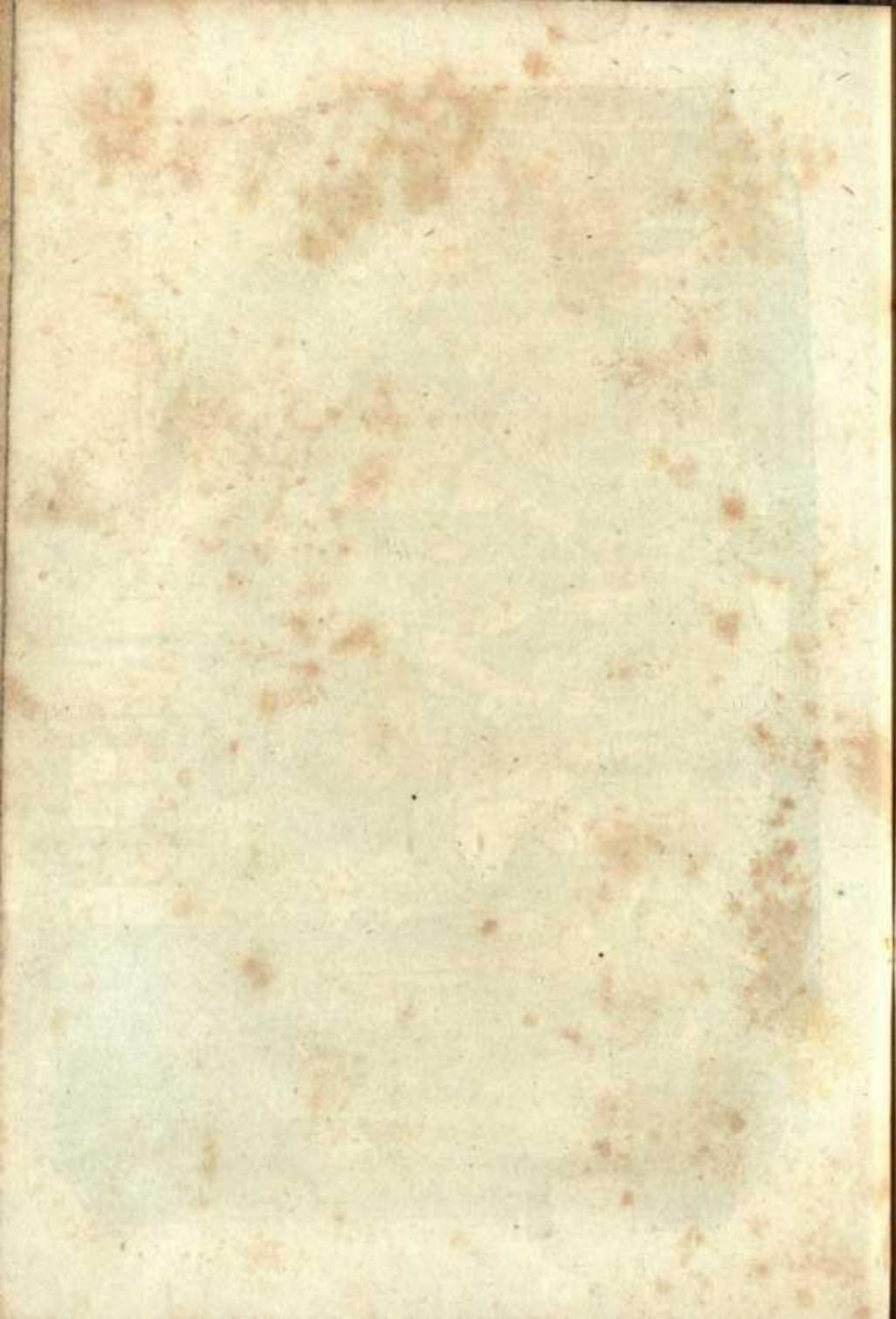
FIN DE LA PRIMERA PARTE.

T. ¡Mira allí, que maravillosa
 en Córdoba el punto es,
 entre la compañía
 el jardín a reclinarse.
 Y ¡qué vista y qué
 en un momento a la vista
 se arrojan, en un momento
 las plantas, que en un
 punto se arrojan a la vista
 que en un momento se arrojan
 gozaron de gran calma
 sin poder más poder...
 ¡No...! que en la barrida
 y en un momento se arrojan
 hay una vista y de la
 que de la vista y de la

FIN DE LA ESCENA CUARTA



GRABBIETTA



TREINTA DIAS DESPUES.

SEGUNDA PARTE

DEL

CORAZON DE UN BANDIDO.

LEYENDA

ESCRITA EN VERSO

POR D. RAMON FRANQUELO.



MADRID. — 1853.

TREINTA Y DOS DESEOS

SEGUNDA PARTE

Y

CORAZON DE LA RANCHO.

LA RANCHO

LA RANCHO

POR D. RAMON PRANQUELO.

— 1833 —



TREINTA DIAS DESPUES.

I.

LA ERMITA.

EN una noche oscura
del frío y tormentoso mes de enero,
con paso mesurado
y hasta las negras cejas embozado
por un estrecho y rústico sendero
de la inculca y feraz Sierra-Morena,
á deshora subia
un hombre que en su grave continente

absorto en reflexiones parecia,
pues al andar penosa y lentamente
ni brazo alzaba, ni cabeza erguia.

Así fue poco á poco
de la sombría selva en la espesura
entrando sin recelo,
aunque no descuidado á la ventura:
separando los ásperos zarzales
que al paso se oponian
y los duros silvestres matorrales,
y tronchando los tallos de las yerbas
que allí en desórden y al azar crecian,
al fin ganó de la mitad del monte
un terraplen de chopos circuido
en que de Dios bendita,
humilde y solitaria se elevaba
entre musgos y peñas una ermita.

Sin duda fatigado el caminante
del ascenso cruel de la montaña,
paróse breve rato
descubriéndose entonces el semblante;
tendió en su derredor mirada estraña
y de su pecho férvido y latiente
salió de lo profundo
un suspiro fugaz, seco y doliente.

Pálidas manchas en su faz morena
surcaban sus mejillas,
á que prestaban macilenta sombra
dos anchas y negrisimas patillas,
y de sus grandes ojos,
de vida al par que de amargura llenos,
brotaban encendidos

los rayos de los tétricos enojos.

Elevólos al cielo ,
mirando en torno con la faz ceñuda,
y convencido de que nadie osaba
turbar de su desvelo
el combinado plan ó incierta duda,
dirijióse á la puerta de la ermita
y sin temor liviano
sobre la aldaba ruda
posó la diestra y vigorosa mano.

De su férreo sonido
temblorosos y fáciles los ecos,
respondieron al punto
del sacro templo en los espacios huecos;
remedo de seráficos preludios
ó de lejanas voces
que en confusion volaban
en alas de las ráfagas veloces ,
breves momentos á su solo impulso
lucharón en la bóveda sombría ,
hasta perderse lentos y cansados
en el silencio de la noche umbría.

Largo tiempo aguardó el desconocido,
que voz, paso , señal ó ruido alguno
acudiese á su firme llamamiento ;
mas viendo que ninguno
perceptible , fugaz , ténue ó violento
en la mansion de Dios se levantaba ,
repitió la señal con tal impulso
que al renacer tenaces
los ecos mismos con su son convulso ,
alzóse de repente

sonora voz en el recinto oscuro de la pequeña ermita , interpellando al que turbar osaba su santa paz y su quietud bendita.

Sin duda figuróse el embozado que tras la vaga y jeneral pregunta de la voz interior , la vieja puerta sin dilacion veria franca á su paso , y á su vista abierta , y sin dar la razon del llamamiento esperó sileneioso este momento ; mas viendo que la voz no repetia la demanda anterior , alzó de nuevo la gruesa aldaba , y al posarla airado sobre la puerta , resonó en el centro de la capilla humilde la pregunta , y entre los dos , el que llamaba fuera y el que á su voz le contestaba dentro , plática tal trabóse á su manera.

EL DE DENTRO.

¿Quién es?

EL DE FUERA.

¡Yo , padre Juan !

EL DE DENTRO.

¿Qué quiere , hermano?

EL DE FUERA.

Hablar con su mersé de sierta cosa
que me interesa mucho.

EL DE DENTRO.

¿A media noche?

¿Por qué para mañana
no deja ese cuidado? ¿corre prisa?

EL DE FUERA.

Perdone su mersé; pero me afana
el ánsia de desirle mis pesares,
y peirle un consejo.

EL DE DENTRO.

En este caso,
en tiempo y ocasion y hora cualquiera,
del Dios piadoso los sagrados lares
están abiertos para darle paso
y escuchar su palabra lastimera;
mas si pretende atravesar acaso
el místico dintel con mal deseo....

EL DE FUERA.

No tenga su mersé pena ninguna
y de abrirme la puerta no haya miedo
que no vengo á otra cosa que á peirle
amparo en mi fortuna.



EL DE DENTRO.

Entonces, hijo mío, ya las puertas
de la mansion de Dios, sin duda alguna
para el siervo leal estan abiertas.

Y así diciendo, del recinto sacro
la entrada franca, permitió entre sombras
ver la noble figura
de un monje venerable
de faz tranquila, luenga cabellera,
de barba blanca y la mirada afable:
¿Qué quiere, hermano? repitió sonora
su dulce voz: ¿qué súbito quebranto
le hace venir así tan á deshora
á refugiarse en el asilo santo?

EL DESCONOCIDO.

¡Padre mío! la mano lo primero:
y aluego yo le pio me perdone
si vengo á molestarlo;
pero en mi enojo fiero
á la vez le suplico de roillas,
que en mi transé fatal no me abandone.

EL MONJE.

¡Cómo, hijo mío! ¿luego herida el alma
traes por el dolor...? entonces entra...
entra de Dios en la mansion divina;

que si la dulce calma
no en el instante el pecador encuentra,
en las gratas benéficas palabras
de sus ministros buenos,
consuelos á su afan halla á lo menos.

Y con cariño paternal, suave,
sin anublarse de su blanca frente
la noble majestad, tranquila y grave,
tendió la diestra al aflijido hermano
que en su amargura fiera
consejo y beneficios le pedia;
y llevándole á sí bueno y humano,
del templo en la sombría
cavidad le introdujo sin recelo,
cual otro Pedro que de Dios vijía
y guarda fiel del refulgente cielo,
abre sus puertas y los dulces brazos
al alma arrepentida y penitente
que de su culpa desató los lazos.

Así en silencio el monje le condujo
hasta el pie del altar en que se alzaba
como signo de paz la cruz bendita,
y elevando los ojos
con esa fe que los pesares quita,
—Aquí, dijo, postrémonos de hinojos
y pidamos á Dios que nos conceda
su virtud celestial, pura, infinita;
á tí, para que siembre en tu existencia
la venturosa paz que necesita,

y á mi , para que alumbre mis palabras
con los lucientes rayos de su ciencia.

Breve rato estuvieron prosternados
ante el ara sublime
ambos en su oracion edificados ,
hasta que el monje levantó el primero
la humilde sien y—vamos , hijo mio:—
dijo al desconocido : y en silencio
la capilla de nuevo atravesaron ,
y en una pobre y reducida estancia
que de su muro en el final se abria
el huésped y el anciano penetraron.

Sentados frente á frente ,
con sin igual cariño
y acento paternal , grave y profundo ,
despues de breve pausa ,
dió comienzo á la plática el segundo.

EL MONJE.

Vamos , habla , hijo mio ; si contrito
y humilde pecador , bajo la santa
cristiana confesion , vienes tus penas
y culpas á decirme , con dulzura ,
cariñoso pastor , de tus errores
te apartaré , mostrándote la senda
que debe conducirte á la ventura ,
y alejar tu vivir de los dolores ,
concediéndote á mas , cual Dios elemento ,
la dulce bendicion con que se borran
los pecados del hombre penitente :

y si misero amigo
 nutrido de pesar y desengaños,
 vienes tus penas á parir conmigo,
 cual viejo triste que educó sus años
 con el libro cruel de la esperiencia,
 aunque 'ambien, por su pesar cubierto
 de la amargura con la ingrata esencia,
 mis brazos para ti tienes abiertos,
 y de mi flaca ciencia
 los débiles consejos;
 y ¡plegue al cielo que bastante sean
 á surjir en tu mente y en tu alma
 la bienhadada y venturosa calma!

EL DESCONOCIDO.

¡Padre Juan! ¿su mersé no me conose?

EL MONJE.

No, hijo mio....

EL DESCONOCIDO.

De veras? ¿No me ha visto
 jamás en otra parte?

EL MONJE.

No me acuerdo.
 ¿Has estado otra vez es esta ermita?

EL DESCONOCIDO.

¡ Nunca !

EL MONJE.

Entonces... ignoro cuándo, en dónde
 te habré podido ver.... en estas breñas
 en que mi vida triste se marcha,
 y en que mi fé católica se esconde,
 el eco solo de las huecas peñas
 á mis preguntas y á mi voz responde:
 oscuro y solitario
 mis pasos no atraviesan los linderos
 de la estendida sierra
 para pisar profano los senderos
 de mas lejana tierra:
 y así corren mis dias uno á uno
 sin ver á otros mortales,
 que á las fieras, miedosas alimañas
 que cruzan por los viejos matorrales,
 ó al seneillo pastor, que de la selva
 al monte se encamina,
 dando al aire sus cantos desiguales:
 por eso no recuerdo....

EL DESCONOCIDO.

Pero en suma,
 habrá su mersé de cuando en cuando
 platicao con arguien de esa jente

que pasa por aquí.

EL MONJE.

Sí, con alguno
que al pasar por la ermita me saluda,
suelo trabar conversacion.

EL DESCONOCIDO.

Corriente!
en tar caso de juro le han hablaao,
de un moso mu valiente,
amparo de los probes, y arrojao:
en too el reino bastante conosio,
por el rico perverso aborresio,
y por los hombres buenos estimao.

EL MONJE.

No sé quién sea....

EL DESCONOCIDO.

¿El tal? pus es el hombre
que por sus muchas prendas ha sabio,
haciendo grande guerra,
tambien haser que su valor asombre
de punta á punta en la andalusa tierra.

EL MONJE.

Pero bien, ¿quién es ese?

EL DESCONOCIDO.

¡Yo!

EL MONJE.

¿Y tu nombre?

EL DESCONOCIDO.

¿Aun no cae su mersé? PEDRO BESERRA.

Al oír este nombre, cuya fama
 ora noble, benéfica ó maldita,
 en lenguas de los rudos campesinos,
 había penetrado
 en los espacios de la santa ermita,
 paró el monje los ojos
 con curiosa inquietud, y aun con enojos,
 en su triste y ceñudo compañero,
 queriendo descubrirle en el semblante,
 si franco ó traicionero
 había traspasado
 el umbral solitario de su asilo:
 mas viéndole tranquilo,
 temeroso quizás, quizás turbado,
 decidióse por fin, aunque con dudas,
 á seguir el relato comenzado.

EL MONJE.

¿Con que eres tú Becerra?... ese que dicen

que dueño del camino,
 mónstruo de suerte, al mundo desafia
 con su valor sin par y peregrino?
 ¿Con que eres tú el que pasa noche y dia
 en brazos del azar, siempre aguardando
 tu momento final, si ven tu huella
 los que te andan buscando?
 ¿Con que eres tú el...?

EL DESCONOCIDO.

¡Ladron! ¡sin sercunloquios!
 ¡clarito! si, señó, mas cuenta tiene
 desirlo de una vez y sin coloquios!
 Yo soy el capitan de esa partia
 que llaman de ladrones,
 porque quitan al rico sus ineros
 pa socorrer al probe en su agonía.
 Yo soy Pedro Beserra
 de Andalusia, el Bravo po otro nombre,
 espanto de esta tierra,
 y entre los hombres ternes el mas hombre,
 Yo soy, ó mas bien dicho fui...

EL MONJE.

¿Qué dices?

EL DESCONOCIDO.

Que aunque he jecho las cosas que he contao,
 yo, gracias á la virgen, que no tengo

naitica que temer ni á naa cuidiao.

EL MONJE.

¿Por qué?

EL DESCONOCIDO.

Porque la reina, hase ocho dias,
á mi jente y á mi nos ha indurtao.

EL MONJE.

¿Y estás ya libre?

EL DESCONOCIDO.

Estoy...

EL MONJE.

¡Gracias al cielo!
dale gracias, con alma agradecida,
por haber derramado ese consuelo,
en tu revuelta y azorosa vida...
¿Y qué piensas hacer?

EL DESCONOCIDO.

Pus á eso vengo :
á que me diga su mersé er camino
que deba yo seguir...

EL MONJE.

En tu destino
actual, me parece que el cuidado
que has de tener primero,
es echar en los senos del ovido
el criminal oficio que has tenido.

EL DESCONOCIDO.

¿Y aluego...?

EL MONJE.

Luego con cumplido aliento
de tu vida estinguendo la deshonra,
buscar en el trabajo y al momento
donde ganar con honra,
y sin dañar á nadie, tu alimento.

EL DESCONOCIDO.

Y en el inter... ¿qué jago...?

EL MONJE.

No adivino...

EL DESCONOCIDO.

¡Es verdá! su mersé no sabe jota

de lo que á mi me pasa ,
ni sabe mis pesares ,
y cabarmente á eso yo venia...

EL MONJE.

¿A contarme tu historia?
Pues bien , empieza ya , que ya te escucho.

EL DESCONOCIDO.

No sé si en mis dolores y agonía ,
y en el perro tormento con que lucho ,
me arcansará memoria ,
pa relatar á su mersé mi via.

EL MONJE.

Evoca tus recuerdos bien despacio ,
que tenemos espacio ,
aunque en el cuento nos sorprenda el dia :
ya de mis ojos fugitivo el sueño
ha despejado mi razon turbada ,
y tengo en escucharte grato empeño.
Refiéreme tu historia poco á poco ,
tus penas , tus afanes y locura ,
sin abreviar razones ,
que si no tienes prisa , yo tampoco.

Un instante en silencio sumerjidos
permanecieron ambos ; el anciano

á escuchar disponiendo sus oídos,
y Pedro de su tiempo bien insano,
llevando á su memoria
la turbulenta y criminal historia,
despues, en fin, que colocó en su mente
recuerdos uno á uno,
lo mismo el importuno
que el amargo, fugaz ó complaciente,
con tarda voz, terrible ó lastimera,
del monje solitario frente á frente,
su plática empezó de esta manera.



II.

LA HISTORIA.

Ascuche osté, pare mio,
 mis jachares y mis penas,
 que son muchas y mu grandes,
 mu retunantas y negras.
 Pus señó, yo nasi probe,
 que es la enfermeá mas perra,
 que pueen tené las criaturas
 de los pies á la cabeza;
 mi trabajo era en er campo,
 siempre cavando la tierra,
 aunque en Córdoba vivia
 con toita mi parentela.
 Un dia, por sierta cosa
 que á mi cuento no interesa
 y que no es der caso, jise
 con un señó conosensia. ...
 y si vamos á fiarnos

de la facha y de las prendas ,
cabayero y bien plantao ,
y con remuchas moneas :
tenia su mersé una hija ,
mas jermosa que una estreya ,
con dos ojos como soles ,
dos pies como dos armendras ,
una boca mu remona ,
un pelo como la sea
de suave , y mas renegro
que las moras é mi tierra :
unos cachetes mu blancos ,
unos dientes como peslas ,
y en fin , una güena mosa
con sandunga y con pimienta :
¡ la verdá ! me entró una cosa
por er pecho y po las piesnas
cuando la ví , que paesia
cuar si una salamanquesa
me jarmase un bailoteo
allá dentro en la consensia .
Tuve que dir á su casa
argunas veses á vesla
pa siertas cosas der campo ,
y caa ves con mas juersa
segua el escarabajeo ,
doblándose mi querensia :
ya cuando tuve con eyos
mas juntamiento y franquesa ,
yegué á sabé que era el padre
un viejesiyo tronera
que estaba perdiendo ar juego

los pelos y las orejas, hasta er caso de jayarse
 ya metio en la miseria : al sabé yo tales cosas
 de su mesma boca de eya, que me las contó yorando
 mucho mas que la Maalena, le metí mano al trabajo
 con las fatigas mas negras, pa poer juntá metales
 y amparasla en una estrema: pero naa, aunque me mataba
 no lograba en mis faenas mas que pasá malamente
 sin guardá un chavo siquiera: así pasó mucho tiempo,
 jasta que la suerte perra dió una enfermeá á su padre,
 que estuvo casi á las puertas é la muerte : yo ganaba
 poco mas é una peseta y los via peresiendo,
 yenos de jambre y miseria : mi amor me gorvia loco
 por no poer socorresla, y ¡ la verdá....! esesperao
 fui á toas mis conosensias, y á toiticos mis parientes,
 pidiendo argunas moneas emprestaas : peí limosna,
 se pue disir, de manera que no queó por mi culpa

ni rincón ni cayejuela
 que no juese regorviendo
 pa poé cumpli mi finesa;
 pero naa toítico en varde,
 no jayé ni un arma güena
 que de mis negras fatigas
 ar fin se compadesiera.

Desatinao como un loco
 viendo á mi jermosa prenda
 sin pan con que alimentarse,
 perdi entonses la chaveta
 y, robé.... sin mas remedio....
 robé, y si agora me viera
 otra ves en ese caso,
 robaria y.... no pesetas
 sino jasta er sorson-corda
 pa socorré su tristesa.... —

Aquí el monje interrumpiendo
 la relacion de Becerra,
 dijole, si no ceñudo,
 con voz doliente y severa:

— ¡Válgame Dios, hijo mio,
 que te propasas! ¿es esa
 la virtud con que venias,
 lleno al parecer de enmienda,
 á solicitar consejos
 que iluminen tu carrera....?

— ¡Es verdá! ¡ma-calorao!
 pero este queré me quema
 otavia las entrañas,
 y.... ¡pues....! se me va la lengua....
 yo le pio me perdene....

que cayo y tenga pasensia ,
 que la cosa va de vuelo
 y remato mi tarea.
 Pus señó , se curó el padre
 despues é yantos y penas ,
 y un dia estando en su casa
 yo con Margarita , que era
 la hija , y entrambos solos ,
 arrimó el diablo candela ,
 y nos miramos á un tiempo....
 encarnaa se puso eya...
 yo me puse colorao....
 á mí se me fue la lengua .
 yo le dije.... eya me dijo....
 prinsipiaron las ternesas....
 y.... á la fin.... sin sabé cómo...
 sacabó y *riquem-eternan*:
 ya me entiende su mersé ,
 la cosa no tuvo inmienda :
 antes é eumplirse el año
 me dió er sielo y esa jembra
 una niña como un ánje ,
 como su madre , tan beya :
 lo sabió el padre , y el tuno
 sin peir á naide lisensia ,
 la agarró y la echó en la cuna
 sin compasion y sin pena ;
 pero yo que andaba listo
 temiendo la misma gresca ,
 dí pasos , y en dos minutos ,
 sin que naide lo supiera ,
 de ayi conseguí sacasla

y llevasla á mi vivienda:
despues á la Margarita
se le puso en la cabeza
darme pasaporte, y yo
queriéndola tan é veras,
le rogué con toa mi arma,
le hise quinientas promesas,
y estuve dale que dale
con suspiros y querencias,
pero, ¡naa...! ¡toitico en vardel!
se estuvo tiesa que tiesa,
y me ví solo en er mundo
sin su amor ni su presensia....
Esatinao, sin consuelo,
yorando mi suerte perra
estuve bastante tiempo,
arcansando de esta fiesta
ponerme como una espina,
y pajiso cuar la sera:
entonses pa distraerme
pensé salir de mi tierra,
y me fi por esos mundos
en busca de la pasensia.
¿Pero de qué me servian
mis caminatas, si mientras
la veia por toas partes
tan jermosa y tan completa?
A la fin me gorrí á Córdoba,
jasiendo entonses la idea
de meterme entre ladrones,
sin yevar en mi cabeza
yo se lo juró, otro gusto

que dies balasos me dieran:
jecho capitan , pasaron
seis años en esta gresca ,
y en ojos robé á los hombres ,
de valiente di mir pruebas ,
atradesé los caminos ;
rey der yano y de la sierra ,
toos me pagaban tributo ,
ú bien á bien ó á la fuersa ;
me ref de la justisia
cuando buscaba la presa ;
á los probes amparaba
sin causar á naide ofensa
en su presona , y por úrtimo ,
en pie siempre y siempre en vela ,
jise fama de valiente
y de hombre de grandes prendas ;
pero ¿ creerá su mersé
que en esta via perversa
en jamás orviar púe
á la mujé retrechera
que era causa de mis males
y de mi queré la estreya....?
Clavaiya en mi memoria ,
siempre rabiando por vesla ,
¡ cuántas veces espresiendo
er peligro y la esistencia ,
en mi potro me he metio
por las cayes y cayejas
de Córdoba , y la rondaba ,
y preguntaba por eya ,
jasiendo mil isparates

por logrará correspondiensa....!

—¿Y alcanzaste ese deseo?

—¿al cabo pudiste verla?—

le interrumpió el religioso.

—Ni una sola vez siquiera,

—siguió diciendo el bandido:—

ni una vez, y en tales penas

pasé los ratos mas feos

que en las historias se cuentan.

Una noche, hase ocho dias,

estando en la venta nueva

con mi jente, yegó un coche

en que diban una jembra

y un señó mu peripuesto:

se jiso reconosensia,

y.... desfigüresosté

cuár seria mi sorpresa

quando vi que la maama

era.... Margarita mesma

y er señó un cabayero....

vamos á vé, ¿quién se piensa

su mersé que era er tar moso....?

—¿Su padre....?

—¡Rayos! ¡senteyas!

¡su padre se habia ya muerto....!

¡su novio....!

—¿Su novio? ¿y qué era?

—¡Toma! ¡un jembro mu remajo!

lo menós un vueselensia....

¡un marqués de un marquesao....!

—¿Jóven?

—De edad de cincuenta

lo menos , y mas vanioso ,
y mas tonto y mas fachenda !

— ¿ Y supiste á dónde iban ?

— Diban.... diban.... á Antequera
á casase....

— Y tú ¿ qué hiciste ?

— Ayí se armó una pendensia
de palabras y rasones ,
le esembuché toas mis penas ,
truje á su endina memoria
mi trabajo y mi querensia ;
le rogué con toas mis ansias
y no pue convenserla....

entonses , jechando el arma ,
dije al marqués con pruensia
que se juera á Ferná-Nuñes
que aluego etrás iria eya :

y esto lo jise.... ¡ la pura.... !
porque me daba rabieta

de que se marcháran juntos ,
ayí mesmo , en mi presensia :

se jué er señó , y espeasao
de verme de tar manera ,

me puse á buscá consuelo
con la durse , hermosa prenda

que alegraba mis jachares ,
y me hasia yevaera

la existensia ; con mi niña....

— Pues qué , ¿ se hallaba en la venta
contigo ? — le dije el monje

con ansiedad evanjélica....

— No la esamparé en mi via ,

—siguió diciendo Becerra.—
Cuando la saqué é la cuna,
me la yevé á mi vivienda,
como a su mersé le he dicho,
y se ha eriao á mi vera :
pus señó estando esolao
jasiéndole mil ternesas
á mi niña , Margarita
diba á salí por la puerta,
y la vió ; la oyó nombrame....
y aquí te quieo ve , escopeta ;
en cuanto supo la probe
que era su hija , ¡ canela !
escomensó á darle besos
y chupetones en regla,
y yovieron bendisiones,
y en fin, se armó una tormenta
de alegrías y contentos,
que ardia la venta nueva....
entonses, sin mas papeles
ni sercunloquios ni güertas,
se me vino á la veriya
y me dijo salamera :
«Ya me quio casá contigo :
á Fransia ó á Inglaterra
nos diremos ; pie indurto
y vámonos onde quieras....»
Defiguresosté , padre,
cuar seria ayí mi fiesta
al escuhá estas rasones ;
perdí el tiento y la chaveta,
y me sometí al indurto

que ya ma via dao la reina;
 ya estaba casi corriente
 la cosa pa dirnos fuera,
 cuando á la siguiente noche
 perdió el marqués la pasensia
 de asperar á Margarita;
 gorvió con jente á la venta,
 sin dua para quitásmela:
 y armá ar punto la pelea
 entre los mios y los suyos,
 una bala trasionera
 atravesándole el arma,
 le dejó ayí muerto en tierra.
 —¿Y tú le mataste, Pedro?
 —interrumpió en su impaciencia
 el padre Juan.—¿Fuiste acaso...?
 —Yo escargué mi escopeta;
 los muchachos lo jisieron,
y seculerum y sécula.
 Ayí queó en un barranco
 entre sarsas y malesas,
 y aluego á sabé, no he güerto
 de su cuerpo ni una letra.
 Ar sabeslo Margarita,
 me dijo con gran tristesa:
 «Te ruego que por un mes
 nuestra boa se suspenda,
 y viviendo como hermanos,
 gastar luto: tan y mientras
 busca cuarquiera cortijo
 metlo en Sierra-Morena,
 y así que se pase er tiempo

nos diremos á otra tierra
 á que se cumpla la suerte
 que al estierro nos condena.»

Así lo jise , tomando
 al otro dia por mi cuenta
 el cortijo de ahí abajo....

¡ Ya ! ¿ con que eres tú , Becerra ,
 el que hace poco , me han dicho ,
 se ha venido aquí tan cerca
 con doce ó catorce hombres
 á vivir en esa hacienda ?

—El mismo soy , y esa jente
 es la compañía entera

que tambien tomó el indurto
 por seguí mi suerte mesma :

y ahí estamos , pare mio ,
 por los ruegos de mi jembra
 jasta que se cumpla el tiempo

que ma pidio : ¡ es la sierta... !

la relacion de mi via ,
 sin quitá ni un punto , es esta ;

pero me jase cosquiyas
 ver que cuando mas contenta
 debia estar Margarita ,

pasa las noches en pena
 y los dias en suspiros ,

sin pronuncia ni una queja .

—¿ Y por qué es eso ? ¿ lo sabes ?
 ¿ la causas tú esa tristeza ? —

preguntóle el ermitaño .
 —¿ Yo ? ¡ quíá , no hay tales ovejas !
 ¡ pus eso me güerve loco !

y po eso esta noche viéndola
 aburria y ojerosa,
 y quemá, y yorando y sèria,
 me sali jechando diablos,
 y tomando la vereá
 vine á jablá á su mersé
 y á vé lo que me aconseja
 en estos negros pesares
 que er corason me revientan.
 ¿qué media tomo ahora?
 ¿qué jago con esa jembra?
 la suplico y... naa, se aguanta:
 la jablo, y no me contesta:
 y si ar cabo me emberrincho,
 y le igo que me dé cuenta
 de su tormento, responde
 que naa tiene, pues... y esetra...!
 y yo mientras reventando:
 se ma metío en la cabesa,
 ¡ la verdá ! que Margarita
 si no tiene otra querensia
 es que otavia en su pecho
 al muerto marqués camela....
 si, señó, no hay mas remedio,
 le quiere y á mi me espresia...—
 Calló Pedro pensativo,
 y aguardando una respuesta,
 del monje, que por su parte
 fijos los ojos en tierra,
 revolvía en su cerebro
 mil encontradas ideas:
 al fin, despues de un instante,

con noble uncion evanjélica,
esclamó, mirando al Bravo,
y con voz grata y serena:
—Calma, Pedro, tus pesares,
y deja tales sospechas:
¿quién sabe? se me figura
que esa Margarita es buena,
y que si siente al marqués
no es porque amor ya le tenga,
sino porque al cabo ha sido
la causa, aunque muy indirecta,
de su muerte, y no es extraño;
un alma noble lamenta
siempre el fin de un semejante,
sea el motivo cualquiera.
Así, pues, de mis consejos
Adopta humilde la enseña,
consuélala cariñoso,
déjala llorar, y deja
que lance libre sus ayes
sin temor y sin vergüenza
de que por ello la acuses,
la fastidies ó reprendas....
No la ostigues enfadoso,
que tal vez esté muy cerca
el dia en que la contemples
sensible, dulce y risueña,
hasta olvidar sus pesares;
que si amor te tiene ella,
verás que dentro de poco
tu amor con su mano premia....—

¡ Por qué cuando el alma siente
irresistibles congojas ,
ahogándose en su amargura
acobardada y medrosa ,
si en otra los deposita
y grates consejos logra ,
parece que sus dolores
si no se van , se aminoran....?
¡ Misterios son de la vida
en que la mente se embota
cuando penetrar intenta
en sus entrañas recónditas !
¡ Misterios que nadie alcanza ,
y en cuyas cargadas sombras
los ojos pierden su lumbré
y su razon la memoria....!
Cuando concluyó Becerra
de referir sus zozobras ,
relatando al ermitaño
de sus amores la historia ,
y cuando oyó sus palabras ,
casi con fé religiosa ,
sintió dentro de su alma
halagüeña y seductora
renacer una esperanza
en dicha y placeres pródiga :
y se amenguaron sus males ,
y fue su pena mas corta ,
y de sus negras sospechas
se adurmieron las congojas :
y vió un porvenir sembrado
de flores fascinadoras ,

y se alzaron en su mente
mil ilusiones hermosas....
así es que besando humilde
del ermitaño las ropas,
y posando ambas rodillas
en tierra, con fe devota
le dijo:

—Dios se lo pague,
que ha jecho una güena obra
su mersé con los consejos
que han salio de su boca;
ya me he queáo mas contento
que unas pascuas; con que ahora
la bendision de sus manos
no estará pa mí de sobra....—

A poco del santuario,
cuando en las mas altas lomas
se pintaban los reflejos
de la soñolienta aurora,
salió Pedro, despidiéndose
del monje, y en esta forma
se abrazaron tiernamente
mientras se cambiaban solas
estas palabras:

—¡Becerra!

Aun las puertas de la gloria
para tí pueden abrirse,
porque la misericordia
del Señor es infinita,
y siempre al que pide, otorga
su perdon y abre sus brazos
y de su gloria le colma:

ten confianza , hijo mio ,
que el tiempo todo lo borra ,
á la par que presta al alma
tranquilidad bienhechora.

—Sí , padre mio , es la fija ;
ya quiero vivir con honra.

— ¿ Vendrás á verme ?

— ¡ Sin dua !

¡ si mi cuerpo no le estorba.... !

— Al contrario , tendré gusto ,
si tus pesares se doblan ,
ó si hallas al fin la calma
en el amor de tu esposa ,
en alumbrar tu carrera
con mis palabras piadosas.

Adios , hijo mio.

— ¡ Que er sielo

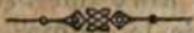
pague á su mersé sus obras !

Jasta otra ves. —

Y embozándose

hasta cubrirse la boca ,
ganó de la sierra umbría
la vereda tortuosa ,
y desapareció á los ojos
del anciano que en sus solas
siguió , pio , murmurando :

— ¡ Que los cielos te socorran... !



III.

LOS DOS GRITOS.

Quadro de tristes colores
de horribles tintas oscuras
presenta Sierra-Morena
en sus entrañas confusas:
cruje la encina inclinada
á impulso de las nocturnas
ráfagas que se levantan
del fiero huracan que zumba:
rueda el trueno en los espacios
con ronca voz iracunda
y rasgando las neblinas
el relámpago fulgura:
centellas hienden los aires
y rayos veloces cruzan
iluminando del monte
la calva empinada altura;
y los viejos retamares

y las florecillas místicas
y las hojas de los árboles
y las zarzas inseguras,
se doblan al ricio embate
de los torrentes de lluvia:
en tanto bajo los techos
de una humilde casa oculta
entre corpulentos chopos
que casi sus copas juntan,
y crecen de la alta sierra 804
al pie de la falda inculta,
dos hombres solos, sentados
en actitud fija y muda,
contemplan la vacilante
luz del hogar, á que impulsan
las ráfagas que se meten
por la chimenea rústica.
El uno, algo separado,
pintada en la faz la angustia,
mira, aunque no ve, la leña
que cruje en sus grietas húmedas:
en ambas manos abiertas,
ambas mejillas se ajusta
lanzando de vez en cuando
suspiros que su alma anublan:
El otro, quizá mas jóven,
quizá de mejor fortuna,
bajo sus brazos tendida
una guitarra asegura
que, embebido en las ideas,
ni mira siquiera ni pulsa.
 Toda su atención absorve

de un cigarrillo que fuma
el humo azul y ondulante
que en vaga espiral circula.
Ya hace rato que en silencio
guardan igual catadura
sin que ninguno dirija
la faz severa y adusta
á una pequeña ventana
que de la puerta es adjunta,
y á través de cuyos vidrios
se ve la llama sulfúrea
brillar del pronto relámpago
que el trueno temible anuncia,
y sin que á ninguno osado
la mala intencion acuda
de turbar del compañero
la meditacion profunda.
Récios los vientos crecian
en tanto, y la espesa lluvia
se estrellaba en los cristales
de la ventana insegura,
cuando el mas mozo de entrambos
asaz cansado sin duda
del silencio que reinaba,
quiso buscar en la música
un remedio á los rigores
de la tormenta nocturna;
acomodóse en la silla,
levantó la faz ceñuda
y haciendo vibrar las cuerdas
de la guitarra, oportunas
socó las notas, y al cabo

tras pausa precisa y justa
empezó á cantar en calma
esta cancion andaluza :

*Aguanta , pecho mio ,
la fortuniya
y yora tus pesares
de noche y dia.*

*Que en este mundo
los alegres son pocos,
los tristes muchos.*

Calló el cantor , recordando
otra serrana sin duda ,
mientras menguaban las notas
que ya sonaban confusas ,
cuando el otro compañero ,
sin alterar su postura ,
levantó el triste semblante
en que una lágrima turbia
detenida , revelaba
de su pecho la amargura ,
y lanzando un ¡ ay ! doliente
con voz sentida , aunque ruda ,
cambió con el que cantára
sus razones por preguntas.

— ¡ Qué verda que dises , Juan !

— ¿ En qué ?

— En eso que has cantao!

— ¿ Acaso te he martratao?

— Has dicho toito mi afan.

*Aguanta , pecho mio ,
la fortuniya ,
y yora tus pesares*

de noche y dia :

Que en este mundo
los alegres son pocos
los tristes muchos.

—Si haces caso de cantar
entonses....

—¿Y cómo quieres
que mate yo mis pesares
si no los pueo orviar....?
luego hasta el tiempo me ayua....
con esa negra tormenta
la tristesa se me amenta
y er corason se me anua....
No sé lo que tengo aquí,
un demonio me devora....
mardita sea la hora
en que á este mundo salí.—

Despues de exhalar ceñudo
esta maldicion profunda,
quedó de nuevo abismado
en sus ideas confusas,
y el compañero mirándole
sin dar con razon alguna
que templase cariñosa
del maldiciente la angustia,
al fin forzando la mente,
vulgaridad importuna
concibió, y por consolarle
siguió la empezada ruta
del diálogo, y contestando
siguió el otro en su amargura.

—¡ Perico ! no te esesperes

que otros se podrán quejá
con mas rason !

— ¡ Es verdá !

— Entonses , ¿ qué es lo que quierés ?

Capitan de una partia
de ladrones , estímao
eras por toos , y mirao
lo mesmito que á su via.

Disiste , no quiero mas
estar perseguio , ocurto ,
y al acojerte al indurto
se acojieron los demas.

Ninguno te esamparó ;
tomates este cortijo ,
y con el queré de un hijo ,
toa la partia te siguió .

Y los que jisieron guerra
robando á toos con afan ,
hombres de bien , aquí están
por tí cavando la tierra .

Yo por mí no me arripiento
de ser ahora lo que soy .
porque es la verdá que estoy
con tu amistá mu contento .

Pero se me parte el arma
de verte tan aflejo ,
siempre pegando jipio
sin una chispa de carma .

¡ Pus , hombre , no hay mas que vé
gomitando los reaños ,
has padesió ocho años .
por una perra mujé .

La tienes ahora á tu lado y antes
y la miras á cada instante ,
y si triste estabas antes ,
ahora estás desesperado.

¿ Tienes el juicio al revés ?
y orabas todos los dias ,
antes porque no la vias
y agora porque la ves.

Por Cristo que no te entiendo ,
eso á tí solo te pasa....

— ¡ Juan ! ¡ el arma se me abrasa !

— ¡ Pus señó no te comprendo !

¡ Vaya ! ¡ bien ! no te desesperes ,
que otros se podrán quejá
con mas rason !

— ¡ Es verdá !
Juanico , pero ¿ qué quieres ?

Esa mujer en quien yo
tenia mi pensamiento
y mi gloria y mi contento ,
conmigo ar fin se ajuntó.

Aquer dia fui felis ;
pero sin sabé por qué ,
ar presente esa mujé
me está jasiendo infelis.

Y yo la adoro , la quiero ,
la quiero mas que á mi via....
y eya triste y afleja....
por eso me desespero.

¿ No es para un hombre un dijusto
querer , loco , á una mujé ,
darle su pecho y su fe

y darle en toítico gusto. ...?

¿No es peor que esa tormenta
y mas cruer que un martirio
amasla con tal delirio
y nunca vesla contenta....?

Por Dios, ponte en mi lugá,
verás un pesar eterno....
estoy metio en un infierno
y no me acabo é quemá.

Y tengo aquí por mi nombre
una idea que no se quita;
de juro, sí, Margarita
debe querer á otro hombre.

¡A un cuarquiera y no es á mi,
lo he pensao y tengo selos
jasta de los mismos sielos....

Juanico.... y jasta de tí....!—

Al oír este estas palabras
dichas con voz iracunda,
subieron á su semblante
de los enojos la furia,
brotando en su mente ideas
sentidas al par que duras:
miró á Pedro, reclamándole
cuenta de tamaña injuria,
y ofendido, vacilante,
con la verdad y la duda,
se retiró algunos pasos,
y repeliendo la culpa,
en su leal resentimiento,
le dijo con amargura:
— ¡Gracias por esa rason

¡mu bien que me has conosio!
 ¡Gracias, Pedro, me has jerio
 en mitá der corazon...!

Otra ves gracias te doy...
 anda con Dios... algun día
 verás bien el arma mia,
 mas pus te estorbo... me voy...

Y así diciendo á la puerta,
 dirijióse con premura,
 para salir de una casa
 en que ajaban su conducta,
 cuando Pedro deteniéndole
 en su infortunada lucha,
 le abrió los brazos, brindándole
 con su amistad y disculpa,
 y esclamando, arrepentido
 de su sospecha y su duda:

—¿Te paese que sufro poco?
 si no sé lo que me digo...
 ya sé, Juan, que eres mi amigo...
 perdóname, que estoy loco...—

Juan vaciló, pero al cabo
 por no doblar la amargura
 del *Bravo* Pedro Becerra,
 su capitan y su ayuda,
 y su amigo el mas valiente,
 se lanzó tambien, por última
 cuenta y razon, en sus brazos
 perdonándole la injuria....
 En esto se oyó del trueno

detonacion tremehunda,
 que hizo temblar los cimientos
 de la sierra y casa rústica...
 Cayó al suelo hecho pedazos
 un vidrio de la insegura
 ventana, y dos fuertes gritos
 lanzados con voz aguda,
 sonaron al mismo tiempo,
 sin ser las razones una.

Juan habia visto en el hueco
 del roto cristal, ceñuda
 faz varonil por afuera,
 observando resoluta
 lo que pasaba en la casa,
 y en las dos personas juntas:
 por eso gritó, asombrado
 de la aparicion confusa.

Margarita en otro cuarto,
 al oír del trueno sañuda
 la ronca voz, asustada
 gritó á la vez la segunda.

Juan se lanzó á su escopeta
 para salir en la busca
 del atrevido curioso
 que en hora tan importuna
 rondaba con la tormenta,
 y entre las sombras oscuras.

Margarita se echó fuera
 para buscar una ayuda
 en los brazos de Becerra,
 del miedo contra la angustia.

El primero abrió la puerta,

y á las sendas mas ocultas
 se dirijió , registrando
 los jarales y las rubias ,
 y de los duros zarzales ,
 la intransitable espesura.
 Temblorosa y ajitada ,
 se presentó la segunda ,
 en el dintel de su cuarto ,
 y en su vergüenza confusa ,
 y Becerra sorprendido
 de la repentina fuga
 de su amigo , quedó en frente
 mirando con ánsia suma
 á la mujer que adoraba
 con incensante locura.



IV.

EL PLAZO.

Ay del corazon ardiente
 que en brazos de una ilusion
 se adormece mansamente,
 sin consultar de su mente
 la clara y limpia razon!

¡Y ay del alma embebecida
 que en un instante infeliz,
 sacrificando su vida,
 se lanza loca y perdida
 en el azar de un deslíz!....

.....
 Era Margarita hermosa,
 y aun presa de los enojos,
 pálida, triste y llorosa,
 brillaba con luz radiosa,
 la bella luz de sus ojos.

Y aun en los negros dolores,
que la fatigaban tanto,
de sus labios seductores
manaban con doble encanto
las gracias y los amores.

Y ¿cuándo ha sido la rosa
en pobre jardín nacida,
menos bella y olorosa,
por ser con saña enojosa
del huracan combatida...?

De su miedo avergonzada,
aunque con él casi yerta,
Margarita estenuada,
se presentó fatigada
en el dintel de la puerta.

Al verla, en su amor ardiente,
Pedro enclavado en el suelo
quedó con ánsia vehemente,
y ambos en su desconsuelo
se miraron frente á frente.

Ninguno á hablar se atrevia
y con opuestos enojos,
quizá por miedo ó porfia,
ninguno explicar queria
la turbacion de sus ojos.

Al par callando, sufrieron,
y sufriendo se acercaron,
y acercándose, cedieron,
y cediendo, se entendieron,
y entendiéndose se hablaron.

MARGARITA.
¡Qué miedo, Pedro!

PEDRO.

¿De qué?

MARGARITA.

De ese trueno.

PEDRO.

Con mu poco
que te asustas á la fé...

MARGARITA.

De pronto me desperté...
¡Ay, qué calor, me sofoco!

PEDRO.

¿Calor en el mes de enero?

MARGARITA.

¡Me abraso...!

PEDRO.

Bien va la cosa....

¡Josú! ¿por qué no me muero?

MARGARITA.

No, Pedro, yo no lo quiero...
tu vida me es muy preciosa.

PEDRO.

¿Y no ves, di, Margarita,
la via que estoy pasando
tan condená y tan mardita,
con ver que no te se quita
lo mucho que estás penando...?

Así dijo y aguardó
respuesta de su querida,
mas cuando hallarla creyó
análoga, contestó
cabizbaja y distraida.

—¡Qué noche tan tormentosa,
y con cuánta furia truena!
¡por cierto que es triste cosa
vivir en noche horrorosa
al pie de Sierra-Morena!

Cruzó Becerra los brazos,
palpitante, inmóvil, fijo,
sintiendo del mal los lazos
y hecha su ilusion pedazos,
tras breve pausa la dijo:

— ¡ Siempre palabras iguales !... quitándome la ocasion ,
cuando jablo de tus males ,
ó cayas ó ar punto sales
mudando é conversasion...

¿ Qué te pasa ? ¿ no ha bastao ,
que dejando yo mi via ,
esté contigo enserraó ,
y cuar siempre enamorao
precure darte alegria ?

Por tí fui ladron , por tí
el camino abandoné ,
por tí mis lujos vendí ,
y ar veni contigo aquí ,
toitico lo despresié.

Pa jasé la penitensia
de mis pecaos , primero
limpié mu bien mi consensia ,
repartiendo sin violensia
entre los probes mi inero.

Despues jecho labraor ,
aquí me paso los dias
viendo tu yanto y dolor ,
y no arcansando en mi amor
mas que penas y agonías...

¿ Qué te farta ? ¿ dí ? responde
y ajustemos ya la cuenta :
¿ por qué tu cara me esconde ?
¿ á dónde te yevo , á dónde
pa mirate mas contenta... ?

Si no me quieres , corriente
no tengas ningun reparo

en disirlo ; delijenté
 me iré ar punto con mi jente ,
 manque me cueste mu caro....

Tú quieres á otro hombre , sí ,
 y no eres franca conmigo :

¡ Margarita ! si es así
 has cuenta que soy aquí
 mas que tu novio , tu amigo .

Dimelo por caría ,
 y aunque me coman los selos ,
 tu regusto se jará ,
 pues no quiero en mis esvelos
 mas que tu felisiá .

¡ Si te acuerdas del marqués ,
 ovíalo y se acabó ,
 si ar fin y ar cabo murió... !
 pon en otro tu interés ,
 verás lo que jago yó .

Forma qualisquiera plan ,
 y descudia que aquí estoy ,
 pa se vite con afan....
 ¿ quieres.... ar señó surtan
 de los moros... ? jabla , y voy

Y lo agarro con mi brazo
 por la misma cogotera ,
 lo traigo paso tras paso ,
 Y en estando aquí lo caso
 contigo manque no quiera .

MARGARITA.

Ya sé , Pedro , tu pasion

y á ninguno mas que á ti
adora mi corazon.

PEDRO.

Y entonses esa allision
¿de dónde proviene?... di?

MARGARITA.

Es mi jenio.... natural....
es mi carácter....

PEDRO.

¡Mentira!

MARGARITA.

¡Te lo aseguro formal!

PEDRO.

¡Mientes! si no tienes mal
¿por qué tu pecho suspira?

MARGARITA.

¡Yo no sé!

PEDRO.

Me desesperas

siempre con el mismo engaño
y palabras retrecheras !
¡ jabla por Cristo de veras
que me jases mucho daño !

MARGARITA.

¡ Pues bien , Pedro... !

PEDRO.

¡ Jabla pues !

MARGARITA.

Mañana se cumple el mes
que te pedí.

PEDRO.

Para el luto
por la muerte del marqués...
¡ Bien le has pagao er tributo !

MARGARITA.

Criminal la indiferencia
hubiera sido en su suerte ;
por mí perdió la existencia ;
por mí , sí , Pedro , y su muerte
me remuerde la conciencia.

PEDRO.

¿Y pa qué salió ar camino?
quiso jasé un desatino,
y ar fin lo ayegó á pagá....

MARGARITA (*alarmada*).

¿Con que fuiste su asesino?

PEDRO (*resentido*).

¡Margarita...! ¡basta ya...!
Te he dicho en otra ocasion
que yo en jamás he matao;
es verdad que fui ladron,
pero fui ladron honrao
como toiticos no son.

Quise un dia levantar
mi puñar contra otro hombre,
y ya lo diba á matar,
y me acordé de tu nombre,
y ar punto tiré er puñar.

Esde entonses... lo juré...
Margarita, y lo he cumplio:
por tu amor tan solo fué...
el marqués me habia jerio...
pero yo no lo mate...

MARGARITA.

Y bien, Pedro, no rehusó

esa justificacion !
 Tu mano en él no se puso ,
 ¡ corriente ! pero... me acuso
 de su muerte... y perdicion.

Pedro calló meditando
 en su horrible desventura ,
 y á Margarita mirando
 la contestó suspirando
 con bien profunda amargura:

PEDRO.

¿ Con que le querias ? ¡ sielos ,
 como me lo figuraba !
 ¡ no eran en varde mis selos !
 ¡ te fartaban los consuelos
 del marqués que te fartaba !
 ¡ Anda con Dios... ! y yo aqui
 sufriendo mi angustia fiera...

MARGARITA.

¡ Por Dios , no me hables así ,
 no amo á nadie sino á ti... !

PEDRO.

¡ No seas ya mas embustera !
 Vete de mi vista.

MARGARITA (con sorpresa)

¡ Qué !



PEDRO.

Mañana, sin falta alguna,
 en Córdoba te pondré,
 y ar sielo le pediré
 que te dé mucha fortuna.

Y ayí metia otra ves
 en buyisio y en jaleo,
 quisás mu poco despues
 encuentres otro marqués,
 y se cumpla tu deseo.

MARGARITA.

No me insultes.

PEDRO.

Vete ya.

MARGARITA.

No, de ti no me separes.

PEDRO.

Vete al cuarto á descansá,
 y solo con mis pesares
 déjame reflexioná.

Quiero tomá una media
 pa que seas mu felis....

MARGARITA.

Si ya lo soy.

PEDRO.

¡Qué porfía...!

PEDRO (*al verla ir*).

(¡ Mátame, Virgen María!)

MARGARITA (*al irse*).

(¡ Ay, cuánto cuesta un deslíz!)

Y con fiero decaimiento
y bien sobrados enojos,
ocultóse en su aposento,
mientras Pedro en su tormento
posaba en ella los ojos.

Y al pensar con amargura
en su terrible quebranto
culpando su desventura,
dijo con febril locura,
triste, reprimiendo el llanto:

—¡ Mardita mi pena fiera!
¡ ya me iba a echar á yorá
y no quería que me viera!

¡qué suerte tan trasionera
que me ha venio á tocá!

Y moviendo tristemente
la cabeza en su dolor,
sentóse pausadamente,
mientras luchaba en su mente
el deber con el amor.



V.

LA ASECHANZA.

Aun meditando seguia
allá á sus solas el Bravo
en su tirana fortuna,
en su terrible quebranto,
ya evocando sus recuerdos,
ya á su presente apelando,
ó viendo en su pobre mente
los duros, funestos lazos
que su porvenir ataban
con nudos fieros y amargos,
cuando abriéndose la puerta
de la cocina, dió paso
á su amigo Juan Compadre,
que entró sério y cabizbajo,
con los ojos en el suelo
y la escopeta en el brazo,
y mordiéndose las uñas

como aquel que piensa en algo ,
 y lo medita y revuelve
 en su cerebro con cálculo.
 Alzó Pedro la cabeza ,
 de proceder tan extraño
 sorprendido , y viendo al mozo
 que soltaba muy despacio
 en un rincón la escopeta ,
 ceñudo , torvo y callado ,
 en mas alarma sin duda ,
 así preguntóle al cabo :

PEDRO.

¡ Juan ! ¿ qué ha sio eso ?

JUAN.

¡ Naitica !

PEDRO.

¿ Cómo naa ?

JUAN.

¡ Naa , pues es claro !
 que se me metió una cosa
 en la cabeza ; espantajos
 de la vista....

PEDRO.

Pero , acaba.

JUAN.

Que cuando dió ese porraso
ese cristá y se hizo trisas,
miré y ví.... ¡la verdá!.... vamos,
una cara por defuera
que nos estaba asechando.

PEDRO.

¿Y qué?

JUAN.

¡Me asusté, la pura....!

PEDRO.

¿Por qué?

JUAN.

Porque lo mas malo
no fué er que viera la cara,
sino que con el relámpago
me paesió.

PEDRO.

¿Quién

JUAN.

Aquer viejo...
el marqués.... ¡pues! tu contrario....
el novio el ama.

PEDRO.

¿Estás loco?

JUAN.

¡Cabalito....! y por si acaso
tomé ar punto la escopeta
y salí por esos campos
á buscasle.

PEDRO.

¿Y qué?

JUAN.

¡Naitica!
Me inquivoqué, fué un engaño.

PEDRO.

¿Y quien lo dua? ¡Marqueses....!
¿pues no vistes er balaso
que ayí le dejó tendio....

JUAN.

¡Cabalito! en un barranco.

PEDRO.

¿Pus entonses....?

JUAN.

¿Y que quieres...?

visiones....

PEDRO.

Los sambombasos
de la tormenta te han puësto....

JUAN.

¡De juro me han mareao....!

Callaron tras frases tales,
y se miraron entrambos,
Pedro volviendo á su lucha
mental y á sus tristes cálculos;
y Juan, aunque convencido
al parecer de su engaño,
demostrando en sus facciones
no dar cabida en su ánimo
de un modo tan absoluto

como lo pensaba el Bravo ,
á la idea de haberse necio
con su vista equivocado.

En tan contrarias ideas
estaban hacia ya un rato,
cuando una voz conocida
sonó de pronto en el cuarto ,
entrando á la vez con pausa
en la pieza el ermitaño
del monte , de agua cubierto
y arrebujado en el manto.

Al verle Juan y Becerra
á la par se adelantaron ,
recibiéndole obsequiosos
con los sombreros en mano.

— ¡ Padre ! ¿ qué pasa ? ¿ á estas horas ? —
preguntóle Pedro al cabo.

— Me ha cojido la tormenta ,
lejos de mi solitario
albergue , — dijo : — y temiendo
no á tinar con el atajo
que á él mas pronto me conduce ,
la licencia me he tomado
de dirijirme á tu casa ,
y en ella aguardar un rato
hasta que calmen su enojo
el turbion y los relámpagos ,
para ver de mi camino
mas libre y seguro el paso.

— Padre , con mucha pruencia
ha obrao su mersé es lo claro ,

— dijole Pedro Becerra : —

Eso está mu bien pensao...
 vengasosté á la candela ,
 que el frio tiene un tamaño
 mas que rigulá esta noche ,
 y además se irasté secando...
 Juanico , arrima una silla
 á su mersé.

— De contao !

ya está ! y agora me voy
 con su lisenia á otro cuarto
 á ver si duerme la jente
 y está toitico arreglao... !—

El Padre Juan y Becerra
 quedaron solos , mirando
 al hogar , á cuya lumbre
 prosiguieron su diálogo ;
 Pedro reflexivo y triste ,
 y severo el ermitaño.

— Cómo estás , hombre ? qué tienes ?
 por qué así tan cabizbajo
 suspiros lanzas al viento
 precursores del quebranto ?
 sigue aun tu Margarita
 con su proceder estraño
 esquivando tus amores
 y echando á tierra tus cálculos ?
 aun saber no has conseguido
 cuál es el orijen raro
 de su profunda tristeza ,
 de su plan estemporáneo... ?

— Sí , padre mio , esta noche

sus penas me ha confesao
á la fin.

—Y qué te ha dicho...?

—Ma dicho... pues... sin reparo
que la consensia le muerde
y que vivé sin escanso
esde que el marqués su novio
se murió de aquer balaso :

porque la verda... eya dise
que eya fue quien sin pensarlo
causó su muerte... y por eso...

—Lo ves , Pedro?—el ermitaño
contestó :—recuerdas hora

cuán ciertos fueron mis cálculos
cuando presenté esa causa
en su tristeza y su llanto...?

Si , hijo mio , un pecho noble
jamás aparece estraño

al mal del prójimo , y ella
con motivo aun mas fundado...

Descansa , Pedro , descansa ,
su corazon es magnánimo.

Creeme , pues , porque soy viejo ,
y si no bastante sabio ,

la esperiencia me ha instruido
que marcha en pos de los años...

muy bien comprendo su pena ,
su remordimiento amargo ,

y la tengo en mas estima
por su proceder hidalgo...

Y dime , en vuestros pesares
quizá se ha cumplido el plazo

que la otorgaste ?

—Mañana !

—Y qué piensa hacer !

—Y acaso

me lo ha dicho !

—Pues bien, Pedro,

ten mas esforzado el ánimo !

aguarda á que ella termine

la situacion, no su enfado

ó su disgusto provoques

con tu exigente quebranto !

si mañana no decide

del porvenir, echa plazos

á tus deseos de nuevo,

no la digas ni un vocablo...

—Pero, por Dios, padre mio,

voy á estar largo que largo

siempre aburrio y con pena,

y viéndola así y cayando ?

voy á pasar toa la via

con quejas y sobresaltos

sin tener otra esperansa

que sufrir años y años... ?

tendré pasensia pa eso ?

soy yo quisás argun santo... ?

—Pobre Pedro ! no me admiran

tus exajerados cálculos

porque al fin aun eres jóven

y empiezan los desengaños

á turbar hora tus sueños,

á levantar tu cuidado :

oye, Pedro ; por mas grandes,

por mas terribles y amargos
que sean en nuestra vida
los placeres ó el quebranto,
débil la memoria humana,
todo lo sepulta al cabo
en los senos del olvido,
en el lugar del pasado...
aquí, cual me ves, Becerra,
bajo el penitente sayo,
he sufrido grandes golpes,
y no así de esos livianos
que aparecen y se alejan
sin dejar al alma rastro
de su maldad, duradero,
sino de esos golpes rápidos,
terribles, certeros, fijos,
de esos traidores tiranos
que asaltan nuestra existencia
hiriendo fieros el ánimo
de esos que turban la mente
y asesinan nuestros cálculos,
y nos arrastran al lodo
de la miseria y el llanto.
Sí; yo he sufrido esos golpes
horribles, y sin embargo,
vinieron siempre tras ellos
otros dias y otros años,
y olvidé sus sinsabores
y su crudeza, hasta el caso
de perderse en mi memoria
la ocasion de aquel quebranto:
y en medio de esos disgustos

he tenido algunos ratos
 tambien de placer , y vivo ,
 y á Dios mi vida consagro ,
 y él me concede la calma
 porque incesante le clamo....
 Con que así , vence los males ,
 echa pesares abajo ,
 y confia en él mañana ,
 que él quizá venga á tu amparo. —

Calló tras estas razones
 el consolador anciano ,
 y Pedro , en su desvarío ,
 siguió triste y cabizbajo :
 ya la tormenta cediendo
 contenia los relámpagos ,
 y se amenguaba la lluvia ,
 y eran los truenos mas tardos ,
 por lo cual el relijioso
 al fin su asiento dejando ,
 habló de nuevo diciendo :

—A Dios, Becerra, me marcho;
 ya que cede la tormenta ,
 aprovecharé este claro
 para tornar á mi ermita
 de que hace tiempo que falto....

—Se va su mersé? pus bueno!
 voy con osté , y lo acompaño....

—No, Pedro, no lo consiento....

—Y por qué?

—Porque es temprano

y no hay peligro en el monte.
—Naa! no señó, en un volando
voy con su mersé y me güervo;
ensenderé de contao
esta linterna, y Juanico
cudiará de toos los bártulos
tan y mientras yo retorno....
con que padre Juan, ya aguardo....
—Pedro! que Dios te lo premie!
y no olvides por tu daño
las palabras que te he dicho
y mis consejos y encargos.—

Volvió Juan á la cocina,
y besando al ermitaño
con humilde respeto
la sacra, arrugada mano,
despidióle hasta la puerta,
mientras que, dándole el brazo,
le acompañaba Becerra;
y en la oscuridad del campo
se perdieron poco á poco
desapareciendo al cabo.
Solo el que dentro quedaba
cerró la puerta, y en tanto
que su principal volvía,
dióse al arreglo del cuarto,
acomodando las sillas
con dilijente cuidado;
y las mesas, las banquetas,
los belones y los bancos:
empezó á apagar el fuego,

y por resparcir el ánimo ,
quizá por vieja costumbre ,
ó por aficion al canto ,
dióse á silvar unas coplas
en tono sentido y alto.



VI.

LA SORPRESA.

DE qué le sirve al hombre de pecho decidido
 vivir en el descuido sin miedo á la ocasion,
 si tras su huella libre, segura y valerosa
 se arrastra cautelosa la sórdida traicion?

De qué le sirve, pobre, jirar audaz los ojos
 mostrando en sus enojos su firme potestad,
 si oculto en su camino se le interpone el lazo
 que anuda de su brazo la fuerza y voluntad?

Qué importa que en sus fieros al mundo desafie
 y en su valor confie diciendo su altivez,
 si al desplegar osado las alas de su saña
 con acertada maña las corta la doblez?

De qué valió á Becerra, saliendo con el padre,
 dejar á Juan Compadre la guarda de su hogar,
 si la traicion oculta y en sus miradas fiera
 con asechanza artera quedábale detrás?

Y un paso de deber, de empeño santo,
 cual era el de salir hasta la ermita,
 iba á serle fatal, iba entre tanto

á inundar sus sentidos de quebranto
y su pecho de hiel, dura, infinita.

Cuántas veces así, fácil, pequeña
una acción casual, hecha á la suerte
sin intención, mirar, frase ni seña,
la vida en otra vida nos convierte,
y ó del mal al abismo nos despeña
con lenta y triste y enojosa muerte,
ó tanto la fortuna nos deslumbra
que del bien á la cima nos encumbra.

Salió Pedro Becerra en compañía
del monje solitario
mientras absorto Juan en sus cantares
con que el triste silencio embellecía,
apagaba la lumbre agonizante
del anchuroso hogar dando la espalda,
seguro y de celadas ignorante,
á la ventana endeble
cuyos vidrios crujieron al empuje,
al parecer del trueno retemblante
que por la selva fértil alcanzára,
firme y temido y colosal gigante.

Y estando así, por el espacio hueco
del vidrio roto se introdujo osada
una mano resuelta y silenciosa,
que alzando la aldavilla
con maña ejercitada y cautelosa,
abrió, de su valor sin duda ufana,
de par en par la rústica ventana.

Y asaz recatado, con rostro severo,
un hombre atrevido por ella asomó:
echó una mirada en reedor, altanero,

y presto y callado hácia dentro saltó:
 Y por cierto que dudas algunas
 no debia en sus trazas tener,
 porque armado de buenas pistolas
 penetró sin señal de temer:
 y tres hombres, que le iban
 de sus anteojos en pos,
 tambien saltaron adentro
 con sijilo previsor;
 todos firmes, decididos
 á una señal que les dió,
 rápidos como panteras y
 fuertes como el leon,
 sobre el triste Juan Compadre
 se arrojaron sin temor,
 empezándose una lucha
 que bien pronto concluyó.

—Dios! qué es esto?—

dijo el mozo

irritado

y sorprendido

de mirarse

asi cojido

sin poderse

defender.

Resistióse

con braveza;

mas sujeto

y maniatado

y al silencio

condenado,

tuvo, triste,

que ceder.

Rujiendo

cual fiera

cerrada

en la jaula ,

tapada

la boca

en el suelo

quedó.

Y ardiendo

en sus iras ,

y en saña

altanera ,

con maña

sus lazos

romperlos

pensó.

Y vuelcos

y fuerzas ,

tirones

sin cuento ,

combate

cruento

sostuvo

en su afan.

Mas todo

fué en vano :

su empeño

locura

y horrible

tortura

vió solo

en su afan.

Todo

inútil ,

ánsias ,

fuerza ,

maña ,

vida ,

nada

halló.

Y fiero

y desesperado ,

sin alientos ,

ya rendido

con despecho

dió un jemido

airado ,

sentido ,

al verse

vencido

y atado

y sin voz.

En tanto el hombre , cuyo porte airado ,
alma resuelta y corazon altivo ,
habian abordado aquella empresa ,
sin temor al azar ni al enemigo.

Ordenes dando á los suyos ,
para no malograr su plan infeco ,
llamó á uno de ellos y entablaron ambos
la plática siguiente con sijio:

— Está bien atado Antonio ?

— Como jecho por mí mesmo !
no hay cuidiao!

—Me dijiste
que en un pajar allá dentro
duermen los trabajadores?

—Si señó, y están durmiendo:

—La señora?

—En ese cuarto.

—Malograremos el éxito?

—Si su mersé me lo encarga,
yo respondo dende luego.

—Pues andando!—

Y á una seña

que les hizo con imperio,
entraron los tres criados

cautos en el aposento,

y quedó en la pieza el jefe

contemplando con sosiego

al pobre Juan, que en su rabia

se revolcaba en el suelo:

su frente arrugada y triste

y su entrecano cabello,

y un leviton abrochado,

y un bien alado sombrero,

y su apostura y su brio,

y su desden y su jesto,

y el par de fuertes pistolas

que amartillaba en sus dedos,

dábanle cierta apariencia

de bandido caballero,

de traidor, de hombre avezado

á los azares del riesgo:

resonaron en el cuarto

do penetraron sus siervos,

dos gritos de Margarita ahogados con un pañuelo ,
 ténues , agudos y tristes
 que decian: «Pedro , Pedro!!!»
 los cuales le despertaron
 quizá de torpes ensueños ,
 porque volviendo enojosa
 la faz , murmuró severo :
 —Infame! en valde le llamas!
 el hombre á quien creias muerto,
 está aquí para vengarse ,
 y ya no tienes remedio!

Y luchando , aunque en vano , Margarita ,
 asida de los brazos y del cuello ,
 salió , casi arrastrada , por los hombres
 que á comision tan negra se atrevieron.

Sacáronla , crueles , hácia el campo ,
 y de decoro y de atencion ajenos ,
 sobre las yerbas húmedas y frias ,
 y entre espinos y zarzas la pusieron.

Y allí con escesiva vijilancia ,
 y observando el mas ríjido silencio ,
 aguardaron sin duda nuevas órdenes
 de su jefe traidor , firme y resuelto.

Mas este , en tanto que quedó en la casa
 cuando estaba á dejarla ya dispuesto ,
 vió á una niña salir del mismo cuarto
 de Margarita , con dolor diciendo :

—Dónde vas , mamá mia? vuelve pronto.—
 A cuya voz ceñudo y altanero
 esclamo , dirijiéndose á un criado

que á su lado esperaba sus deseos :

—Su madre la ha llamado? por mi vial
sujétala tambien , llévala presto ,
y ábranse de una vez , por mi venganza ,
si es preciso , las puertas del infierno.—

El obediente mozo á tal mandato
prendió en sus brazos y llevóla en ellos
á la niña llorosa que mostrára
su disgusto con débiles esfuerzos.

Entonces volviöse súbito
y convulsivo y colérico,
hácia Juan Compadre , misero,
que se ajitaba impertérito ,
y con un empuje rápido
tendióle de nuevo pérfido,
exacerbando su ánimo
y arrancándole frenéticos
ruidos fieros y horrisenos
desesperados y férvidos :
todos , ay! fueron inútiles
sus esfuerzos mas intrépidos,
y ya en su combate lánguido,
dando á sus afanes término,
quedó inmóvil como víctima
de amargo y penoso vértigo.

Y con cuidado y sijilo
y mirada siempre alerta,
cerró el agresor la puerta
y apagó luego la luz :

Y la ventana saltando
con su prevision no escasa .

cerróla y dejó la casa
 en silenciosa quietud.

Llegó á los suyos severo ,
 que estaban todos guardando
 — á Margarita ,
 y mirándola altanero
 con alegría infinita ,

dijo fiero :

—Vamos de aquí sin demora :

Juan de Pablo ,

que el mejor caballo ocupa ,
 que coloque á esa señora ,

voto al diablo!

en su grupa.

Tú la niña, Antonio Bleza ,

y no mas llanto!

caminad con lijereza ,

y no olvidéis entre tanto

que cada cual me responde

de ellas dos con su cabeza....—

Por no escitar sus agravios

uno á uno

desfilaron en silencio ,

y ninguno

osó desplegar los labios

importuno ;

se lanzaron diligentes

en sus caballos lijeros

de la tierra ;

y empezaron obedientes

á internarse en los senderos

de la sierra.

VII.

LA VUELTA.

QUIEN fue tan inhumano
 que á la paloma tierna
 burlando sus desvelos
 robarla sus polluelos
 sin compasion osó?

Quién fue tan valeroso
 que al tigre en la espesura,
 aunque con medios fijos,
 robándole sus hijos
 á liza le retó?

Cuál pudo ser la mano
 que de la madre cuna
 arrebató con calma
 la prenda de su alma
 su encanto sin igual?

Quién pudo ser tan fiero
 que al pobre pastoreillo

robó de la guarida
su oveja preferida,
su tierno recental?

Cuál fue la ruda mano
que arrebató profana
los místicos primores
las purpurinas flores
del célico jardín?

Cuál fue el hombre atrevido
que sobre el sol ardiente
posó fiero los ojos
sin recibir enojos
de su fulgor sin fin?

Cuál fue por desventura
el cazador impío
que hirió la tortolilla
y se gozó en oilla
sus ayes exhalar?

Y cuál fue el imprudente,
misérrimo jilguero
que de su vuelo ufano
la garra del milano
creyó alegre burlar?

Cuál pudo ser el hombre
terrible y valeroso
y el duro bandolero
tan torpe aventurero
cual diestro cazador,

Que de Becerra el Bravo
burlando los desvelos,
le arrebató la calma
robándole su alma,

las prendas de su amor?

Cuál fue la mano fiera
y quién el hombre altivo
que se atrevió liviano
á atropellar profano

su célico jardín,

Y hollando su tesoro
quitóle su ornamento,
sus flores purpurinas,
sus rosas mas divinas
de bálsamo sin fin...

Un hombre delirante
sin cálculo, insensato,
por dar á su esperanza
placeres de venganza,
con ciega precaucion;

Callado y altanero
y en noche tenebrosa,
con insolente maña,
atropelló en su saña
la gruta de un leon.

Valióse de la ausencia
del animal bravo,
y con acecho artero
se deslizó rastroso
y horrífico tambien,

Y ardiendo en sarda ira
con infernales lazos
de su maldad corona,
robóle su leona
y el hijo de su bien:

Terrible y descuidada

tornó la brava fiera
 con ánimo tranquilo
 á el apartado asilo
 de su felicidad;

Y al penetrar amante
 cual siempre con empeño
 halló su santuario
 desierto y solitario
 y en negra oscuridad.

En vano de su amada
 buscó la breve huella,
 y en vano en su delirio,
 con hórrido martirio,
 la gruta revolvió;
 y de su desventura
 ante sus fieros ojos,
 como siniestra lumbre,
 la horrible certidumbre
 por fin se presentó.

Y asaz calenturiento
 se dirigió á la selva
 lanzando enfurecidos
 insólitos ruidos
 en son de mortandad;

Y al rastrear brioso
 del robador la huella,
 cual trueno tremebundo,
 lanzó seco y profundo
 ruidos de crueldad.

Así Pedro Becerra
 volviendo descuidado
 despues que al eremita

dejó en su pobre ermita,
y en medio del turbion,

Al penetrar en calma
en su callado asilo,
y al ver á Juan postrado,
cual muerto y maniatado,
se dió á la agitacion:

Y convulsivo y rápido
acá y allá corriendo
sin término preciso,
frenético, indeciso,
previendo ya su mal;

Al cabo decidióse
y alzando al compañero
rompiéndole sus lazos,
le recibió en sus brazos
con lucha sin igual.

Quedaron un instante
los dos frente por frente
mirándose agitados,
dudosos, aterrados
y en hórrida opresion,

Hasta que al fin Compadre
haciendo un grave esfuerzo,
que le arrancára un grito,
de aquel lance maldito
le dijo la ocasion.

—Se la han llevao, Pedro!
y á mí me han sujetao:
aluego dí que sueño!
ahí tienes si mi empeño
era verdá! lo ves?

La cara mu traidora
 que vi en esa ventana
 tan fea y tan perruna
 era sin dua arguna
 la cara del marqués.—

No hay lira ni pinceles
 ni terrenal acento
 para pintar bastantes
 los ayes desgarrantes
 mujidos de dolor,

Que en rudos borbotones
 lanzó Pedro Becerra:
 cuando posó en su oido
 el nombre aborrecido
 del fiero robador.

Que así como terrible
 de la encumbrada peña
 hirviendo se desata
 la inmensa catarata
 con música infernal;

Y en la escondida selva
 feroz se precipita
 y troncha los jarales,
 los duros matorrales
 y el vil cañaveral;

Así Becerra el Brávo
 lanzando agudos gritos,
 briosos, altaneros,
 llamó á sus compañeros
 con espantosa voz.

Y dándoles noticia
 del lance maldecido,

improvisado lampo,
precipitóse al campo
frenético y veloz.

—Corramos á buscarlas,
—gritó en su desvario—
mi niña, Margarita!
Ay! muerte al que me quita
mis glorias y mi bien!
Alante!—Y asaltando
los rústicos senderos,
juraba de mil modos,
mientras los suyos todos
seguiante tambien,

Terribles, atrevidos,
con ríjido silencio,
espertos rastreadores,
los ojos avizores,
en su espantoso plan.

Marcharon jadeantes
atropellando bardas
y negros vericuetos
estériles y escuetos,
sin conseguir su afán.

Mas, como se levanta
en alas de los aires
un átomo reacio
y rueda en el espacio
y bulle y cae al fin.

Asi alzóse de pronto
en medio las tinieblas,
veloz y ensordecido,
un lúgubre jemido

del monte en el confin.

Cual fiera que olfatea
la presa que persigue,
y pára de repente,
y bebendo dilijente
la brisa en su avidéz,

Quedó Pedro clavado,
escuchador y mudo,
y en angustiosa espera
que el viento le trajera
el ay! segunda vez.

Estátua del silencio
en su actitud penosa
terrible parecia,
y tanto recojia
la fiel respiracion,

Que á estarle cerca alguno
pudiera haber contado
los lánguidos latidos
que fieros y oprimidos
le daba el corazon

Sonó al fin temblorosa
la esclamacion segunda,
cual débil alarido
de un pájaro dormido
que llora su orfandad;

Como lejana saña
de un ser que padecia
y su dolor ahogaba,
y al mundo la enviaba
pidiendo libertad.

Apenas en los aires

se levantó el quejido
corriendo por la sierra,
lanzó Pedro Becerra
un grito atronador.

Y con extraño brío,
saltando las malezas,
lanzóse con su jente
en pos de la corriente,
del ay! desolador.

—Por ella, amigos míos!—
gritaba en su carrera.

—Allí va Margarita,
y de mi amor bendita,
la niña de mi bien!

Por ellas, compañeros!
corramos á salvarlas,
sin pérdida ninguna,
que allí va mi fortuna,
y mi plaser tambien!—

Osados, incansables,
volaban por la sombra,
cual rápidas visiones,
medrosas ilusiones
lanzadas al azar.

Y fieros en su empresa,
valientes y arrojados
con el oido atento,
ansiaban el momento
la lucha de empezar.

Por fin allá en el término

de la vereda angosta
se vieron medios ocultos
porcion de negros bultos,
andar con lentitud.

Y oyéronse distintas
pisadas de caballos,
y ronca voz humana
horrificica y tirana
mandar con acritud.

Doblaron su carrera
los bravos rastreadores,
de enojo palpitantes,
de furia jadeantes,
y en duro frenesi.

Y hollando los espinos
que el paso les cerraban,
seguian á su amo,
que alijero cual gamo,
decia:—Por allí....—

Al fin los fujitivos,
vinieron á su alcance.
y al fin de su venganza
miraban la esperanza
trocada en realidad.

Y al fin Pedro Becerra,
valiente cual ninguno,
se avalanzó el primero,
en medio del sendero
rujiendo de crueldad.

Y mas bien por instinto,
que por conocimiento,
se colocó delante.

del fiero y arrogante
frenético marqués.

Y gritos, maldiciones
y tiros y carreras,
lanzaron por encanto,
los unos por su espanto,
los otros de interés.

Y repitiendo el monte
los ecos infernales,
la bárbara armonía
de aquella lucha impía,
prodijio de valor,

Sostúvose el combate
por mas de media hora,
entre los mismos gritos,
los ayes infinitos
y estrépito de horror.

Por último cedieron,
los tiros y los votos,
cyéndose cansados
y ténues, apagados
y sueltos al azar.

Y en grupo vacilante,
se vieron unos bultos,
finada la contienda,
ganar la angosta senda,
en seña de tornar.

Llegaron á la quinta
del animoso Pedro,
y cosa bien estraña!
marchaban en compañía
concluso aquel revés,

Los bravos adversarios
seguidos de otros hombres,
y con afan vehemente
se hallaron frente á frente
Becerra y el marqués.



VIII.

EL VENCEDOR Y EL VENCIDO.

QUIZA el temerario empeño
 y la locura sin tino
 y el valor desesperado
 y el indecible heroísmo
 con que Pedro había luchado
 en las sombras del camino,
 por rescatar á su amada
 y al ángel de su cariño,
 ó tal vez el desconcierto
 y los ayes y los gritos
 que hubo un momento entre todos,
 merced al golpe imprevisto
 que descargó silencioso
 en sus torpes enemigos,
 diéronle con noble apoyo
 lo mejor en el principio
 de la lucha; mas al cabo

le amenguaron sus auxilios
 entregándole frenético,
 triste, cansado y vencido
 á sus duros adversarios,
 que le aprendieron solcitos.
 Sin duda el marqués furioso
 le hubiera muerto allí mismo,
 si la infeliz Margarita
 en su terrible conflicto
 no se hubiera aprovechado
 del desórden y el ruido
 que produjo la contienda,
 para arrastrarse con tino
 por entre los matorrales
 y las quebradas y abismos
 de la sierra, hasta ocultarse
 de sus rudos enemigos:
 su fuga, pues, en el ánimo
 del viejo marqués altivo,
 escitó de su fiera
 el récio aguijon dañino:
 las venganzas mas horribles,
 los proyectos mas infieus,
 surjieron en su cabeza
 como letal torbellino:
 vano reconocimiento
 por todas partes se hizo
 en busca de Margarita,
 y habiéndose al fin perdido,
 en vez de llevar á efecto
 sus proyectos de esterminio,
 el marqués condujo á Bravo

á su propio domicilio;
 como punto mas cercano;
 para acabar allí mismo
 por voluntad ó por fuerza—
 tan enojoso litijio:

—No le quedaba más que
 entrar juntos en la casa
 con otros los hemos visto,

y ponerse frente á frente
 el vencedor y el vencido;

aquel fiero y arrogante
 con ojos de basilisco,

y este triste y resignado
 y animoso, aunque sumiso,

entablaron un diálogo
 á que el marqués dió principio—

—Margarita—
 cruzándose estas palabras
 de sentimientos distintos:

—Por fin la suerte maldita
 hoy te ha puesto en mi poder,

acaba de responder
 en dónde está Margarita?

Ahl sin duda prevalido
 del desórden importuno,

arrebatándola alguno
 de los tuyos, la ha escondido;

pero pronto la obtendré:
 ó me das á esa señora,

ó sin mas tardanza ahora
 fusilar te mandaré!

Sí, pierde ya la esperanza,
 que el que tú creías muerto,

no quiso morir por cierto.

sin realizar su venganza.

Elije entre Margarita
ó la muerte.

—No hay remedio?

—No te queda mas que un medio....
elije.

—Si asi me insita,
voy á darle gusto á osté,
se lo daré por mi nombre;
porque esto es poner á un hombre
entre la espá y la paré.

Con que la quieosté levá
y que yo se lo premita....?

—Me darás á Margarita?

—Mándeme osté fusilá.

—Con que te niegas?

—Marqués!

—Por fin la voy á

entrar en esa porfia

me paese una tontería:

ya lo sabes de otra vez:

tengo yo un gran corason

y no me espanta la muerte;

es mi cariño mu fuerte

pa que due en la elecion:

no espere osté que me aflija.

—Lo quieres? por Belcebú

morirás, y al morir tú

tambien morirá tu hija.

—Nunca del pobre Becerra

en aquel lance maldito,

surjió en la turbada mente

el pensamiento aflictivo

de que el marqués en su furia
abrigase el plan inicuo
de incluir en su venganza
á Clara, su bien, su ídolo :
jamás pensó que un malvado
por mas protervo y precito,
por mas torpe y sanguinario
que fuese en su vandalismo,
no respetára siquiera
la sacra vida de un niño :
nunca... y por eso su alma
sufrió tan crudo martirio,
tan hórrido golpe oyendo
la amenaza de esterminio
con que su rival poniale
en tan fiero compromiso,
abriéndole en todos casos
ante su vida un abismo :
por eso al oír tremendo
el fallo de su enemigo,
tan injusto como infame,
tan fatal como imprevisto,
irguió la cabeza rápido,
y arrebatado, aturdido,
con acento suplicante
así á su adversario dijo :
—Quién, mi Clarita morí?
no será osté tan cruer....
—No elijes? pues voy á hacer...
—Ah! no, no, estése osté aqui...
por Dios, por Dios, no, Dios mio!
pague yo solo en la riña,

pero no muera mi niña!
Marqués, por Dios se lo pido...
—No hay remedio, elije pues!
ó me das á la señora,
ó mueres con ella ahora....
—Por Cristo, señó marqués...!—
Y viendo que eran inútiles
sus esfuerzos y suspiros,
porque el rostro del contrario
de piedad no daba indicios,
apeló en último caso
al ruego denigrativo,
á ese que rebaja al hombre,
y del hombre le hace indigno:
pero Pedro estaba exánime,
y sin aliento y sin juicio:
Pedro se veía amagado,
no de la muerte en él mismo,
que arrostró infinitas veces
con mas pequeños motivos,
sino de muerte en su hija,
en su bien, su ángel purísimo;
y el pobre creyó en su alma
que un padre bueno y solícito
debe revolver el mundo,
suplicar, llorar sin tino,
ofrecer los imposibles,
lanzarse en caso preciso
á los crímenes mayores,
á los hechos inauditos,
y á todo, cuando se trata
de la existencia de un hijo;

y no cuando está pendiente
 del llamamiento divino ,
 sino cuando está ligada
 á la pasion ó al capricho
 de los hombres, que en sus fieros
 y en su social barbarismo
 rivalizar han osado
 con el Hacedor empireo ,
 poniendo á su antojo término
 al débil , vital destino :
 por eso puesto de hinojos
 mas delirante y sumiso ,
 prosiguió su ardiente súplica
 con desesperado ahinco :

—Ay! por la Virgen Maria!
 qué peso que tengo aquí....
 lastimese osté de mí....
 yo se lo suplico á usía....!

Ay! qué pesar tan profundo!
 si las dos son mis plaseres!
 fartarán á osté mujeres,
 tantas como hay en er mundo...?

Qué jaré si me esampara ,
 cuando mi gloria toítica
 está en ver á Margarita
 y en ver tambien á mi Clara?

Dejosté ya esos antojos!
 léngaste de mí clemensia ,
 se lo pio á vueselensia
 con lágrimas en los ojos....!

Y yo jaré á cada hora
 por osté muchas cosiyas!

le serviré de roiyas
lo mesmo que estoy ahora!

Lo mesmo , señó marqués!
y si no fuese bastante ,
yo le besaré á caa istante
con mucho fervó los pies....

Y cudiando de su via ,
pa tenerlo mu contento ,
mirándolo siempre atento ,
pasaré toitico er dia ;

Y las noches pasaré
vijilante y desvelao ,
junto á su cama sentao
mientras duerma su mersé.

Y con alma plasentera
jaré.... jaré.... si señó....
jaré siempre.... qué se yo?
toitico lo que osté quiera.

Y seré mu hombre de bien....
pero un cambio me premita ;
dejemosté á Margarita
y á Clara.... Clara tambien....

Dejemosté que comparta
con las dos toa mi fortuna ;
no me quitosté á ninguna ;
si las dos me jasen farta!

No jagasté una injustisia ,
se lo pio por er sielo....

Margarita es mi consuelo
y mi Clara es mi delisia.

Téngame osté compasion ,
y no me robe la carma ;

que Margarita es mi arma
y Clara es mi corason...—

Y con ambas manos juntas,
en ademan dolorido,
al callar siguió en su ruego
aunque callado, espresivo...—

Oh! quién en aquel instante
hubiera reconocido

en él, al verle postrado
y llorando como un niño,

al Bravo Pedro Becerra,
monarca de los caminos,

á cuyo nombre callaban
hasta sus mismos adictos,

y á cuya airada presencia
temblaban los mas altivos!

La situacion hace al hombre
grande, arrojado ó sumiso...—

por ello al verle á sus plantas
así el marqués del Espino,

apeló, dueño del campo,
al tono despreciativo;

porque es indudable, el hombre
de dominantes instintos,

es con los humildes bravo,
y con los soberbios, tímido...—

y por eso contestándole
con acre acento y esquivo,

y gozándose en la lucha
del pobre Pedro, le dijo:

—Estás satisfecho ya?
te has desahogado bastante?

pues elije en el instante....

—Marqués, marqués, por piedá!

—O me das á Margarita,

ó prepárate á morir,

y tu hija te ha de seguir....

—Ay! por la Virgen bendita!

escuche osté mis suspiros

no seasté por Dios tan fiera....

—Muchachos, llevadle fuera.

y tirarle cuatro tiros....—

Así el marqués impaciente

á sus criados previno,

y ellos de sangre sedientos,

se precipitaron vivos

sobre Pedro, que aun seguia

á su contrario rendido:

pero al oir esta orden

que no le dejaba visos

de esperanza, sacudiéndose

de la mente aquel delirio,

súbito como el relámpago,

en pie se puso de un brinco,

y recobrando orgulloso

todos sus antiguos brios,

y la voz fuerte y sonora

del tiempo de su dominio,

dijo:

—No mas agonía!

ya bastante me he bajao;

bastante he sacrificao

por eyas mi valentia!

estoy dispuesto á mori,

haiga despues lo que haiga ;
Dios premitirá que caiga
toa mi sangre sobre tí.

—Te decides por la muerte?

—Sí señó que me desio :
naide dirá que he vendio
mi corason ni mi suerte!

—Llevalle!—

Y al empujarle
los crueles siervos solícitos
para conducirlo al campo
y fusilarle asesinos,
cayó, infeliz, de rodillas
de pena y dolor transido,
esclamando pesaroso
entre profundos suspiros:

—A tí las deajo, mi Dios:
y al mirarme arrepentio,
perdóname tú, Dios mio,
y ampáralas á las dos...!!!—

Y á empellones arrastrado
al campo fué conducido
para llenar la venganza
de su cobarde enemigo:
para morir como un mártir
antes que vender indigno
sus mas dulces afecciones,
su sacro, inmenso cariño.
Quedó el marqués en la casa
cabizbajo y pensativo,
y cuando alguno creyera
que combatía indeciso



entre la vida de Pedro
y entre su rencor inicuo,
entre matarle colérico
ó desistir de este juicio,
oyósele bien resuelto
esclamar por sí mismo,
acariciando su idea,
y con jesto afirmativo:

—No puedo retroceder....

que muera... sí... por mi nombre!
qué tenacidad de hombre....!
si quiere, aun puede escojer....



IX.

LA MADRE.

ANTES de seguir la historia con sus terribles lances, esclarecer es preciso un enigma, dando parte al lector de la presencia del marqués, de quien se sabe, segun la creencia de Pedro, que fué muerto en el combate que sostuvieron entrambos, cuando aquel volvió incansable en busca de Margarita, que no quiso ir á encontrarle, al levantarle en su alma sus sentimientos de madre: con efecto, Pedro el Bravo dejóle en el campo exánime cuando acabóse la lucha,

y sus sectarios cobardes
le abandonaron huyendo
de sus valientes rivales :
por eso estaba creído
en que murió aquella tarde ,
y se afirmó en esta idea
al ver que con sus afanes
ni de él mas habia sabido ,
ni habia vuelto á molestarle :
pero el marqués aun vivia ;
herido y falto de sangre
cayó á la tierra insultado
sin dar de vida señales :
así estuvo cuatro horas
y sin amparo de nadie ,
hasta que un hombre , por una
de aqueas casualidades
que dan la vida ó la muerte ,
acertó á pasar al trance
en que el marqués daba indicios
de que no estaba cadáver :
reconocióle el buen hombre
y á la piedad dedicándose ,
llevóle en hombros á Córdoba ,
donde se esmeró en curarle :
allí del fiero aristócrata
mas encendido el coraje ,
fué poco á poco injiriéndole
mil devastadores planes ,
hasta formarle el proyecto
cuanto osado , detestable ,
de robar á Margarita

y sacrificarla infame
á su exigente capricho,
á su venganza insaciable.
Cómo en práctica lo puso,
el lector lo ha visto antes;
ahora, siguiendo el relato
con sus mas leves detalles,
sabr  el final de una historia
triste, asaz   interesante.
Solo el marqué en la estancia
aguardaba el desenlace
de una venganza proterva,
de su conducta salvaje,
cuando sintió abrirse una
de las puertas laterales
de la cocina en que estaba,
y vió en ella presentarse
  la infeliz Margarita
pálida como un cadáver,
y con el cabello suelto,
y desce ido el ropaje,
y ajitada y temblorosa
con terror inesplicable:
la pobre creyó sin duda
que Becerra en el combate
cual mas valeroso habia
ganado la mejor parte,
y   implorarle su socorro
venia en tan duro trance:
así es que ciega, convulsa,
y medrosa y delirante,
se precipitó en la pieza

gritando:—Mi Pedro...! ampárame!—
 pero al fijar su mirada
 y ver al marqués delante,
 ceñudo, fiero y terrible,
 con otro grito apartándose,
 comprendió en un solo punto
 su desgracia inevitable.
 Quedó un momento aterrada,
 sin saber cómo explicarse
 la presencia de aquel hombre,
 hasta que su viejo amante,
 contemplándola altanero,
 con alegría salvaje,
 dió comienzo á este diálogo
 incisivo y penetrante.

—Con que os vuelvo á ver, señora?

—Marqués....! aquí.... cómo así....?
 y... Pedro?

—Fuera de aquí
 va á ser fusilado ahora.

—Qué?

—Sí, malvada y cruel;
 al fin me voy á vengar.

Te ibas conmigo á casar
 teniendo una niña de él?

—Yo os lo pensaba decir
 antes de casarme.

—Y luego
 olvidando mi sosiego

con él te fuiste á reunir....

—Pero y.... Pedro?

—Está en tu mano ,
aunque hagas un sacrificio
libertarle del suplicio :
escoje pronto.

—Tirano!
pero qué quieres que elija?
—O vente conmigo , ó muere.
—Oh! no , mi pecho lo quiere
que es el padre de mi hija....

—Si tardas en escojer
ella tambien morirá.

—Mi hija? pues en dónde está?
—Yo la tengo en mi poder.—

La aturdida Margarita
que ignoraba de su trance
el rapto al par de su hija ,
pues la llevaron delante ,
al oír con sumo espanto
las amargadoras frases
del marqués , exhaló un grito ,
de su maternal arranque ,
tan sentido y tan sonoro
que rodó tiempo bastante
por la selva cavernosa
hasta perderse en los aires :—

en seguida , aun no creyendo
que su Clara la faltase ,
corrió á buscarla á su lecho ,
á la casa , en todas partes ,
y no hallándola , aterrada
con la amenaza salvaje ,
se fué al marqués frente á frente

por su niña á demandarle ,
 y... oh! poder de la natura
 tan misterioso , cuan grande!
 la medrosa Margarita ,
 al mirarse en ese instante
 herida con tales armas ,
 dejó de ser la cobarde ,
 la hembra débil y llorosa ,
 la tórtola pusilánime ,
 la paloma asustadiza ,
 la mujer tímida y frágil ,
 para convertirse al punto
 en la leona espantable ,
 en la sangrienta pantera ,
 en la hiena devorante ,
 y en fin en la cariñosa
 y desesperada madre ,
 á quien roban una hija ,
 de su amor único ánjel ,
 de su corazon pedazo ,
 y de su existencia parte :
 asi es que ciega , frenética ,
 al marqués precipitándose
 le dijo :

—Infame ladron!
 mírame bien cara á cara!
 mi hija , dame á mi Clara
 ó te arranco el corazon....!
 Pero marqués , tú me engañas...
 tú no querrás que me aflija...
 mi hija , dame á mi hija ,
 la hija de mis entrañas ...!

Tú no serás tan cruel...!
—Ven conmigo y la tendrás;
deja á Pedro....

—No, jamás...
no me casaré con él....

corriente! me iré á un convento;
pero.... sálvale la vida,

dame á mi niña querida,
á mi Clara en el momento....

Es mi hija.... sí.... mi hija....
tú no sabes.... no eres padre....

no sabes lo que es ser madre...!
—Ya estás por demas prolija....

—Mátame! yo no me arredro....
—Habla pronto ó no me obligo....

—Qué he de hablar...? haz lo que digo;
dame á mi niña y á Pedro....

—Es un bandido cobarde....
—Pues así le quiero, así....

—No le abandonas por mí....?
—Sálvale pronto....!

Ya es tardel!—

dijo el marqués al oír varios
disparos irregulares;

que le anunciaban cumplida
su torpe venganza infame:

de rodillas Margarita
cayó trémula y exánime

gritando en su desvario....
Asesino...!! vil...!! cobarde..!—

Oyóla el fiero tirano
con jesto asaz repugnante,

y dirijiéndose á ella
 en su inclemencia y barbarie,
 la dijo:—Ya estoy vengado
 de vuestros torpes ultrajes!
 ahora pues, yo te desprecio
 y me voy: de su cadáver
 puedes hacer lo que quieras;
 adorarle si te place.
 Adios y suspira y llora
 ya que insensata olvidaste,
 en tus libres devaneos,
 que en el mundo miserable
 no hay plazo que no se cumpla
 ni deuda que no se pague...—
 Y así diciendo, á la puerta
 con resueltos ademanes
 se encaminó decidido
 á buscar á sus parciales
 y la vuelta dar á Córdoba,
 abandonando implacable
 á la mujer que otro tiempo
 amó con pasión tan grande.

X.

LANCE INESPERADO.

LLEGÓ el marqués á la puerta, á marcharse decidido, tan feroz como orgulloso, cuanto duro, incompasivo, sin dar señal de clemencia, de humanitarios instintos siquiera, hacía Margarita en quien puso su cariño; ni hacía la pobre señora que exhalaba hondos suspiros; ni á la dama abandonada presa de letal delirio; ni á la mujer flaca y débil, desvalida y sin asilo, ni aun al ser que padecía y reclamaba un auxilio.... nada conmovió su pecho

ni en nada halló buenos títulos
 para conquistar su honra,
 para volver en sí mismo,
 y ser con la amada, amante,
 con la señora, cumplido
 caballero, con la dama,
 galán esmerado y fino,
 con la mujer, jeneroso,
 y con el sér, hombre digno
 de ser hombre, desoyendo
 sus anhelos vengativos,
 para aliviarla sus males
 y ampararla en su conflicto....
 nada le movió á clemencia,
 y abandonándola altivo,
 abrió la puerta, llamando
 con imperio á sus amigos....
 pero ¿qué voz de repente
 sonó casi en sus oídos
 diciéndole valerosa:
 —Atrás, marques del Espino....!—
 Pedro, el animoso Pedro
 armado con fuertes bríos,
 fué el que le detuvo al paso
 cerrándole su camino.
 Pedro, el que juzgaba muerto,
 estaba en la puerta vivo,
 dueño del campo, arrogante
 y de los suyos seguido....
 Oh! se vieron Margarita
 y Pedro, y por ese instinto,
 por ese afecto que liga,

si no por su fiel cariño,
 á los que arrostran y salvan
 iguales, fieros peligros,
 ella alzándose radiante,
 y él tirando irreflexivo
 la escopeta, uno hácia el otro
 corrieron con sumo ahinco,
 abrazándose frenéticos
 y hablándose á un tiempo mismo.

— Pedro !!

— Margarita mia!
 estoy libre por mi nombrel
 dí qué te ha jecho ese hombre?
 — Pedro! Pedro! qué alegría....!
 Y amorosos, palpitantes,
 cual nunca se hubieran visto,
 cubriéronse de mil besos,
 puros, gozosos, y esplicitos.

El marqués mientras rujia,
 de tal ventura testigo,
 no celoso, no en su alma
 como amador, ofendido,
 sino como vil tirano,
 como tigre vengativo
 burlado en sus esperanzas
 y en sus mejores designios:
 mas.... cómo esplicarse fiero
 aquel suceso imprevisto,
 la presencia de Becerra
 libre, armado en aquel sitio,
 cuando él mismo vió á los suyos
 desaparecer fujitivos,

cuando , acabada la lucha , vieron su empeño perdido....? En semejantes ideas se hallaba absorto , indeciso , cuando Pedro , adivinando sus pensamientos y su curiosa estrañeza , así gozoso le dijo:

—Ya me creias fusilao! no ; mi jente que juyó sigun piensas , se ajuntó , y pa sarvame han llegao!

Y me han librao , marqués , con los tiros que has oio toita tu jente ha corrio sin abastarla los pies.

Ya lo sabes , y ahora mismo me vas á traé á mi hija: mi niña pronto , canija! ó te efarato er bautismo.

Y entera la has de traé , pues como la farte un pelo , ay , santa vinje der sielo! sien veses te mataré....

Y tomando Margarita parte en tan justo pedido , empezó á animar un diálogo en que el marqués vengativo se asió á la sola esperanza de salvacion , que á su juicio le quedaba , resistiéndose

con necio y tenaz ahinco ya tenía su pie
 á devolver una prenda, que él creyó
 que un rescate bueno y fijo
 al menos le aseguraba:
 así es que loco y altivo
 contestó á las amenazas
 de los padres ofendidos,
 con desdeñosa arrongancia,
 con un imperio inaudito.

PEDRO.

Venga mi hija, ó por via....!

MARGARITA.

Si, nuestra hija!

MARQUÉS.

Oh furor!

quieres matarme, traidor?
 pues acaba esta porfia:
 que por Cristo que ha de ser
 mi venganza en algo fija:
 mátame, pero á tu hija
 no la volverás á ver.

Al oír estas palabras,
 fuera Pedro de sí mismo,
 sobre el marqués arrojóse
 en ademan ofensivo,

con un puñal en la mano, á enclavarlo decidido en su pecho, si obstinado persistia en sus designios: Margarita le detuvo y duplicando su ahinco le dijo:

MARGARITA.

Marqués! mi Clara!

PEDRO.

Mi Clara ó no me contengo!

MARQUÉS.

Fuera, pues así me vengo,
un necio si la entregára.

PEDRO.

Mi hija!

MARGARITA.

Nuestra Clara, sí.

PEDRO.

Pronto! mi niña....

MARQUÉS.

Jamás!
 nunca, nunca ia verás....
 — Cómo nunca si está aquí?....—
 dijo una voz conocida,
 lanzándose al tiempo mismo
 en la pieza Juan Compadre
 de Pedro el mejor amigo,
 que en brazos llevaba á Clara,
 risueño, bravo y altivo:
 echóla en los de su padre,
 que dió de júbilo un grito,
 cubriéndola con su madre
 de mil besos espresivos,
 intercalados de frases
 las mas dulces del cariño.

Clara mia!

CLARA.

Papá mio!

MARGARITA.

Hija de mi corazon!
 luz mia!

JUAN.

Un buen coscorrón
le ha costao al atrevio
que se la llevaba en brazo...
er tuno se resistió,
pero le dí de mi fló.

PEDRO.

Juanico! dame un abrazo.

MARGARITA.

Otro á mí, porque esa accion...

Ya iba Juan, asaz gozoso
con el triunfo conseguido,
á abrazar á Margarita,
cuando á su memoria vino
el recuerdo de que Pedro
celos de él habia tenido:
por ello, pues, deteniéndose
y mirándole, le dijo:

JUAN.

Pedro! quieres?

PEDRO.

Lo consiento:

los tres!... los tres...! qué contento...!
Ay, respira corason...!

Describir es imposible
el rudo golpe inaudito,
el duro rencor, la cólera,
el insufrible castigo
que el fiero marqués sintiera
al ver en un punto mismo
deshechas sus esperanzas,
sus sueños desvanecidos,
al verse triste, humillado
por su rival y enemigo:
tembloroso, palpitante,
y de enojo convulsivo,
dobló la altiva cabeza,
aunque tarde, convencido
de que ni un solo recurso
quedábale ya á su arbitrio;
en tal zozobra luchaba,
cuando Pedro contentísimo,
de ver libres los objetos
de su perennal cariño,
cubriéndolos con su cuerpo,
en un raptó de delirio
amoroso, de entusiasmo,
así valiente le dijo:

—Con que toitiicos sarvaos?
benditas sean las estreyas...!
ahora vengasté por eyas
y me lo como á bocaos...!—

Entonces su antagonista
cediendo todos sus bríos,
aunque siempre demostrando
igual carácter altivo,
se adelantó hácia Becerra,
con proyecto tan indigno,
con proposicion tan necia,
por evitarse un castigo
sin duda, que el jeneroso,
el humano y compasivo
Pedro, luchó breve instante
con ideas de esterminio,
dándole á su vez respuesta
en tono airado y sentido.

MARQUÉS.

Pedro, lo aseguro á fé;
no ya mi suerte resisto:
de mis proyectos desisto
y tu padrino seré.

PEDRO.

¿Qué está osté disiendo aí...?
señó marqués, no lo mato
por no sé jamás ingrato
á lo que un dia ofresí...
Pero, por Dios se lo pio,
vayasosté en er momento.

MARQUÉS.

No aceptas mi ofrecimiento?

PEDRO.

Dale con tanto cumplimiento...

MARQUÉS.

Pero ...

PEDRO.

Gracias, se le estima!
vayasosté.—

Y encarándose
con su jente, á uno le dijo...

—Rojas! ves
acompañando al marqués,
de aquí mesmo jasta Lima.

Y este que jamás creyera
que en pago de sus delitos,
salir se le permitiese
libre de daño y perjuicio,
sin perder su altanería,
si bien mas dulce y sumiso,
en compañía de Rojas
de Córdoba en el camino
se lanzó, aunque despechado,
cáviloso y pensativo:
despidió á su compañero,

ya del pueblo en el recinto ,
y en él se entró , renegando
de su terrible destino ,
que gozar de su venganza
tan poco tiempo le hizo .
Dejémosle , pues , en Córdoba ,
en su maldad intranquilo
siempre , y siempre revolviendo
mil pensamientos distintos
en su mente , que prohibíanle
dar á Becerra al olvido ,
y volvamos á la casa
en que todos con ahinco
risueños se confundían
y hablaban á un tiempo mismo ,
alegando cada uno
los mas señalados títulos
que habia en la tal jornada ,
como valiente adquirido :
todos , en fin , anhelantes
y dados al regocijo ,
se contaban sus hazañas
sin engaño ni artificio ,
mientras Pedro y Margarita
y Clara , de sus distintos
sentimientos y emociones
se contaban lo infinito ,
abrazándose amorosos
con entusiasmo escesivo .

XI.

LA BENDICION.

Los vientos enfurecidos
 de la nocturna tormenta
 no sonaban ya ruidosos
 al estrellarse en la sierra:
 la lumbré de los relámpagos
 se apagó en la azul esfera,
 y la monótona lluvia
 se condensó en las tinieblas,
 y lucieron por encanto
 bajo la cortina inmensa
 de los cielos esplendentes
 mil figurantes estrellas:
 dulces y templadas brisas
 y juguetonas y ledas,
 de las mústias florecillas,
 diéronse á beber el néctar
 y á levantar de sus tallos

la humillada jentileza :
sin duda se hubiera dicho ,
al ver la reaccion completa
de la veleidosa noche ,
que los cielos y la tierra
quisieron engalanarse
con sus escojidas prendas ,
con sus auras seductoras ,
con su brillantez escelsa ,
con su silencio profundo
y su misterio y estrellas ,
para presenciar gozosos
la satisfaccion inmensa ,
el triunfo de unos bandidos
vuelos á su fe primera ,
y que siempre compañeros ,
lo mismo en la paz que en guerra ,
participes todos juntos
de sus bienes ó tristezas ,
con abnegacion laudable
y amorosos en sus pruebas ,
despues de haber combatido
sus criminales ideas ,
ahora reunidos cual antes ,
pero en mejor existencia ,
se confundian y hablaban
con alegría sincera ,
porque habian cooperado
en la obstinada contienda ,
á dar ventura á su jefe
y su porvenir con ella .
Oh! sí; en tan gratos momentos ,

un observador cualquiera
 hubiera dicho sin duda
 que la fiel naturaleza
 se engalanaba orgullosa
 para presenciar la escena
 dulce, sencilla, elocuente,
 entusiasmadora y tierna,
 que iba á pasar ignorada
 sin ruido alguno, sin fiestas,
 en una casa escondida
 en el rincon de una sierra,
 á las doce de la noche
 y en una rústica pieza....
 Despues que tierno, amoroso,
 el bravo Pedro Becerra
 dió á su comprimida alma
 respiracion y entereza,
 volviéndose á sus amigos
 les habló de esta manera:

—Cabayeros! yo y el ama
 nos hemos jecho la oferta
 de salir dentro é dos dias,
 ó á la fin, cuando se puea,
 de España: á vivir nos vamos
 á Portugal, ú á la tierra
 que mejó nos acomoe,
 pues la elesion no está jecha.
 Con que caa cuar de vosotros
 lo que mas le guste emprenda;
 y pa que nunca ninguno
 que yo no lo estimo crea,

lo digo con toa mi arma:
 cabayeros, el que quiera
 que isponga sus menesteres
 y con nosotros se venga,
 que no fartará en er mundo
 con goluntá y con firmesa
 un rincon en que meternos
 y un peaso é pan pa cuarquiera,

Todos á la vez querian
 hablar esponiendo pruebas
 de su amor; pero Compadre
 impuso con una seña
 silencio á todos, y él solo
 habló con alma resuelta.

— Jablo por toos! jase dias
 que sabeis por esperensia
 el ama y tú, que la jente
 os estima mu de veras:
 que toos estamos ispuestos,
 si es presiso, á ejar la jeta
 pegá á un peñon por vusotros:
 que nos jisimos la cuenta
 al venirnos á tu lao
 de correr tu suerte mesma,
 y cuar tú pasar la via
 fuese mala ó fuese güena:
 por lo tanto, no es der caso
 que digas de esa manera
 que er que quiera que te siga...
 mialos con la boca abierta

esperando tus palabras;
 toíticos juntos desean
 acompañarte onde vayas,
 y vivir en tu vivienda,
 y esfenderte con ajinco
 de cualisquiera sorpresa,
 que ya no jabrá traisiones
 porque estaremos alerta,
 y alegres trabajaremos
 pa vusotros sin molestia,
 y en fin, seremos por siempre
 lo que jasta aquí y esetra....—

Y volviéndose á la turba,
 que aguardaba su respuesta,
 preguntó:— Es esta la pura?
 —Que sí, que sí! donde quiera
 le seguicemos contentos,
 Otra cosa nos afrenta....
 —Ya lo estás oyendo, Pedro:—
 siguió Jnan—ahora me quea
 otra cosa que disirte:
 si es que tú has jechao la cuenta,
 pues! y no nos neseditas,
 ó te estorva la presencia
 de nosotros, en tar caso
 lo puees disí con franquesa....—

No concluyó el pensamiento;
 enternecido Becerra
 con tales demostraciones,
 con tan amorosas pruebas,
 tendió los brazos gozoso

á sus amigos y en tierna fraternidad se juraron union y amistad perpétuas.

—Ahora bien!—esclamó Pedro— pues que er sielo en su clemencia parese que nos perdona y nuestras curpas estierra,

Justo es con arma sensiya agraeserlo, cabayeros: quitémonos los sombreros y jinquemos la ruiya:

Y demos á Ujos las gracias porque santo, se ha dinao el habernos libertao en esta noche de esgrasias...

Silenciosa en este instante se abrió del campo la puerta, y apareció el ermitaño triste, sorprendido en ella: habían llegado á su ermita el ruido de la contienda y de los tiros lejanos el eco sordo; y despierta su curiosidad de hombre, su caridad evanjélica, bajaba á saber la causa de tan estraña refriega: llegó á la puerta á este punto... pero cuál fué su sorpresa al ver en vez de desgracias

una religiosa escena!
un puñado de culpables,
postrados todos en tierra
dando gracias al Eterno
por su infinita elemencia....!
Quedó aislado, fijo, inmóvil,
como enclavado en la puerta;
pero al oír las palabras
del bravo Pedro Becerra,
no pudiendo contenerse,
dulce pastor de la Iglesia,
se adelantó silencioso
para tomar parte en ellas,
y al decir Pedro ferviente
estas palabras postreras:
—Y Dios nos dará el perdon
á toos nuestros esvarios....—
esclamó, alzando las manos,
con sacra uncion evanjélica:
—Y yo en su nombre, hijos míos,
os echo la bendicion....!
Oh! no es posible á mi pluma
y á mi pobre intelijencia,
pintar con sus dulces tintas
y con su faz verdadera,
y su carácter sencillo,
y su animacion y fuerza
el cuadro tierno, amoroso,
la conmovedora escena
que pasó en este momento
en la casa de la sierra,
solitaria y escondida

entre sus ásperas breñas.
 Oh! reconozco sin duda
 mi sobrada insuficiencia
 para pintar los abrazos,
 las palabras, las ternezas,
 la alegría, los proyectos,
 y los dichos, las promesas,
 que cruzaron de uno en otro,
 que se hicieron sin cautela;
 y la amistad pura y franca
 que reinó por consecuencia...
 Renuncio, pues, á pintarlas,
 limitando mi tarea
 á decir que al dar la aurora
 sus alboradas primeras,
 regresaba el ermitaño
 á su apartada vivienda
 cargado de provisiones
 y de gratitud y ofertas,
 y que Pedro y sus amigos
 dando á su júbilo tres uas,
 se entregaron al descanso
 con el alma satisfecha.



XII.

CASAMIENTO POR CONCLUSION.

A los seis días cabales
de la noche antecedente,
con cariño diligente
y sin recelos de azar.

De los suyos rodeados
en la silenciosa ermita,
Pedro el Bravo y Margarita
se hallaban ante el altar.

Cuarenta brillantes luces
alumbraban el santuario,
antes triste y solitario
en su oscura posición.

Y las ráfagas azules
del aromático incienso,
subían en humo denso
à la celeste mansión.

El venerable ermitaño

de ceremonia vestido,
dulce, amoroso y sentido
y de cristiana moral,

Dirigió á sus concurrentes
discurso enérgico y grave,
exhortándoles suave
á la existencia legal.

Luego empezó la lectura
del eterno sacramento,
del que forma en un momento
de dos criaturas la union:

Y á ambos amantes postrados
con emoción y ternura,
dióles celestial y pura
la anhelada bendición.

Oh! quién pudiera elocuente
pintar verdadero y fijo
el sublime regocijo,
el arrebató ideal,

Que sintió Pedro Becerra
en ese instante supremo,
de sus deseos extremo,
de su amargura final.

Ocho años de martirio
pasados día por día
en horrorosa agonía,
en incansable sufrir,

Se borraron en un punto
del libro de su existencia,
abriéndose á su vehemencia
un brillante porvenir!

Ocho años de lamentos,

de ajitacion y locura,
y de crimen y tortura,
y de terrible dolor.

Se huyeron como por májia
de su revuelta memoria,
y comenzó por su gloria
una existencia de amor.

Hay momentos en la vida
de alegría tan intensa,
de ventura tan inmensa,
de tan hermoso placer,

Que compensan con esceso,
y se olvidan por encanto,
mil horas de amargo llanto,
mil siglos de padecer.....

Apenas del dia siguiente
lució hermosa la alborada,
en compañía ordenada
y con semblante jovial,

Pedro, Clara y Margarita
y detras toda su jente,
marcharon alegremente
camino de Portugal ...

Allí su suerte les lleva:
en aquel pueblo cercano
ven hora el mas soberano,
el mas escojido Eden:

Allá van fieles amigos
sin temor y sin violencia
á dedicar su existencia
de unos y otros en bien!

A Portugal; allí Pedro



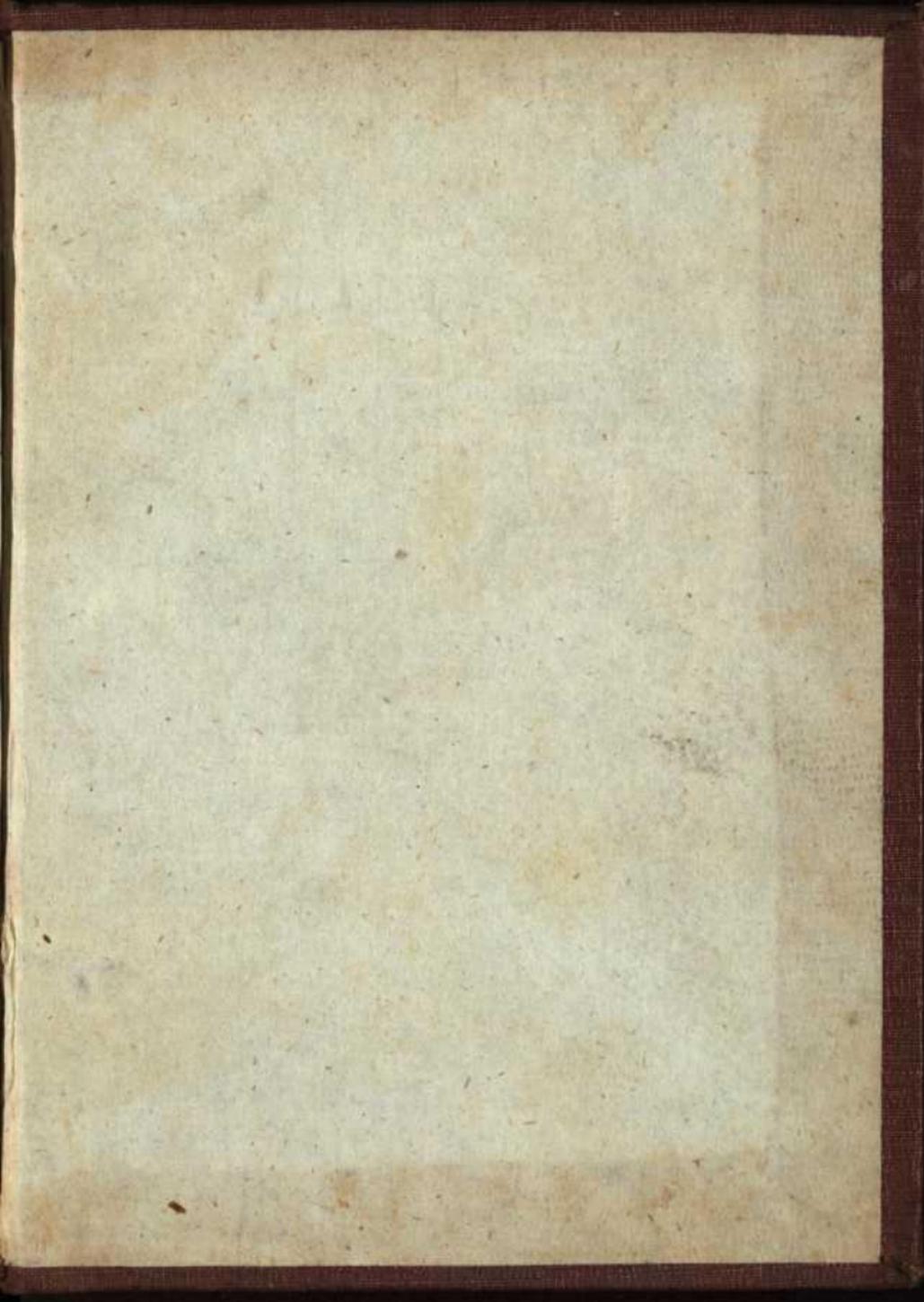
ve su gloria y su ventura, y la gloria de
 allí la dicha asegura y de vivir y de
 de su tranquilo vivir.....

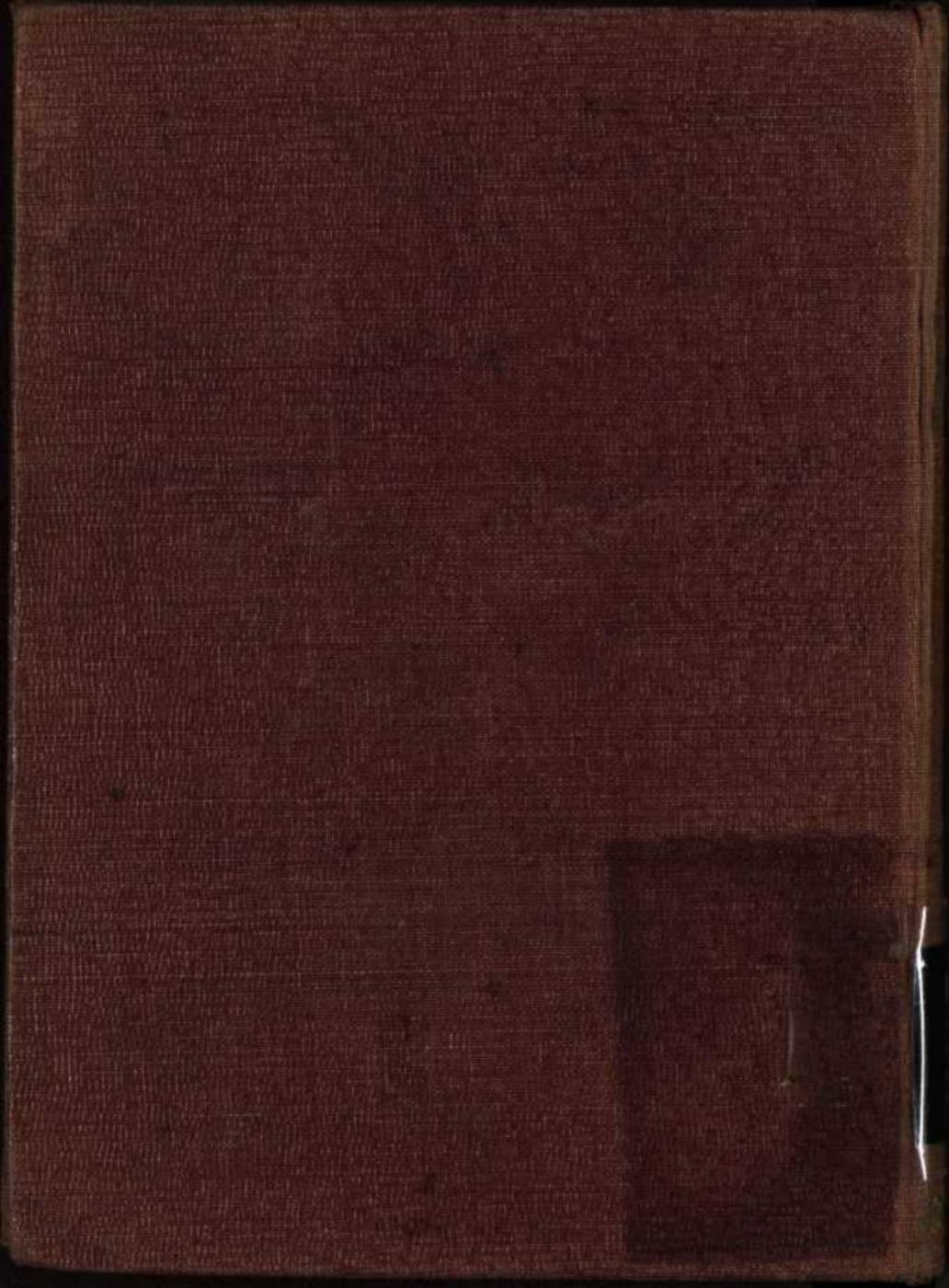
Pero quién sabe en el mundo
 lo que por suerte le espera.....
 Oh! quién desgarrar pudiera
 el velo del porvenir.....

FIN











FAN
XIX
338



FAN
XIX
338